

Des ejércitos regulares —Zaira y Sudáfrica—, dos movimientos lleres armados por el imperialismo —FNLA y UNITA— y una invasión de mercenarios, fueron derrotados en pocas semanas por el pueblo angolano.

Catorce reportajes relacionados con la agresión a la joven República Popular de Angola, a fines de 1975 y principios de 1976, hacen hablar a un grupo de prisioneros de guerra —mercenarios en su forma típica— para quienes sólo existe un valor: el dinero.

Angola: fin del mito de los mercenarios muestra las manifestaciones del fenómeno de la acción mercenaria y su esencia social; desenmascara a sus protagonistas como delincuentes internacionales a sueldo, asesinos que actúan al servicio del imperialismo. Una obra que testimonia la importante batalla ganada en Angola con la derrota de los mercenarios, que destruyó su mito de «invencibilidad» y «heroicidad».

ANGOLA:

FIN DEL MITO DE LOS MERCENARIOS



Raúl Valdés Vivá (n. en 1919). Comenzó a escribir en 1946 en la revista *Mella*, la cual dirigió en la clandestinidad durante el batistiano. Fue Secretario General de los comités universitarios y miembro de la Dirección Nacional de la Juventud Socialista. Debido a sus actividades revolucionarias sufrió persecuciones y cárcel. Al triunfar la Revolución ocupó la Subdirección del periódico *Reo*.

En 1965, visitó las zonas liberadas de Viet Nam del Sur. En 1966, representó la República Democrática de Viet Nam y fue uno de los pocos extranjeros que llegó hasta el paralelo 17 bajo las banderolas yanqui. En 1967, el nombrado Embajador de Cuba ante el Reino de Camboya y, en 1970, sus credenciales lo acreditaron como representante de Cuba, en la selva, ante el FNL, más tarde Gobierno Revolucionario Provisional de Viet Nam del Sur. En varias ocasiones recorrió las zonas liberadas de Laos. En 1971, fue designado Embajador en la HDV, por lo que su acción diplomática habrá prácticamente toda Indochina, y concluyó después de firmadas las acuerdos de París, en 1974.

Su labor periodística se leccada en editoriales, periodismo de guerra, crónicas y relatos. Ha escrito dos novelas: *Los negros ciegos*, y *La brigada y el mutilado*. Otros de sus libros son: *Relatos de Viet Nam del Sur*; *Embajador en la selva y antes: Paralelo 17*; 12 pequeños relatos vietnamitas; *Kitapia: la revolución desconocida*. Es autor de la obra de teatro *Naranjas en Saigón*, así como de poemas publicados en distintos libros y por la prensa.

La presente obra, *Angola: fin del mito de los mercenarios*, ha sido editada en Cuba, Portugal, Bulgaria, URSS, República Democrática Alemana, Checoslovaquia, México, Colombia, Mongolia, Inglaterra, Japón, Suecia, Hungría, Polonia y otros países.

En la actualidad el autor es miembro del Secretariado del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

RAUL VALDES VIVO

ANGOLA:

FIN DEL MITO DE LOS MERCENARIOS



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, CIUDAD DE LA HABANA, 1978

Esta edición está basada en la primera publicada
por la Empresa de Medios de Propaganda, La Habana, 1976

Edición: Mario López Cepeda

Diseño: David Medina Arsa

Corrección: Inés Arenal Linuesa

DT

611

.8

.V3

1978

© Raúl Valdés Viró, 1978

© Editorial de Ciencias Sociales, 1978

Editorial de Ciencias Sociales, calle 18, no. 4108,
Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

Library
University of Miami

PALABRAS DE NICOLÁS GUILLEN A MODO DE PRÓLOGO*

Queridos amigos:

Nos reunimos aquí esta noche a la sombra de un libro reciente, tan reciente que no ha tenido todavía luz de publicidad. Me refiero al manojó de reportajes, ensayos en total, que ha escrito el compañero Raúl Valdés Viró bajo el título de Angola: fin del mito de los mercenarios. Es un texto breve, todo relacionado con la guerra en aquel país tan ambicionado por el imperialismo y el que, como se ha dicho y repetido, recuerda el fin del imperialismo en Cuba, «Angola, otro Girón», exclama el pueblo en la calle.

Valdés Viró nos brinda en primer término un cuadro sintético, brevemente histórico, del origen y significación de la voz «mercenarios». Sin embargo, todo discurre ágilmente, sin que el autor pretenda ampliar demasiado ese tema sino más bien esbozarlo a partir de la Enciclopedia británica, sitio éste por donde inteligentemente pasa de prima.

* Acta celebrado en la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 4 de junio de 1976.

La técnica empleada por Valdés Vivó es sencilla, extremadamente periodística y de fácil alcance para el lector. Consiste en hacer hablar a un grupo de prisioneros de guerra, que en realidad no son más que asesinos de profesión. Los toma al inicio, es decir, desde que son abordados en algún bar del bajo Londres o del bajo Nueva York, hasta que los patriotas engalanen los aeroparques con cascos o los apunten como chinchetas. Valdés Vivó habla con ellos y no es difícil hacerlos hablar. Hablan de sus crímenes, del precio de su engagement, de la forma en que se enrolaron, y hasta de sus familias más recientes, como el padre que los crió al mundo, o la madre que no pudo retenerlos nunca en casa. El autor ofrece de este modo el testimonio de los más señalados criminales de guerra en la de Angola. Se los oye mediante el interrogatorio periodístico al alma dura, seca, sin humanidad. Cuando Valdés Vivó pregunta a Callan, por ejemplo, un inglés nacido en Chipre, qué habría hecho si el MPLA le hubiera pagado 300 libras esterlinas por semana, «...me respondió —dice el autor—, evidentemente sin pensarlo, en la forma instintiva con que un chasfer experimentado firma ante un súbito cambio de luces: —Pasarme al MPLA. Le hice la misma pregunta —continúa el periodista— a Colin Clifford Evans, también británico, y éste tampoco varió. Me contestó con otra pregunta: —¿Quién va a rehacer una paga mejor?». En la misma forma contestó el norteamericano Dany Gearhart, quien habiéndolo preguntado Valdés Vivó «... si por un salario doble habría estado dispuesto a dejar el FNLA, y servir a sus enemigos, éste respondió con ingenua naturalidad: —Oh course, sir. (Por supuesto, señor)».

Hablan también de su propia aventura y confiesan que iban pagados para matar, sin importarles de dónde venían las libras y los dólares. John Derek Barker, inglés de Birmingham, cuenta cómo estando medio borracho

en un bar, se le acercó un individuo a quien nunca había visto antes y a quien ahora sería después. Este individuo le invitó a tomar una copa. «Me sorprendió aquella —dice Barker—, pero me gustó. Ya me estaba hablando con últimos ahorros... unas cuantas libras. Y me encontraba sola; no tenía ni para la mujer más barata... El hecho es que a partir de ese momento todo marchó rápidamente: hospedaje en un hotel apertado por dos o tres días, dinero suficiente y sumario, pasaporte en regla, pasaje de avión. Angola. En Angola, con aterradora frecuencia, esperaba la muerte o la prisión.

De entre los delinquentes interrogados por Valdés Vivó, y cuyas respuestas figuran en este repertaje, nadie tan rápida y sinérgica como el sujeto autollamado coronel Callan, de odiosa caducidad, de quien ya hablamos. Era (¿es todavía?) un hombre insolente, brutal, hasta el punto de haberse convertido en un enemigo de su propia gente. Según la versión de otros prisioneros. Evans: «La cosa llegó a ser terrible en Maquela do Simbo. Callan mató a cuatro de nuestros hombres delante de la trapa, sin juicio alguno. En Maquela, según Evans, así que hubieran llegado, Callan mandó a formar inmediatamente después que la trapa descendía de los camiones en que había venido. Callan fue preguntado, erróneamente, existientemente, a cuál de sus hombres le gustaría pelear y a cuál no. Un total de cuatro dijo que no de palabra a por señas. Incluso uno de ellos, un irlandés, se ofreció como voluntario del grupo que estaba por ir al frente. Callan le pidió el arma, diciéndole que sí, que estaba bien y que se quedaría «para entrenar negros». Tan pronto el irlandés quedó sin su pistola, Callan extrajo la suya, y lo disparó en la frente, al par que gritaba: «Aquí la ley es un balam». Luego dispuso la ejecución de los trece restantes.

Queridos amigos:

Toda guerra que no sea de liberación nacional o en auxilio de la liberación nacional de otro pueblo, es una guerra injusta, una guerra de agresión. Por eso es que la raste cornicería de los dos guerras mundiales que presencié estupefacto nuestro siglo, ofreció tan acusadas características de injusticia. En ninguna de ellas estuvo presente el interés popular; la sangre de millones y millones de trabajadores no se derramó sino en provecho de los que fincaban su bienestar en la explotación de unos hombres por otros. Durante siglos, África fue un gigante dormido, tal vez (para muchos) un gigante muerto, pero de cuyas entrañas inagotables podía sacarse sin riesgo de venganza ni de castigo toda la piedra, todo el metal, todo el gas, toda la madera que necesitaban naciones técnicamente muy avanzadas, pero cuyo adelanto sólo era útil a una clase, a un grupo pequeño de egoístas. Hace cincuenta años, la guerra de Angola, una guerra de rapiña y agresión, no hubiera pasado de ser un zarpaño más en las espaldas de un país sin defensa, aunque rico, abierta a la explotación y la miseria. Pero como no estamos en 1914, Angola se irguió, pidió auxilio del mismo modo que en la vida común lo pediría un peatón inermes en una calle de Nueva York, amilado por el gángster cotidiano. Ese auxilio lo vino del pueblo de Cuba, del ejército cubano, que empuñó las armas con que la URSS ayuda a su vez a los pueblos que han menester de ellas, ya en cumplimiento de algún pacto recíproco, ya en virtud de una necesidad perentoria y vital. Fue así como la guerra de Angola no sólo culminó en la victoria de aquel pueblo, cobardemente agredido, sino que ha sido y es un ejemplo -en vivos, como se dice en lenguaje televisual, de los riesgos físicos y de prestigio que un ataque tan anárquico puede inexorablemente suscitar

en el agresor. ¿Qué mucha pues que un escribir el tanto de su deber y responsabilidad se intime comprometido en esta lucha, y crea de su oficio apartar un grano de pólvora al combate y aun participar en él directamente? Valdés Vició no es sólo un gran periodista, un perindista a la moderna: es también un novelista, un poeta, un dramaturgo, con obra escrita y vigente. Su pluma (o su maquinilla de escribir, para ser exactos) ha servido siempre, sin tregua, al interés popular. En Cuba, en Viet Nam, en África, ha ofrecido su brazo de joven combatiente a quien se ha visto necesitado de él. Desde los tiempos heroicos del periódico Hay, sentada en su modesta silla de Subdirector, hasta los de la embajada en el Viet Nam de Ho Chi Minh, él ha sido un soldado de la libertad, constante y apasionado. Ahora nos entrega este libro tan apasionado como apasionante, con un puñado de reportajes inusitados, técnicamente impecables, hechos con prisioneros de Angola. Para ello, bien lo sabemos, ha tenido que acercárseles con el pañuelo en la nariz, pero también con la libreta de apuntes a la mano y la cámara fotográfica en bandolera, para dejar al mundo su inexcusable testimonio de hombre de nuestros días.

Gracias.

Muchos mitos se han destruido en esa lucha. Se ha destruido el mito del poderío de los lancaches del imperialismo en África, se ha destruido el mito de los mercenarios blancos que tantos crímenes cometieron en África. No podemos olvidar a Patrice Lumumba, no podemos olvidar el bochornoso papel de los mercenarios blancos en Zaire, no podemos olvidar el bochornoso papel de los mercenarios en Nigeria, no podemos olvidar los crímenes de los mercenarios en este continente. Para esta vez en Angola los mercenarios blancos fueron liquidados, el mito de los mercenarios blancos fue destruido y el mito de la invencibilidad de las racistas sudafricanas fue igualmente destruido. La lucha victoriosa de Angola ha demostrado que los combatientes africanos están aprendiendo a manejar las armas, está demostrado que los combatientes africanos pueden ser magníficos soldados, soldados incomparablemente superiores a los mercenarios blancos y a las racistas sudafricanas.

FIMET CASTRO

Canary, 15 de marzo de 1976

Los últimos soldados sudafricanos salieron de Angola el día 27 del mes pasado. Ya no tenemos, en Angola, soldados extranjeros que oprimen a nuestro pueblo. En este mes vamos a presentar al mundo a los mercenarios que nosotros capturamos en Angola. Vamos a presentarlos para condenar una vez más esa raza de gente que no quiere nada más que matar, que destruir a otros países.

Nosotros vamos a presentarlos para que la opinión pública internacional sepa que los mercenarios, los sudafricanos, los norteamericanos y otros, si vuelven a entrar en Angola serán rechazados.

ACOSTINHO NETO

São Tomé, 3 de abril de 1976.

1. UNA HORA DE AYER

Cuando le pregunté al inglés Callan, nacido en Chipre como Costas Georgiou, y jefe de los mercenarios, qué habría hecho si el MPLA le hubiera pagado 300 libras esterlinas a la semana, me respondió evidentemente sin pensarlo, en la forma instintiva con que un *choler* experimentado frena ante un súbito cambio de luces:

—Pasarme al MPLA.

Le hice la misma pregunta a Colin Clifford Evans, también británico, y éste tampoco vaciló. Me contestó con otra pregunta:

—¿Quién va a rechazar una paga mejor?

Al preguntarle al norteamericano Danny Gearhart, si por un salario doble habría estado dispuesto a dejar el FNLA, y servir a sus enemigos, éste respondió con ingenua naturalidad:

—Of course, sir.¹

¹ «Por supuesto, señores»

El argentino Gustavo Marcelo Grillo admitió llanamente que estaba por dinero, y que por más dinero lo haría con mayor gusto.

Otros nuevos hombres dieron respuestas similares.

Esos son los mercenarios.

Nicolás Guillén, el poeta cuyo canto, al igual que su piel, es una mezcla de Cuba y África, dijo del soldado que sirve al explotador:

*Ay, qué triste
es saber
que el verdugo
existe.
Pero
es más triste
saber
que mata
para comer...*

Callan, Colin, Gonthart y Grillo, mataban para tener asegurada la «comida» reservada a los ricos en la sociedad de la cual son hijos, defensores y caprios, y que no consiste sólo en una cantidad suficiente de proteínas y carbohidratos. Es también un «alveta», una «posición». Y esto causa todavía más indignación que tristeza.

Cuando los que ocupan el más alto nivel y la más fuerte posición, los nunca abitos, los siempre inabitos y voraces, vieron que de su mano tendrían que salir al plato «Angolés», con el consiguiente peligro para todo el aculeño menú africano, porque las heroicas FAPLA del Movimiento Popular para la Liberación de Angola derrotarían a sus agentes, entonces recurrieron a los mercenarios blancos.

Ellos habían utilizado, contra un pueblo fundamentalmente negro, a mercenarios negros (con Holden y Savimbi de cabecillas y el tribalismo que el colonialismo alentó como telón de fondo) y a tropas regulares racistas de África del Sur, en una guerra tendiente a desestabilizar, en su más tierna infancia, a la República Popular de Angola.

Y ante la imposibilidad manifiesta de ganar esa guerra, trataron desesperadamente de ganar tiempo.

Quizá retardando la derrota militar podría ensayar alguna otra variante, como lograr un «gobierno de coalición» en el cual los vencidos se confundirían con los vencedores, los traidores con los patriotas, los contra-revolucionarios con los revolucionarios.

Tal vez así aparecería algo que impidiera la victoria antimperialista completa del pueblo angolano o que la hiciera menos impresionante.

En todo caso, para acudir a la cita con la derrota nunca hay prisa.

De esta manera, en los relojes de los generales del Pentágono, los personeros de la Casa Blanca, los jefes de la CIA, los magnates de Londres, los monopolistas y reaccionarios de muy distinto nivel y posición, llegó la hora Callan.

Vamos a seguirla minuto a minuto. Desde aquí en que a los mercenarios les hicieron tentadoras ofertas y se les deshicieron con engaños sus temores, hasta este otro en que han debido comparecer ante los tribunales de la Angola independiente y soberana, a los ojos de eminentes representantes de la opinión pública internacional.

Esta es la historia de los trece mercenarios capturados en febrero de 1976 por las Fuerzas Armadas Populares

de Liberación de Angola (FAPLA), y de los otros muchos que murieron o huyeron al pretender «plantar» una revolución... Una historia basada en sus propias relaciones.

La hora Callen había sonado otras veces en diversos sitios de África, y después de ella debieron comudecer viejas y jóvenes rebeldeas. Era una hora del ayer que seguía bloqueando al futuro.

2. LA CUNA DEL «OFICIO»

La *Enciclopedia* *Brutónica* afirma que los mercenarios son tan viejos como las guerras.

No es exacto.

Hasta el momento en que el dinero llegó a ser el «poderoso caballero» que cuenta la antiquísima copla española, no aparecieron, ni podían aparecer, aventureros profesionales que pelearan precisamente para obtenerlo, ni quienes iniciaran tal oficio, al principio individualmente, hoy aquí y mañana allá, y luego agrupados en bandas sueltas y trashumantes.

La palabra «mercenario» tiene, etimológicamente, un núcleo latino: *merces*, que significa «ganancia», y sólo cuando ésta se convirtió en el motor del desarrollo social, para marcar así la descrepitud del feudalismo y la infancia del capitalismo, fue que los merrenarios obtuvieron una importancia notable, en ocasiones decisiva.

Al desarrollarse plenamente la sociedad burguesa a partir de la segunda mitad del siglo *xv* en adelante,

la organización de los soldados que combatían por una paga¹ fue sustituida por los ejércitos nacionales: el dinero se añadía la bandera, y el objetivo del botín individual, los intereses supremos del Estado.

En Italia, donde se desarrolló la expresión rimera del conflicto entre el feudalismo y el capitalismo, el paso resumió en un nombre mágico: «Renacimiento», pudo significarse con toda nitidez ese fenómeno, feudal en la forma y de contenido burgués, que constituyó el «emancipación». Si la prensa de hoy hubiera existido entonces —de la mitad del siglo XIII a la del XV—, éstos habrían sido sus titulares:

«Los angrieginos deméndonos duran ya treinta años.»

«Provincias enteras devastadas.»

«Por cuarta vez en un mes cambian de manos numerosas ciudades.»

«La entrada de nuevos *condottieri*² inclina la suerte de feroces combates.»

En misma prensa había dicho más adelante que con ello cambiaba la propia suerte de tales caudillos miliares italianos nacidos antes que la misma Italia y que empezaron reuniendo en «compañías» de varios miles de hombres a las anteriores bandos dispersas de mercenarios para, en no pocos casos, constituir pequeñas tiranías en el centro de la península.

¹ Federico Engels explicó que la sola solda en la palabra «soldado», *hombre para sueldo*, uno de sus primeros términos en la historia.

² Por uno de esos juegos idiomáticos, la palabra tiene también una acepción romántica, que conlleva una antítesis de la inicial.

Durante la entrevista, me le pregunté a Callan si conocía la leyenda real de Francisco Sforza, pero seguramente le habría fascinado, pues es la culminante entre otras historias no menos atractivas.

Montreal Albano importaba handaleros y vagabundos de las naciones centroasiáticas desde Provenza, donde llegaron a arribar compañías de *condottieri* de siete mil soldados de caballería y mil quinientos de infantería, precisos a entrar en combate de un día para otro. Montreal fue el primero en establecer una férrea disciplina interna en que sus hombres no resistían demasiado, porque en cambio se concedían, en relación con el sueldo, las licencias más hábilmente: todo crimen estaba permitida a condición de que no se cometiera dentro de la compañía.

Un aventurero inglés buscó en el oficio de matar el título de Sir. Y sir John Hawkwood se dedicó a reclutar matarifes en Inglaterra, su país natal, después de que ésta firmó la Paz de Bretigny con Francia, para alquilarlos masivamente a los príncipes italianos durante tres décadas de confusas guerras. Su tropa era llamada *White Company*,³ sin que jamás se aclarara el por qué de ese nombre.

Seguimiento Malatesta, con barcha, espada y dinero para adquirir verdugos, llegó a ser el «señor de Rimini». Y Carmagnola también había ascendido de jefe mercenario a noble cuando su ambición lo perdió. En 1432 pagó en el patíbulo el haber traicionado a Venecia con tal de prolongar su hegemonía: la guerra.

Pero Francisco Sforza subió más alto que todos. Tan pronto recibió de su moribunda padre el ejército *condottieri* que éste había comandado, se propuso hacer de

³ Compañía Blanca.

la guerra un arte y una ciencia», sin descuidar su aspecto mercantil. Por lo tanto, se consagró a reclutar sólo jinetes (los soldados que entonces eran más baratos, desechando a los arqueros e infantes), y a jugar hábilmente a la política de su época, cuyo epicentro eran unos cuantos poderosos. Así se alió a Filipe Visconti, duque de Milán, buscando casarse con su hija para bereber el pujante ducado septentrional. Aun más, llegó a concretar un inesperado pacto bélico con un antinipolés consollado, Cosme de Médicis, el gran comerciante que regentaba Florencia, en 1455.

De ese modo se inició la famosa liga, a la cual se agregaron luego otros estados italianos para enfrentarse a los turcos.

Francisco Sforza habría merecido editoriales al morir, dado que inició la etapa de transformación de las «compañías» puramente mercenarias en ejércitos mercenarios seminacionales.

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad completaría el proceso: los mercenarios de Italia, desligados de la industria, fueron vencidos por la artillería, que poco antes había sido introducida al otro lado de los Alpes. El artillero tenía que ser ya soldado de carrera.

Pero allí también hubo mercenarios previamente, como la «Infantería Suiza», que tiñere de hazañas y atrocidades las llamadas Guerras Suizas. Un lejano recuerdo simbólico de la «Infantería» es la «Guardia Suiza» que sirve actualmente en el Vaticano y lo protege, en otra expresión de obstinado desafío al tiempo.

Alemania, por su lado, siempre fue una buena exportadora de mercenarios. En los siglos xv y xvi enviaba

*Landsknechten*¹ por miles al extranjero. La elevada estatura de éstos acrecentaba la intimidación.

Inglaterra también conoció —y empleó para sujuagar salvajemente a Irlanda— el repulsivo negocio del mercenarismo cuya muerte se ha empeñado en impedir el imperialismo en la actualidad, y que cuenta en la propia Gran Bretaña con una especie de bolsa de primera categoría, aunque carezca del brillo de sus tradicionales bolsas mundiales del azúcar, del cobre o de valores.

Sin embargo, es en Francia donde más nitidamente puede seguirse el árbol genealógico de la institución, cuya importancia en la formación y defensa del sistema colonial se desprende del inabarcable número de libros y películas dedicados a la «Legión Extranjera».

Todo empezó allí (en el periodo de la decadencia feudal), y al mismo tiempo que el Tercer Estado se inquietaba y tomaba conciencia de lo que era y de quién era su verdadero enemigo, debido al empleo cada vez más abundante, de elementos del lumpen-proletariado y de campesinos arruinados como soldados mercenarios de tipo particular.

Capitanes, generales e incluso un mariscal (Maurice de Saxe, en el siglo xviii) contrataban en los barrios suburbanos y en las aldeas de su propio país y de los vecinos, a gentes desesperadas por el hambre o aguijonadas por el alán de esquear tras las victorias militares, y ofrecían a los gobernantes monárquicos esas improvisadas tropas, que por regla general ignoraban a qué bandera servirían.

Naturalmente, en un momento dado, el intermediario resultó superfluo y, en vísperas de cada conflicto y cada

¹ *Landsknechten*. En realidad la palabra es germánica: *Landsknecht*. Se traduce por «catadrónes».

guerra, la Casa Real reclutaba y regimentaba directamente a los mercenarios.

Cuando el 13 de junio de 1789 el pueblo francés asaltó el Palacio de las Tullerías, se encontró a una «Guardia Suiza» como inútil oponente, mientras que en la plaza Vendôme se alzaban amenazantes los brujos austríacos del Regimiento «Fatarhary Housard», y en el Palacio Real, protegían a María Antonieta los «Dragones» de Sax.

La propia República burguesa, reino del dinero que brotó de la Bastilla, renegando de sus principios, no vaciló en acudir a métodos y armas feudales, aunque a decir verdad, éstos eran más compatibles con su propia naturaleza inclinada a la compra-venta de todo y en todo.

A razón de 100 libras por hombre «fuerte y temerario», el gobierno republicano pagó soldados y suboficiales extranjeros para la batalla de Valmy, el 20 de septiembre de 1792.

«Era difícil transmitir las órdenes por la mezcla de idiomas y hasta distinguir a los nuestros de los enemigos», escribió un testigo convertido en historiador, quien también se lamentó de que «...los enemigos compraban a nuestros mismos soldados con sólo ofrecerles mejor paga».

En todo, como evocación de la Roma imperial, se llamó «legiones» a aquellas dudosas tropas que no sabían en nombre de qué luchaban.

Cuando la República salvada por Napoleón pereció a manos de él mismo, los herederos de las tres legiones mercenarias (italica, belga y prusiana) creadas por el decreto de 22 de Fructidor, año VII, se lanzaron a la

expedición contra Egipto. Desde la alia de las pirámides no se distinguían las banderas tendidas en dirección a la bandera glorificada, de aquéllas que pretendían extenderse hacia el monedero.

Al hundirse el Imperio napoleónico y fracasar la Restauración, la nascente Monarquía de Julio recurrió a su vez al uso indiscriminado de legiones de asalariados de ocasión, aceptando el riesgo de que muy fácilmente cambiaban de bando. Esto condujo precisamente a la disolución de dicho régimen, en enero de 1831.

Sin embargo (teoría del «mal necesario»), apenas dos meses después —el 10 de marzo— no sólo se restablecieron los cuerpos de extranjeros, sino que se les otorgó a los alistados una carta de ciudadanía de carácter permanente. Luis Felipe, rey de los franceses, firmó el famoso decreto:

«Nos hemos decidido y ordenamos lo que sigue: Será creada una legión compuesta de extranjeros. Dicha legión será nombrada Legión Extranjera.»

Feta participó sanguinariamente, junto con el Cuerpo Expedicionario, en ésta de crueldad, en la conquista de Argelia. La hipocresía —enemiga siempre— acompañó en esa empresa al crimen:

—Prohibido avanzar sobre Bechar...

—¿Yo señor Ministro? Juro que jamás fui a Bechar. Me encuentro en Colomb.

El Ministro, desde luego, sabía mejor que Tysouty, jefe de la Legión, que este último había rebautizado el puesto de Archaz (el cual, según se había prometido a los argelinos, no sería ocupado), con el nombre de Colomb.

También durante la última agresión a España se entre-
mezclaron el cinismo hipocritón y los mercenarios. El
general Rapatele le dijo al general Bernalle:

—No puede enviar tropas. Pero tampoco es prudente
prohibir que vayan voluntarios.

—Como usted ordene.

Y los «voluntarios», comandados por el propio jefe de
los legionarios en Argelia, Bernalle, marcharon a Es-
paña, mientras que su superior Rapatele, jefe de toda
la Legión, se hacía el asombrado. Incluso un apolo-
gista desmedido de «la Legión» como Erwan Bergot
tiene que admitir hechos de ese tipo, aunque dulcifi-
cándolos.

La Legión Extranjera — pináculo del oficio de merce-
nario— sembró muerte, esclavitud y odio en medio
mundo, de México a Austria y de Crimea a Madagascar
y resulta imposible subestimar su papel de gendarme
internacional, pero no pudo imponerse al avance histó-
rico allí donde se lo combatió debidamente, no obstante
su larga experiencia y excelente armamento. El fin de
su mito se produjo por partes, a diferencia de lo suce-
dido con los mercenarios modernos en Angola, hace
apenas tres semanas.

Los patriotas mexicanos aniquilaron el 15 de mayo de
1867, en Querétaro, a los últimos legionarios de Maxi-
miliano. Los patriotas vietnamitas diezmaron en 1954
—en Dien Bien Phu— hasta la última compañía de
legionarios al servicio del colonialismo. Y los patriotas
argelinos demostraron durante decenios que los hom-
bres libres pueden resistir y vencer a esos repugnantes
esclavos esclavizadores, por bien entrenados que estén
y feroces que sean.

La intención final por revivir una agitada y agonizante
«Legión Extranjera» fue emprendida en 1961 por los
generales golpistas de la OAS, quienes la emplearon
en su fallido complot, junto con los *piada noirs*, fran-
ceses nacidos en la colonia, que constituían las tropas
de choque.

Al cabo de ciento treinta años de oprobiosa existencia
desapareció oficialmente (dejándosele para desfiles mi-
litares chovinistas) el cuerpo de matones que en sus
biografías incluían robos y asesinatos, tráfico de dro-
gas y sed de aventuras, y tras las exuberantes palabras
«honora», «gloria», «heroísmo», «hazañas», etcétera, uti-
lizadas por la prensa, el cine, la radio y toda la trepi-
dante maquinaria de propaganda al servicio de los de
arriba.

3. ALGUNOS EJEMPLARES GRISES

John Derek Barker —de Birmingham, Inglaterra—, contó que todo había empezado en un bar. Estando él medio borracho se le acercó un individuo al que nunca había visto en su vida y a quien nunca más volvería a ver y se ofreció para pagarle un trago.

—Me sorprendió aquello, pero me gustó... Yo me estaba bebiendo mis últimos sherris... unas cuantas libras. Y me encontraba solo: no tenía ni para la mujer más barata.

Sin más ni más, el desconocido le preguntó si quería ganar 500 dólares a la quincena.

—Pensé que bromaba. Le dije lo acostumbrado en estos casos: «¿A quién tengo que matar?» Yo también bromaba, desde luego.

—A unos cuantos... —me contestó. Se trata de Angola.

John Derek Barker narró que, después de cerciorarse de que no se trataba de una broma de borracho, aceptó

en el acto: por alguna razón aquel hombre le inspiraba confianza.

Al día siguiente, después de darse una buena ducha y con su mejor traje, y por si la entrevista era con un alto oficial, se dirigió al «Tower Hotel», en un rincón de Londres bastante apartado y tranquilo, que le costó trabajo hallar. Se alojó en la habitación cuya llave le había entregado el desconocido: la 334, situada en el tercer piso.

Como John Derek Barker le había explicado a aquel hombre que él había pertenecido al cuerpo de paracaidistas de la Real Fuerza Aérea y servido en Chipre, Kenia y Alemania desde 1961 hasta hacía apenas dos años atrás, cuando fue dado de baja a consecuencia de una riña, él se imaginó que volvería a saltar en paracaídas.

—Pero no. Me dijeron que necesitaban únicamente infantería. Se trataba de algo fácil.

En el momento de recibir un pasaporte en orden (previamente había llevado varias fotografías consigo), le entregaron también una tarjeta con las iniciales SAS: *Special Advisory Service*.

También le explicó quien le había dado los documentos (un hombre viejo, recordate, con una pipa que no se la quitaba ni para hablar y con un guilever a rayas, viva estampa de un antiguo capitán de buque), que debía cuidar los dos al máximo... Evitar, ante todo, que cayeran en manos del enemigo, aunque éste no era peligroso porque «...los muy salvajes están perdidos; es cuestión de pegarlos duras».

Al interrogar a Barker, los llamó la atención a los dos camaradas de las FAPLA encargados del sumario ofi-

cial, el hecho de que mencionara una entrevista con Holden Roberto, la cual había tenido lugar el 22 de enero, poco después de su llegada a la capital zaireña. Sin embargo, por más que lo interrogamos, primero ellos y después yo, nada sustancioso se pudo averiguar sobre ese encuentro.

—Había un almuerzo. Parece que el presidente Holden quería impresionar a dos periodistas norteamericanos que le acompañaban: Robin Wright, una mujer, y otro cuyo nombre en... a ver... no recuerdo. Sólo me interesé en seleccionar un buen «whisky» y que me lo sirvieran con hielo.

Según Barker, los periodistas hicieron muchas preguntas, pero a él no le interesaron, por aquello de que «el soldado discreto es el único que sube». Recordaba tan sólo que al volar a San Salvador con otros cinco mercenarios, ellos dos iban también, pero después dejó de verlos.

Si realmente había sido reclutado en esa forma y el caso era de toda importancia en el «negocio», ¿cómo explicar que Holden lo invitara a almorzar junto con dos periodistas? Barker dijo que sinceramente todo había sido como decía.

Igualmente gris, resultó la historia que narró (en un tono monótono, apenas perceptible) otro John, de apellido Nammoock. Los únicos aspectos sobresalientes fueron su creencia (inculcada por Callan) de que «los cubanos se tomaban prisioneros y menos aún las FAPLA», y el hecho de que «un tal Banks» lo recibió en el sótano de una iglesia, cerca del «St. George Club», en una entrevista colectiva, en la cual participaron otros docecientos hombres.

Recordaba, y casi no olvidó palabra al repetirlo, el anuncio clasificado del *Financial Times* que lo condujo a Angola:

*Exmilitary: Fancy a job overseas, training services division, good salary. Age between 24-47, phone Leeds 70 23 54 and 60 55 41, between 10-7 p.m.**

—Así decía más o menos, si no me falla la memoria.

—Así era! El único error fue que, en vez de ser 47 la edad máxima pedida, era 45 y que en el primer teléfono invertí los números finales. Dijo 70 23 54 y era 70 54 23. Esto me comprobó más tarde con el ejemplar en cuestión del periódico.

Pero su excelente memoria se esfumó tan pronto como se le hicieron preguntas sobre quiénes podían estar detrás de ese «tal Banks», y sobre el trato que los mercenarios daban a los soldados de Angola.

Nammoock respondió con la mirada perdida en algún punto impreciso, como paralizado por el temor.

Un tercer John —Lawlor— también se sintió atraído por el anuncio clasificado; dos días después de leerlo llamó al teléfono indicado y recibió la orden de presentarse ante John Banks, a quien identificó como uno de los directores del SAS. Los otros directores son, al parecer: Leslie Aikin, traficante de armas, y Frank Perren, antiguo comando de la Real Marina Británica. Por su parte, Banks fue paracaidista del ejército británico.

* «Ex militares: Obtengan trabajo en ultramar, entrenamiento división de servicios, buen salario. Edad entre 24-47, teléfonos Leeds 70 23 54 y 60 55 41, entre 10-7 p.m.»

Lawlor —lleno de pecas, espigado, de 23 años y ~~extremadamente~~ nervioso—, había sido marino de guerra durante cinco años y también había conocido Chipre y Malta.

—Ya tenía trabajo en un taller —afirmó—, pero la escasezaba agotador... No lograba habituarme. Me gustó más ser guardián de un carro blindado para transportar valores, pero esto no duró mucho.

Dijo que no sabía nada sobre la política de Inglaterra ni de la de Angola.

El siguiente mercenario —norteamericano— tampoco dijo nada que se apartara siquiera un poco de la rutina.

Gary Martin Acker fue reclutado durante una «operación» que llevaron a cabo, a lo largo de toda la costa occidental, dos Banks yanquis: David Bufkin y James Scott. El primero a título personal, mientras que el último se cubría bajo el nombre de la *Co-op for Soldiers of Fortune*, misteriosa organización benéfica que había empezado a surgir como por encanto en diversas ciudades.

Había también una diferencia en la «mercadería». Bufkin parecía interesarse por los soldados en general, con mucha, poca o ninguna experiencia militar, desde paracaidistas hasta infantes de marina —como el propio Gary Martin Acker—, en tanto que Scott manifestaba un carácter más selectivo y exigía los siguientes requisitos:

1. Ser veterano de Viet Nam.
2. Saber manejar armas o ametralladoras pesadas, o pilotar helicópteros.

Scott, obviamente, no actuaba por su cuenta, ni era un francotirador sin más ambiciones que la de ganar como intermediario.

Al parecer, Gary Martin trató primero de enrolarse por mediación de Scott y, al ser rechazado por éste, lo hizo por medio de Bufkin. De todas maneras, ambos estaban conectados con el FNLA, es decir, con el Frente Norte. (Para el Frente Sur de Savimbi también hubo un intenso trabajo de reclutamiento desde distintos «centros». Acker recordaba el que montó con gran publicidad Larry Mitchell, veterano negro de Viet Nam. Pero ese camino tampoco era accesible para Acker. A petición de su patrón, racista negro, Mitchell aceptaba únicamente negros, y con mayor razón si éstos eran exiliados centrorevolucionarios cubanos. La organización de Mitchell se llamaba *The Afro-American Technical Assistance to Angola*. Si envió, o no, muchos hombres, no se ha determinado todavía.)

Las declaraciones de Acker, con domicilio permanente en 2342 Corek Circle, Sacramento, California, ratificaron que Bufkin ofrecía 1 200 dólares al mes, y que el 25 de noviembre empezó a tratar de reclutar hombres en forma pública: ese día, Acker leyó el anuncio en un periódico local.

El itinerario seguido por este ex infante de marina fue el siguiente: California - Nueva York - París - Kinshasa. En Nueva York se le unieron el argentino Grillo —quien sería el jefe del grupo— y otros cinco veteranos.

Gary Martin Acker había sido cabo en Japón y Filipinas, después de pasar cinco meses y medio en Viet Nam, donde ejerció ampliamente sus conocimientos en la difícil curación de drogadictos, en el ejército norteamericano.

—El número de ellos era mayor que el de las bajas que tuvimos —declaró.

Parecía y taciturno, se negó inclusive a fumar, aunque según sus compañeros es un empedernido fumador, y tampoco quiso responder a las preguntas relacionadas con sus ideas o sentimientos, o con sus razones para volver a hacer la guerra contra gentes que no tenían la más mínima relación con él o con su país, en un territorio que —según confesó— tuvo que localizar en el mapa de un diccionario.

En cambio, sin que se le preguntara, hizo varias alusiones, despectivas siempre, sobre los africanos de Holden a quienes él tuvo que entrenar en el minado utilizando —según dijo— minas chinas antiguas que no detectables.

—Eran alrededor de cuatrocientos, pero cuando oían una explosión, incluso nuestra, gritaban «¡FAPLA!», y huían despavoridos. Yo le pedí a mi superior que se quejara al general García, encargado administrativo del FNLA, pero éste también estaba lleno de miedo.

En cambio, Malcom Mc Intyre, escocés, natural de Perth, Essex, habló de sí mismo todo el tiempo, esforzándose por demostrar que no había sido más que enfermero. La solicitud que Callan le dio a Ulenar lo podía confirmar. Anteriormente, en la habitación 312 del hotel «Park Court», en Londres, había llamado otra para solicitar también el puesto de enfermero, según explicó.

No dijo nada de la guerra.

De los otros mercenarios, tampoco.

En cuanto a Holden Roberto, preguntó que quién era. Aseguró que casi se había alegrado cuando lo detuvieron.

—Vine de enfermera y me encontré con que no tenían hospital.

Cuando uno de los oficiales de las FAPLA le dijo que sus propios compañeros afirmaban que le habían visto tirar granadas, Malcom Mc Intyre bajó la cabeza y se echó a llorar.

Michael Wiseman, por su lado, se considera «un tonto», ¿Por qué?

—Me dedicaba junta con un amigo, a desbaratar carros viejos y a vender las piezas que aún estaban buenas —relató. Ganaba bastante. Era mi propio patrón y estaba en condiciones de dar a mis hijos cosas con las que no podía ni soñar cuando estaba sin trabajo. Pero fui lo bastante tonto para dejarla.

¿Por qué no lo bastante ambicioso?

¿Y que decir de su falta de escrúpulos?

«Desbaratar gente es diferente, aunque un Wiseman no pueda discernirlo, a desbaratar automóviles... Incluso si se trata de autóviles».

Pero Wiseman no habló nada de eso.

—Espero —dijo— que mi amigo continúe manteniendo el negocio. Si logro volver, nunca más lo dejaré... Por nada del mundo.

4. UN NEGOCIO MUY YANQUI

Una variante muy ruidosa del oficio existe en Estados Unidos, país donde surgen ejércitos privados para guerras internas. Su solo nombre es símbolo del gangsterismo, la intriga y la maldad.

En relación con la «mafia», el aparato propagandístico de las clases dominantes insiste en su origen italiano —siciliano— y en la notable participación que han tenido en ella los descendientes de inmigrantes llegados de la península en forma de bota.

Es incuestionable que la historia de Italia está plagada de ese tipo de mercenarios, cuyas raíces, como ya vimos, tendrían que buscarse en las épocas feudales y en la prolongada lucha interna entre los principados, que de manera tan convulsiva crearon una nación y engendraron el genio perfido de Maquiavelo.

Es cierto también que el fascismo de Mussolini glorificó a los nuevos *condottieri*, siempre dispuestos a matar a cualquier desconocido tan pronto como salían

en cuébito se cotizaba su cabeza. Precisamente de tales malhechores se nutrió la barriga del Partido Fascista para ensangrentar a Italia y poner de pie, tras implantar el silencio en casa, un ululante y agresivo ejército que se hermanaría con el de Hitler (quien también reclutó entre los «malinicos» a sus primeros «SS») para conquistar un imperio.

Pero con todo y eso, la «mafia» es norteamericana.

En Estados Unidos no hubo feudalismo. Fue esto, junto al hecho de contar con un gigantesco territorio, rico en los dos recursos naturales que constituyen los pilares del desarrollo moderno: el oro (dinero) y el petróleo (energía), así como su posición geográfica de verdadero continente-isla que lo protegía de invasiones extranjeras, lo que le sirvió de trampolín para el tremendo salto, equivalente a lanzarse desde los peñascos de Arapulén al mar enfurecido.

No hubo feudalismo, pero en cambio han surgido legión tras legión de mercenarios de las grandes urbes: *cowboys* citadinos.

En Estados Unidos el oficio dejó atrás todo rastro artesanal, esporádico y espontáneo y se convirtió en un verdadero negocio, en un engranaje cumpliendo, exacto y próspero... El viejo reloj de arena convertido en cronómetro asentado en diamantes.

Desde luego, Hollywood, con «El Padrino» y otras afamadas películas, insiste en que las «familias» se matan entre ellas en defensa de virgenes ofendidas o para vengar su amor propio herido. Sin embargo, lo esencial, lo determinante —algo que el cine norteamericano no deja de enfocar, pero sin darle el primer plano— es que esos mercenarios son gangsters: criaturas abominables del dominio irrestricto de los banqueros, los

industriales, los ricos bufetes que en cada elección electoran senadores y representantes. Los «mafiosos» son utilizados para golpear a negros y a huelguistas; para aplastar los movimientos obreros democráticos, para atomizar a intelectuales libres, asesinar presidentes y ministros, en fin, la atmósfera de violencia constitucional con la existencia misma de Estados Unidos desde su nacimiento.

Se les paga dándoles parte del control (no el control absoluto, como quiere hacernos creer el cine yanqui) de los negocios más sucios: tráfico de drogas, prostitución, originalísimas «pólizas» de seguro con las cuales no se puede más que perder, puesto que se trata de que lo «proteja» a uno quien lo agrediera de no ceder a su chantaje.

En el fondo, *business is business*, y ésa es también la gran ley de los negocios, de ruyas extraordinarias ganancias. No pueden huir quienes las tienen como únicos dioses. El personaje a descubrir es «el padrino del Padrino...»

La «mafia» no desaparece, a pesar de que Estados Unidos cuenta con el cuerpo policial más perfecto y poderoso que jamás se haya conocido, el cual emplea ultramodernísimos aparatos electrónicos para espías e investigar, sencillamente porque la «mafia» resulta útil, necesaria y barata para los grandes capitales.

Por el contrario, la «mafia», cuyos intereses coinciden con los de la propia policía, tiende a crecer.

La «mafia» nació con el imperialismo y sólo morirá con él.

¿Es de extrañar que sea una buena fuente del tipo «dinero de mercenario»?

Un hombre se encargaría de responder a esa pregunta.

S. UNA MÁQUINA DE MATAR

El encuentro con Gustavo Marcelo Grillo tuvo lugar en el hospital militar de Luanda, en una habitación que compartía con otros tres prisioneros —del FIMIA— igualmente heridos.

Con la pierna traseada en un extremo de la cama, una barba salá y un bigote que años de combates leña con el cepillo de dientes, Grillo aceptó conversar de inmediato. Hasta permitió gustarle la idea. Respondió a muchas preguntas y se hizo algunas a su turno, para dar contestaciones ya preparadas.

Reveló que había nacido en la zona olímpica de Buenos Aires y que había emigrado de niño a Luanda, Guinea, llevada por su madre, cuando se seguían las tropas con un alemán. Ambos sirvieron así como la hermana de Grillo, se hicieron soldados y revolucionarios.

—Yo soy, por nada de este mundo. Los africanos son unos puros, unos verdaderos puros.

Pero dejémosle que sea el propio Grillo quien nos cuente su vida. Lo hizo mediante una declaración manuscrita

en la cual falla la sintaxis y hay párrafos muy confusos que revelan la influencia del inglés, así como el bajísimo nivel cultural común a los trece mercenarios. He preferido no aliterar, excepto para hacerlo comprensible, el testimonio de Grillo, que dice así:

Gustavo Marcelo Grillo nació en Buenos Aires, Argentina, el 2 de agosto de 1949. En este momento tengo 26 años de edad. Altura: 1,75; peso: 88 kilos.

Soy un hombre sin ningún vicio. Pero en estos momentos soy prisionero de guerra de la República de Angola. La familia de mi madre es de Genova, al norte de Italia. Por el lado de mi padre son de Sicilia, al sur de Italia. El nombre de mi padre es Luis Grillo, y el de mi madre, Laura Pollechi. Se casaron y nací yo, y después una hermana que se llama Silvia.

Cuando yo tenía dos o tres años de edad, mi madre se divorció. Creo que mi padre no era el hombre para ella. A esa edad yo me acuerdo que Perón empezó una revolución. Hasta la fecha no me olvido de los tanques y los soldados por las calles de Buenos Aires.

Yo vengo de una familia muy buena, de mucha cultura. Mi abuelo era un hombre muy rico, con mucho dinero. Mis padres me dieron lo mejor: colegio católico, maestras y maestros particulares, tenía una institutriz, maestra de piano, colegio alemán, colegio de educación social, también tenía sirvientas. Me dieron todo y de lo mejor, y miren como yo soy un bandido.

Mi madre tiene cuatro hermanos, que lógicamente son tíos míos. Tienen una fábrica de pa-

pel y estaban metidos en cosas políticas. Entre los cuñados de la familia había uno que trabajaba para Perón. Creo que era un asesino y que hacía las cosas más sucias para él. Pero así me olvidaba de contarles que mi madre se casó de nuevo con un alemán. En ese tiempo yo tenía cuatro o cinco años de edad. El nombre de este hombre que ahora es mi padrastro es Edmund Hewell. El nació en Danzing, Alemania, y se crió allí. Estuvo en la segunda guerra con Hitler. Era soldado de infantería y después volaba aviones sin motor. Los americanos lo agarraron prisionero y lo metieron en un barco americano. Cuando la guerra terminó, dijeron que podía escoger entre dos lugares para irse a vivir: Australia o Argentina. Se fue entonces a la Argentina, donde se encontró con mi madre y se casó. Es un hombre muy inteligente y generoso. Mis padres están casados desde hace veinte años y son muy felices. Viven en Estados Unidos. En Argentina había muchos líos con Eva y Perón. Y a mi madre no le gustaba cómo andaban las cosas del país. Entonces hizo arreglos y conexiones con sus abogados para salir del país. Ya sé que tuve muchos líos y que le costó mucho dinero mudarse a Estados Unidos. También tuve líos con la familia, porque mi abuela le dijo que Silvia y Gustavo se quedaran con la familia. Así estuvieron las cosas: mi madre nos sacó del país y la familia nos puso la cruz.

En 1960 llegamos a Estados Unidos, Miami. Ya había nacido en la Argentina un hermanito que se llama Christian. Mis padres conocían personas en América y entonces nos mudamos a la ciudad de Nueva Jersey, a una hora de Nueva

York. Ahí me crié de los doce hasta los diecisiete años. Los primeros cinco años en América fueron muy duros. El idioma era un problema. El único que lo hablaba era mi padre. Yo iba a una escuela pública y practicaba deportes. Tenía problemas con mi padrastro porque yo sabía que él no era mi verdadero padre. Si al día siguiente yo decía negro, y así analizábamos a través de palabras limpias.

Me tardé muchos años para entender y querer a ese hombre. A los diecisiete años entré a la Infantería de Marina de Estados Unidos, y estuve ahí cuatro años. Hice el entrenamiento en Parris Island, Carolina del Sur. Eso fue en el año 1967, cuando los cosas en Viet Nam estaban bravas. Me portaron el entrenamiento a la mitad, me mandaron a Carolina del Norte para otra clase de entrenamientos tácticas militares. De ahí me mandaron a California para recibir un entrenamiento de guerrillas en la jungla. El campamento se llamaba Camp Penelton.

Luego fui a Okinawa por unos días y después a Da Nang, Viet Nam. Ahí me pusieron en un grupo de infantes de marina que se llamaba primer pelotón de la quinta compañía de zorros del segundo batallón de la primera división de la marina. Es el nombre del grupo al que me mandaron en Nam Quan, como a 40 millas al suroeste de Da Nang. Temamos una base ahí. Yo empecé como Rifleman, que quiere decir fusilero. Después fui Team Leader, o sea, jefe de cinco soldados; luego Squad Leader, jefe de quince soldados, y sargento de pelotón, jefe de treinta y cinco soldados. Estábamos siempre en el frente. Nuestro trabajo era perseguir al enemigo, patrullando

de día y tendiendo emboscadas por la noche. Nunca nos quedábamos en el mismo lugar. Siempre seguíamos. Era una guerra muy sucia y dolorosa. Se perdieron muchas vidas por los dos lados. Yo empecé en 1967, y estuve en 1968 y 1969. Tuve malaria dos veces y recibí una pequeña herida en la rodilla izquierda.

Si nosotros creíamos que el enemigo vivía en un pueblo determinado, mudábamos el pueblo entero a Da Nang, y ahí se le daba a la gente casa, ropa y medicinas, etcétera. Y nosotros destruíamos el pueblo. El enemigo tenía que quedarse ahí a pelear o irse a otro lugar, porque no tenía comida, ni ropa, ni mujeres, ni medicinas, etcétera, para vivir. No eran independientes como nuestras tropas. Yo participé como en diez operaciones importantes en la República de Viet Nam. Y en el año de 1970 volví a casa con varias recomendaciones y medallas, pero sin ningún entrenamiento para la vida civil normal. Conseguir trabajo era duro, especialmente sin ningún entrenamiento como mecánico, técnico, etcétera.

Empecé a trabajar en construcciones, pero no ganaba suficiente dinero para vivir. Y entonces empecé a relacionarme con "traqueteros"¹ a quienes yo conocía para tratar de ganar más dinero. Siempre estaba metido en algo sucio. Un día una persona habló bajo presión de la policía, y como consecuencia me echó un año y medio en la prisión por robo a mano armada. Bueno, la prisión era otro colegio de delinuentes: aprendes de todo, pero nunca algo bueno. Yo tenía un trabajo de portero en la cárcel. Era el mejor puesto que

¹ Fiscales que extorsionan mediante amenazas a violencia.

había. Ganaba un dólar diario. Hacía treinta dólares al mes. Yo tenía buenas conexiones, talento y fuerza, y me hice la vida fácil por un año y medio. Pero en el año 1972, cuando me di de prisa, fue lo mismo que antes; conseguir trabajo era todavía más duro. Empecé a trabajar en un restaurante italiano que se llamaba «Papa'sino», lavando platos y camareros. A veces trabajaba doce o quince horas por día, y luego me fui a otro restaurante para aprender a cocinar. Se llamaba «V.I.P.».

En el «V.I.P.» aprendí a cocinar. Después me fui a otro restaurante mejor. Y así fue hasta que me hice jefe de un restaurante. Todos esos restaurantes en los que yo trabajé tenían relaciones con los «traqueteros». Entonces yo siempre estaba en ese ambiente. Dejé de trabajar en la cocina y me fui con los «traqueteros», para trabajar con ellos y vivir esa vida. Yo tenía el trabajo como pantalla. Por ejemplo, decía que trabajaba en un restaurante o en construcciones, o que buscaba o cualquier otro trabajo. Yo no trabajaba, pero aparecía en los libros de la compañía. Así, cuando la policía o las autoridades me detenían, ya les decía que trabajaba con Fulano de Tal y ellos iban a ver si era verdad y, efectivamente, estaba en los libros de la compañía de Fulano de Tal.

Un «traquetero» al que yo conocía me mandó a trabajar con otro que se dedicaba a cuestiones de juegos y deportes. Se llama Roberto. Bueno, Roberto es un hombre muy bueno, con un corazón de oro. Yo trabajaba para él como guardespaldas y chofer, recolectando dinero, pagando dinero a otros «traqueteros», manejando la lotería. Yo lo levantaba por la mañana y lo acompañaba hasta

que se acostaba por la noche. El me dio un apartamento que rentaba 325 dólares por mes, así como un coche nuevo y pagaba abogados y todos mis gastos, pero no solamente eso, sino que me puso un negocio de perros de ataque para ataquillar. Roberto es un «traquetero» profesional especializado en juegos y deportes. Toda su vida ha hecho eso. Ahora está esperando que le den de dos a tres años de cárcel. Pero en dicho tiempo me saldrá libre para seguir con su vida normal: los juegos y los deportes.

Un día yo estaba en casa cuando me llamaron para avisarme que en el canal 7 estaban proporcionando un número de teléfono para los que tuvieran interés en trabajar como mercenarios. Entonces llamé al canal 7 y conseguí ese número de teléfono, que pertenecía a un hombre de California llamado Dave Ruskin. Hice contacto con él por teléfono y le dije que tenía interés en esa clase de trabajo. El me pidió que le mandara 35.00 dólares por correo, con un resumen de mis experiencias. Bueno, lo hice, y pasó una semana. Le llamé de nuevo y le pregunté si había noticias. El me dijo que no. Hablamos unos minutos de mis experiencias y enlamos. Tres o cuatro días después él me llamó desde otro estado, Misuri, diciéndome que acababa de regresar de Suramérica, y que estaba corto de fondos para volver a California, que si yo lo podía ayudar con dinero. Le dije que no lo conocía tan bien como para prestarle dinero y que no le tenía confianza a nadie, que entre rufianes no nos hicieramos porquerías. También le dije que si él me iba a ayudar a mí yo gastaría toda la plata que tuviera para buscarlo y romperle el alma, que nos entenderíamos desde el principio.

Otra semana pasó, y mientras tanto yo compré mi equipo de guerra, el pasaje del avión, y arreglé todas las cosas que tenía que hacer. Llegó el día en que nos encontramos en Nueva York para ir a Kinshasa. Tuvimos líos con la aerolínea, porque no teníamos visas para cuando llegáramos a Kinshasa. La aerolínea era Pan American, y ese día no salimos. Tratamos con Air France y con otras compañías aéreas... Bufkin y otro tipo que estaba con él, que se llamaba Otis, se fueron de Nueva York a París, y de ahí a Bélgica y a Kinshasa. Pero yo no pude salir porque no tenía pasaporte americano. Pasó otra semana y ellos me mandaron un telegrama por conducto de la madre de Otis, diciéndome que habían llegado a Kinshasa. El señor Bufkin volvió a Nueva York y me encontré con él de nuevo. Al hablar con él, me dijo que el presidente Holden Roberts le había dado 2 000 dólares tan sólo para contratarme a mí porque necesitaba hombres de mi calibre. ¿Para toda la mierda que hicimos al fin! El general «García», ayudante de Holden Roberts, llamó a Pan American para decirles que yo tenía una visa esperándome en Kinshasa. Y así salí de Nueva York.

Yo sabía desde el principio, como es lógico, que la CIA estaba detrás de esto.

El trabajo de Dave Bufkin consiste en reclutar a mercenarios y comprar equipo para otros países, buscar especialistas como pilotos, ingenieros, etcétera. Mele la mano en muchas cosas.

Conversaciones con Bufkin:

El me habló de otros dos trabajos: uno en México y otro en California. El primero tenía que ver

con un tipo de un sindicato que se había metido en un asunto de drogas en México, y el sindicato de California quería hacer un cambio con los mexicanos; el americano, por medio millón o un millón de dólares... Un cambio por debajo de la mesa. El otro trabajo consistía en recolectar dinero para una persona que se había metido en negocios sucios con un «traquetero».

Otra conversación:

Hablamos de la posibilidad de comprar perros de ataque, perros policía, perros para perseguir al enemigo. Pero esto quedó en el aire, aunque yo tenía las conexiones para ello.

Otra conversación:

El me dijo que iba a haber una operación para hacer explotar un barco ruso. Que si tenía interés, hablaríamos en el futuro. Y eso fue todo.

Otra conversación:

Hablamos de la posibilidad de montar un campamento de mercenarios en Nueva York, así como de la manera de reclutar más hombres.

La aerolínea Air France perdió mi equipo. Cuando llegamos a Kinshasa éramos siete hombres: Bufkin, Lobo, Arken, George, Daniel, Bob, Gustavo, y otro que esperaba en Kinshasa; Otis, el que se había ido antes. Del aeropuerto fuimos en taxi a la oficina del FNIA, porque nadie nos esperaba en el aeropuerto y tuvimos que pagar por debajo de la mesa para poder salir de ahí. Cuando llegamos a la oficina del FNIA, nos dieron noticias sobre lo que estaba pasando y la situación que reinaba allí. Nos contaron de un jefe que se llamaba

Collins,¹ que había matado a catorce de sus mismos soldados. Que era un tipo enfermo de la cabeza, que mataba sin ninguna razón y que en ese momento estaba en el frente, herido en las rodillas. Él también había matado al primo de Holden Roberto, y entonces le habían abierto un juicio en Kinshasa. Si volvía a Kinshasa lo fusilarían. Los soldados ingleses nos contaron cómo los habían tratado y engañado, y cómo les habían quitado su dinero, la injusticia que les habían hecho. Esa noche fuimos a cenar al restaurante «Palacio» todos juntos.

Cuando terminamos de cenar, nos dimos cuenta de que uno de nosotros no estaba en la mesa ni en ninguna otra parte. El tipo era Bob, un hombre alto y un tanto gordo. No lo pudimos encontrar, y entonces nos fuimos al hotel «Internacional» de Kinshasa para dormir. Al otro día averiguamos que el señor Bob se había caído en los pantalones por los cuantos que escuchó, y que se había ido corriendo a la Embajada americana para regresar a Estados Unidos.

También pasó otra cosa en el hotel. Yo estaba durmiendo cuando Otis, Lobo, Arken, George y Daniel entraron en mi cuarto despertándome y quejándose de las porquerías que les había hecho Bufkin. Les había mentido, engañado y robado su dinero. Entonces nosotros lo agarramos a él y al otro reclutador inglés que se llamaba Nick; hablamos con él de hombre a hombre y le dijimos que lo hostiábamos de su puesto, que no queríamos que él nos representara. Ese trabajo se lo dimos al señor Lobo. En San Salvador le hicimos un

pequeño juicio al señor Bufkin por sacar armas del palacio de Holden Roberto, por tener fotos y documentos de las minas de diamantes, así como información y planes secretos para robar diamantes, y por las porquerías que les había hecho a los hombres. El señor Bufkin fue acusado de sacar armas del palacio de Holden Roberto sin permiso, pero nada más le impusieron una multa de 200 dólares.

Nos quedamos en el hotel dos días y medio, y después nos fuimos al palacio de Holden Roberto, para que nos dieran ropa y armas. Esa misma noche salimos para San Salvador en camiones. Viajamos toda la noche y toda la mañana para llegar a San Salvador. Me acuerdo que por la noche paramos en un pueblo para recoger otra munición que tenía un cañón chino con munición. Holden Roberto venía en su coche atrás de los camiones. Cuando llegamos a San Salvador, las cosas estaban muy desorganizadas. No tenían ni un recipiente para orinar, no tenían medicina ni medicinas, y no sabían como utilizar la artillería que tenían. Si contaban con armas, no tenían munición para ellas, y si tenían munición no contaban con las armas. La mitad de los camiones y jeeps no andaban. Todo era un desastre. Me dieron el puesto de comandante de las tropas americanas y de una sección de once soldados ingleses, así como de trescientos sesenta soldados angolanos, para que tratara de organizarlos, equiparlos y de enseñarles tácticas de guerrilla para combatir al enemigo. En dos días hice lo que pude. Al tercer día me preguntaron si quería ir a Cuimba para explorar, y les dije que sí. Me dijeron que había tropas angolanas de la FNLA en Cuimba, que no había

¹ Collins.

problemas para llegar, y que las tropas cubanas estaban fuera de Cuimba.

Entonces yo agarré dos jeeps con cinco soldados blancos y cinco o seis angolanos, y salimos de San Salvador. Por el camino un jeep se descompuso. Lo tuvimos que dejar. Nunca llegamos a Cuimba porque en el camino nos tendieron una emboscada. Yo salté del jeep, empezaron los tiros y al cruzar la carretera me di cuenta de que estaba herido en la pierna izquierda.

Empecé a disparar con el rifle, pero se descompuso. Yo tenía un UZI-azmetalladora. Me arrastré hacia las altas hierbas para esconderme, disparé como veinticinco tiros y no supe nada más. Me di cuenta de que los demás soldados habían sido muertos o capturados. Por mil dólares que tenía en el bolsillo no valía la pena morir. Entonces dejé que me tomaran prisionero. Me llevaron a la carretera y yo les dije que les iba a ordenar a los demás que no dispararan. Gríté tres o cuatro veces y nadie hizo nada, porque todos estaban muertos o presos. Entonces me metieron en un camión para llevarme al hospital de Cuimba. En Cuimba los doctores nos atendieron y de ahí fuimos al hospital militar de Luanda, en donde fuimos atendidos por cirujanos.

Lógicamente, la única que está ayudando al FNLA es la CIA. La cantidad que yo tenía en billetes de cien dólares, era dinero frasco de la CIA, pues me imaginé que Holden Roberto no lo fabrica en su casa.

El equipo que llegó a San Salvador el tercer día era de la CIA (radio, M-79, Lawa, granadas, gemelos de campaña, radios Prik 25). También ha-

bía agentes de la CIA en el hotel «Internacional» de Kinshasa. Nos dijeron que tuviéramos cuidado en el hotel con la gente de los diarios y con los agentes de la CIA. Holden Roberto todavía estaba reclutando mercenarios en Estados Unidos. Yo sabía que el FNLA no iba a ganar, pero no era una cuestión de que ganaran o perdieran. A mí me importaba un carajo el FNLA. Tampoco vine a Angola porque tuviera algo en contra del comunismo o de las tropas cubanas o los angolanos. Yo soy una persona que no tengo nada contra nadie. Yo vine aquí por una sola cosa: por el dinero nada más.

¿Qué clase de gente son los mercenarios? Pues hay un poco de todo. Algunos están huyendo de algo. Son criminales y están huyendo de la policía o de las autoridades. Otros están aburridos o cansados de la vida. Algunos son aventureros. Pero todos tienen algo en común: lo hacen por dinero. Yo digo que sería lindo si en el mundo uno no necesitara el dinero para vivir; si todo el mundo pudiera vivir sin necesidad de la mierda que es ese papel.

GUSTAVO M. GRILLO

Esta es la extensa declaración que Grillo escribió. Por mi parte, durante la conversación con él, quise profundizar su condición de «mafioso», en la que opinaba de sus compañeros de profesión, y en su visión de la vida, por tratarse de un género peculiar de mercenario.

Grillo explicó la siguiente sobre Roberto, personaje central para él:

—Roberto no es débil. Conoce y domina su negocio. Es «capi»... Y de Tony *Bazano*, el que controla Nueva Jersey. Tony *Bazano* es tan fuerte como Carlos *Angambino* en Nueva York y Angelo *Bruno* en... Una «familia» de las más duras.

Al detallar el negocio de Roberto, Grillo dijo que ejercía control sobre el racket del juego.

Todo tipo de juego: casinos, lotería, carreras de caballos. No le interesa ni la prostitución ni las drogas, que son negocios más grandes, pero donde la competencia también es mayor, y además hay mujeres. Roberto no quiere saber nada de las mujeres.

Sin dejar de sostener el bigote con el cepillo de dientes, Grillo también fue prolijo al describir su propio negocio, vinculado con el de Roberto, quien lo favorecía, pasando por encima de otros, debido a que tiene un «gran corazón».

—La cría de perros, de perros de caza: grandotes, inteligentes, mansos sólo conmigo. Perros de ataque, en una palabra.

¿Qué uso se les puede dar?

Grillo, con voz muy animada y regodeándose, explicó que se alquilaban a farmacias, restaurantes, tiendas y a toda clase de pequeños negocios, y que eran más efectivos que el mejor sistema de alarma.

—Y también podría usarlos en lo otro que me dio Roberto.

Naturalmente, en este punto aparecieron en el relato de Grillo las gentes de la esfera de Roberto que «necesitaban» protección; todas ellas jugadores profesionales, dueños de casinos, administradores de hipódromos.

—Pero los aseguro —dijo mirando fijamente a los dos oficiales de las FAPLA que me acompañaban, y a mí— que es un asunto honrado. Es muy rara la violencia. El que viva del juego también juega y siempre aspira a recuperar en un minuto cualquier suma. Ese tipo debe cuidarse...

Grillo insistió en que su táctica —la única que Roberto habría aceptado debido a lo sensible que es—, consistía en emplear «más miel que vinagre».

—La sartén, el traje muy limpio y sin la menor arruga, el saludo afable, el interesarse por la señora y los niños, el quejarse del clima y de los precios actuales...

Sin inquietarse mucho, Grillo admitió que, desde luego, cuando se encontraba con un tacaño no le quedaba otro remedio que convencerlo con un bofetón.

—O preguntarle bajito, sin dejar de sonreír, si su niña sigue en la misma escuela, en equis calle número tal. Claro, si el tipo contesta con una grosería, se le parte la cabeza de un culatazo. Nunca hay que disparar... Si a pesar de todo eso, ¡madal, entonces los perros, mis perritos, saben lo que tienen que hacer...

Grillo pareció ensombrecerse al contar su pleito con Roberto, debido al cual había ido a parar a Angola y a la prisión, donde se encontraba en peligro de morir fusilado.

—Roberto vivía su vida y a nadie debe importarle eso. Conmigo siempre fue generoso. Lo único malo de él es que le gusta demasiado la bebida. Más borracho de la cuenta dudó de mí, de si era correcta mi suma.

Perdiendo el control, Grillo dijo con respecto a ese asunto frases confusas, casi histéricas, junto con otras en las cuales procuraba suavizar el problema tenido con Roberto, como si discutiera con él en persona.

Para terminar con la desagradable situación que se había creado, pregunté a Grillo — a quien el tema de la «mafia» le agrada en el fondo, como él confesó — si tendría inconveniente en escribir algo sobre el asunto, y respondió que lo haría en un santiamén... A las dos horas recibía, de manos del oficial de las FAPLA que se quedó junto a él, la nota que sigue, firmada debidamente, la cual reproduce con ligeras cambios en la puntuación para hacerla menos incoherente:

El crimen organizado en el estado donde yo vivía. Los nombres que se le dan al crimen organizado: Mah, Cosa Nostra, Mafia, Sindicato, La Mano Negra.

Capo di tutti capo (jefe de todos los jefes en el estado). Abajo de él están los «capos» (capitanes). Ellos tienen familias de 30 a 300 soldados, controlan una parte de la ciudad. Después vienen los tenientes y finalmente los soldados.

Yo trabajaba para un «raquetero» especializado en juegos y deportes. Él es un jefe que controla diferentes secciones de la ciudad. Hacía muchos negocios con los puertorriqueños y los negros. Tenía casas de juego y bares, la lotería, las carreras de caballos y los deportes. También prestaba un poco de dinero. Cuando las cosas estaban bien, él ganaba de 35 000 a 40 000 dólares a la semana. Parece mucho dinero, pero hay muchos gastos.

Cada seis meses él tiene que pagar impuestos al «capo», así como la renta de las casas, apartamentos, oficinas, automóviles y casas de juego y además pagar a los policías, oficiales, abogados, intermediarios y cien personas más que colaboran o trabajan para él. Aparte de todo eso es un hombre muy vicioso. El licor y el juego le gustan

demasiado. Juega a las cartas ocho horas por día, a mil dólares la mano o más. Por la noche va a las casas de juego y gana o pierde de 10 000 a 15 000 dólares por noche. A veces juega hasta 5 000 a 7 000 dólares por cada carta.

Para el juego este hombre es un degenerado, y para la bebida también. Ha tenido muchas oportunidades muy buenas, pero con la manera en que toma y juega y como además tiene una mujer de mierda, ha perdido muchas. Yo sé todo esto y más, porque yo vivía con este hombre. Era su sombra. Me levantaba más o menos a las diez de la mañana y me iba al parque con mi perro para hacer mis ejercicios y correr tres millas. Al volver me daba una ducha y me vestía. Alrededor de las doce y treinta despertaba a mi jefe. Él me preguntaba cómo había estado la lotería. Yo le decía: «Fulano ganó un dólar y el otro gordo ganó dos dólares.» «Bueno, aquí tienes el dinero; págale esta tarde cuando los veas. Tengo citas de negocios a las dos y tres de la tarde, con Fulano y Zutano; no dejes de recordármelo.» Leía el diario, se daba una ducha y se vestía y nos íbamos a la ciudad. El perro estaba conmigo día y noche. Siempre teníamos muchos cheques que cobrar y eso era lo que hacíamos primero. Después esperábamos en algún restaurante para tomar un jugo. «Fulano de Tal nos debe 1 500 dólares. Anda a hablarle para ver que intenciones tiene», me decía.

Yo lo dejaba con sus citas y me iba a ocuparme de la lotería y de otras cosas que tenía que hacer. A las seis y treinta lo zorogía de nuevo para llevarlo a casa. Ya a las diez de la noche salíamos de nuevo. Parábamos en diferentes bares, clubes

y restaurantes para hacer más negocios. Después él se iba a jugar a las cartas toda la noche. El juego no es una cosa sencilla, la gente lo hace voluntariamente. Nosotros somos como vendedores. Les damos servicio a los que quieren apostar, ya sea a los números, en los deportes o a los caballos.

Cuando el alcalde de la ciudad gana las elecciones de nuevo, tú vas y le haces un regalo de 1 500 dólares. No tendrás problemas, porque él tiene a la policía en sus manos. Le das un poco al jefe de policía, al capitán y al sargento, etcétera. Así puedes manejar tus juegos sin ningún problema. Ellos mismos son jugadores, les gusta ganar dinero. Y esto es igual para todos: desde el borracho de la calle hasta los abogados y jueces. Todos quieren algo: dinero, poder, o puestos políticos.

GUSTAVO M. GRILLO

Antes de dejar a Grillo escribiendo sobre su primera etapa como mafioso, le habí preguntado con insistencia sobre una figura igualmente turbia que tuvo mucho que ver con su paso a la segunda etapa, en la cual, en su calidad de mercenario, cobró por hacer la guerra contra un pueblo ajeno.

Lo primero que Grillo comentó acerca de David Bufkin fue que tenía que ser alguien y pertenecer a alguien. De otra manera no se explicaba que poseyera un archivo único, que llevaba a cuestas cada vez que viajaba.

—En él guarda los expedientes de quinientos o seiscientos, ¡qué sé yo!, individuos que por unos cuantos

dólares matan a cualquiera. Son individuos libres, que no pertenecen a ninguna «familia», pero las reglas de ellas no toleran eso... y con las familias ni un loco juega. No saben hacer otra cosa y nunca tienen que cruzarse de brazos. Ya he dicho y repetido que los americanos son unos putes. El relato no va a partirle la cabeza al que duerme con su mujer cada vez que él toma un avión, sino que, si tiene plata, se conecta con alguien como Dave Bufkin y contrata a alguien para que arregle el asunto... A veces suceden cosas como para morir de risa. Yo supe de un caso. Roberto me lo contó, en el que uno que tenía que matar al amante de una mujer terminó enredándose con ella, después de eliminar al amante original, y el marido tuvo que alquilar a otro para que lo eliminara a él. El marido exigió que le buscaran un matón matino para no tener más problemas.

Otro caso (habló veinte minutos sobre el mismo tema), que Grillo explicó sin que mediaran preguntas fue el reciente en una cárcel de México, situada en una ciudad fronteriza, de un hombre que contrabandeaba espaldas mojadas. Para la misión se utilizó un helicóptero.

—Dijo que su archivo es único, porque nadie tiene uno con tantos nombres ni tan bien clasificado. Allí aparece todo, desde el arma que sabe manejar, hasta cosas de tu vida privada y cuál es tu especialidad; enseramente a las espaldas, espiar, ahogar a otro en un elevador lleno de gente con una llave de origen indio, que consiste en meter un dedo en la boca del estómago y dar un golpecito en la garganta, sin que nadie se dé cuenta y para que todo el mundo crea que el tipo tuvo un ataque al corazón...

Grillo demostró su alegría al hablar de Bufkin, por lo cual después supimos que éste era el verdadero objetivo de su extensa conversación.

—Dave Bufkin es un don nadie. El cerebro, el que recluta de veras, quien estudia a los candidatos y casi nunca falla, para Bufkin solo no puede hacerlo, es Lobo. Es posible que otros estén haciendo lo mismo, pero el pionero, fíjense bien, el que trajo los primeros americanos a Angola fue Bufkin. ¿Los sueó de su archivo? ¿Saben ustedes por qué tardó tres semanas en entrevistarse conmigo? ¿Lo quieren saber? Es cierto que estaba de viaje; era que fue a Brasil, pero el problema era que Lobo me estaba investigando. Cuando fui el apartamento ya estaba ya incluido en el archivo, aunque desde luego en la parte de los «probables», porque aún no me había comprometido.

¿Por qué contó Grillo todo esto?

Con voz rotunda continuó diciendo:

—Bufkin envió a los siete primeros norteamericanos. El mismo los llevó personalmente a Kinshasa desde Nueva York, haciendo una escala en Bruselas, según creo. Esos siete ya estaban allí cuando yo llegué con el segundo grupo.

Para sorpresa mía y de los dos oficiales de las FAPLA, Grillo, sin preguntas previas, confió a un secreto: Dave Bufkin había sido destituido por él. La iniciativa de hacerlo le correspondía.

—No lo matamos, no hacía falta. Hay que tener comprensión. Además entregó la maleta donde llevaba el archivo... Una maleta roja de doble fondo. Lobo se quedó con ella.

A partir de este punto, la locuacidad de Grillo, ausente en otros mercenarios, se tornó comprensible: no tardaría en poner las cartas sobre la mesa.

Si se le dejaba libre, si se le enviaba a un país de Europa, como por ejemplo España, él, Grillo, podría llamar a Roberto para que se ocupara de Lobo, quien había regresado a Estados Unidos a atender a sus clientes particulares (no se podía descuidarlos, porque no siempre hay una guerra en África). Roberto debía estar libre todavía, pero aun cuando así no fuera, quedaría al frente otro escapo, y Grillo los conocía a todos. Lobo había ido a refugiarse precisamente a Nueva Jersey y llevaba una recomendación de Grillo para Tony Banana, porque le era imposible volver a California, que era la casa de Bufkin.

Como si hubiera previsto hasta el menor de los detalles, Grillo arguyó que Lobo, a pesar de ser hippie, no era descuidado y que no había extraviado nunca ninguna copia de las listas. Bufkin, había perdido definitivamente el negocio. Lobo le había jugado una mala pasada que debió haber planeado durante mucho tiempo.

¿Cómo quitarle a Lobo lo que él le había arrebatado a Bufkin?

—Lobo tiene su prelo, y estará dispuesto a deshacerse de la maleta de Bufkin debe estar tratando de recuperar. Y en última instancia, la gente de Roberto sabe lo que debe hacer.

Peinándose muy de prisa el bigote con el cepillo de dientes y exhibiendo la misma sonrisa reservada a sus «clientes» o a sus «perfitas», Grillo pidió que no se rechazara su oferta, que incluso podría ser más amplia. Además de detener el tráfico de mercenarios, él estaba dispuesto a matar a cualquiera y a pelear contra el que fuera, todo el tiempo que fuera necesario.

6. VERSIONES LATINOAMERICANA Y AFRICANA DEL MERCENARIO

Si hay un país donde tanto el «mafioso» como el mercenario político, revelaron todo lo que significan, aunque con otras variantes, ése es Cuba. En relación con el primero, fue necesaria una revolución obrera y campesina para extirparlo de una vez por todas. El gangsterismo y las pandillas habían llegado a ser un factor importante en la implantación del *american way of life* al que tendían alucinadas las clases dominantes. Y el segundo surgió en Miami, precisamente con el propósito de aplastar la Revolución, aun cuando no pudo pasar a una playa cubana.

En Cuba, los gobiernos burgueses, y detrás de ellos las compañías todopoderosas, estimulaban más que toleraban la formación de organizaciones similares a las «familias» que practicaban el terrorismo individual, las cuales ideológicamente se nutrían de la desilusión pequeñoburguesa ante el fracaso de la revolución popular contra el tirano Machado (1933).

Los nuevos ricos que se autoproclamaron con exultantes demagogia herederos del ideal revolucionario y que

estaban al servicio de los viejos ricos, los cuales los dejaron el botín cuasial a cambio de aquel todavía mayor de la economía, fomentaron la mala hierba del «gangsterismo» en un intento por confundir y paralizar a la juventud estudiantil siempre generosa y audaz y, sobre todo, con miras a disponer de un aparato ágil, duro y eficaz para combatir al movimiento comunista y los esfuerzos sindicales unitarios, que constituían las fuerzas de la vanguardia antimperialista y antioligárquica. También les interesaba disponer de un ariete contra grupos rivales en el reparto de las migajas del nuevo festín de Baltasar.

Siglas que traducían oprobio fueron creadas en poco tiempo a tiros de pistola y ametralladora, desde rápidos automóviles de lujo que luego se refugiaban tranquilamente en suntuosas mansiones y también desde los vehículos de la propia policía, en una serie de tentativas intergangsteriles, así como ataques planeados desde muy arriba por los poderosos, contra los abandonados de abajo, los que entonces eran débiles.

El asalto glorioso al Cuartel Moncada anunció el principio del fin de tales mercenarios.

Desde el año crucial de 1953 empezaron a despojarse de sus máscaras y tuvieron que enrolarse abiertamente en las filas de la tiranía. Los «Tigres de Masteterre»¹ ejemplifican el destino irremediable que la Revolución dirigida por Fidel reservó a este «negocio» que los explotadores realizaban por y para ellos.

¹ Donde los gangsters al servicio de Fulgencio Batista, que cometió múltiples asesinatos, justificándose en su propio órgano de prensa. Al triunfar la Revolución, *Masteterre* huyó a Estados Unidos donde fue víctima de un atentado dinamítico que le resultó fatal, ejecutado por una pandilla rival.

Los últimos gangsters que conoció Cuba murieron o se rindieron robadamente en las arenas de Playa Girón, durante la expedición mercenaria que Estados Unidos contrató, dirigió, organizó y envió para reconquistar un país victorioso.

Actualmente, en América Latina —sin que nadie pueda soñar siquiera con sicilianos— asesinos a sueldo son utilizados por las fuerzas derechistas y la Embajada de Washington.

La «Mano» es una verdadera garrá en Guatemala que desde hace veintidós años padece un fascismo impuesto desde el exterior, precisamente con la ayuda de un ejército mercenario. Castillo Armas fue engendrado por la United Fruit Company y Foster Dulles. El comenterio particular abierto desde entonces alberga veinte mil muertos.

Bandas derechistas similares asuelan Argentina, Brasil, El Salvador, Nicaragua y Uruguay.

En Haití, donde hace mucho tiempo, los *tonton macoute* se convirtieron en símbolo de dominio del nuevo imperio extranjero, que ya no puede dominar con engañes ni mediante el simple empleo del dinero.

En Chile, como en Italia y Alemania, los pandilleros abundan para el «fascismo rutidiano».

En otros muchos países, y en todo de América Latina, alquilan para matar o meter por un alquiler, o práctica cotidiana que sirve, de manera similar que la prueba del ácido en las pinturas, para descubrir la verdadera esencia de las teorías burguesas.

Sin embargo, África fue el teatro en que el mercenario tuvo un papel estelar, donde originó un verdadero mi-

no... hasta Angola. No hay hora que pueda llegar al minuto sesenta y uno.

¿Por qué en el continente africano?

Los imperialistas lo codician tanto como lo necesitan. Anhelan disponer de sus inmensos yacimientos de materias primas con la misma libertad con la que ayer dispusieron, para la acumulación originaria del capital, de materia humana transformada en esclavos.

A medida que se vislumbra el agotamiento de los recursos primarios en los países capitalistas desarrollados, se agudiza la crisis específica de esos elementos que forman el ABC de una producción asentada en el despilfarro, el caos en el uso, el empleo desenfrenado de dichos recursos en la carrera armamentista y en aventuras especulativas. Y la crisis se ha agravado porque los monopolios acumulan reservas egoístamente, entorpecen las prospecciones y acortan la producción en defensa de los precios, pues ellos consideran que ganar menos es perder.

África se encuentra engarzada además, entre el Mediterráneo, el Atlántico y el Índico y, para ser tan vasta, está relativamente despoblada.

Es ideal para los imperialistas, con vista a dominar una zona tan atropante en cuanto a su economía y población, estratégica, contra el colonialismo, pero éste salió del escenario en 1945 con la derrota del fascismo y la nueva correlación internacional de fuerzas, acompañada del surgimiento de una nueva conciencia universal. El coloniaje a la antigua se convirtió en absurdo cinturón de cordillera.

Desde luego, la lucha era inevitable.

No obstante los principios que la Unión Soviética impone en la Carta de la ONU —gracias a la participación decisiva que tuvo en la victoria antiafrecista y al apoyo de todos los pueblos que, de una forma u otra, habían contribuido a la misma— hubo quienes se empeñaron en mantener las mismas herrumbrosas cadenas. Y las naciones oprimidas tuvieron que rehuir para avanzar.

Obligado a repliegarse, el imperialismo acudió al neo colonialismo: un presidente o monarca nativo, adocenado, o uno que, sin responderle, no lograra sanear la economía, en lugar de un virrey.

Al volverse *démodes* la vieja saya y con el empleo de la minifalda del neodominio, también tuvieron que variar los métodos de imposición.

La mayor experiencia en neocolonialismo la tiene Estados Unidos. Ya José Martí llamó la atención respecto a su vocación de ser amo sin aparentarlo demasiado. Al ejercer el neocolonialismo, el imperio yanqui se concentró en la América criolla desde 1822 utilizando la Doctrina Monroe. Con razón se dijo que al hipócrita lema de «América para los americanos» habría que agregar: «del Norte». Ya a partir de la Segunda Guerra Mundial, de la cual brotó como poderosísima potencia de primer orden, aunque con un sistema de segunda categoría, Estados Unidos se afanó por heredar en vida a los cansados poderes coloniales. Washington, que acababa de salir del mayor de los conflictos con un apetito comparable a su fuerza, se propuso destruir el sistema socialista mundial (el cual inicia su etapa embrionaria con la Revolución de Lenin y vio la luz con el triunfo espléndido sobre el fascismo) e implantar el «Siglo Americano» en todo el planeta.

Ya se sabe lo que pasó.

Si se observa el proceso a distancia, puede apreciarse un zigzag.

A fin de cuentas, el imperialismo no ha estado ni está a la ofensiva, sino a la contrasofensiva.

Durante el cuarto de siglo que siguió a la Segunda Guerra Mundial, se ha tendido a una tregua, pero ese período ha incubado las condiciones para abolir los conflictos universales de una vez por todas. En el último quinquenio, aún cuando la tendencia a la agresión y a la acción mercenaria no ha dejado de existir ni de ser fuerte, empieza a prevalecer la opuesta que el socialismo encarna y defiende y que incluye la eliminación de la tensión, la coexistencia pacífica y la paz.

El imperialismo también ha ido perdiendo terreno en otros pueblos, a pesar de su objetivo invariable de ampliar su dominio y de no haber dejado de recurrir a todas las tramas para conseguir su propósito: agresiones en tres continentes, incontables golpes de Estado, asesinatos, bloqueos, chantajes y presiones.

Las crisis económicas han tenido una gran influencia en tal zigzag global.

Es lógico, no puede menospreciarse este factor. Si no hubieran existido otros dos factores determinantes: el poderío creciente de la Unión Soviética y el campo socialista y la valiente lucha por la liberación nacional y social de muchos pueblos, la influencia de la crisis económica habría tenido un resultado contrario. En vez de frenar el estallido de la guerra mundial y el envío de tropas imperialistas a diversas guerras locales, habría precipitado los hechos.

—Ocupar La Habana; ocupar Hanoi; ocupar los campos petroleros árabes; ocupar Ciudad Panamá; ocupar Luanda...

¿Quién duda que, si hubiera sido otra la correlación de fuerzas y ante la rebeldía de los pueblos, tales planes se hubieran dictado? La guerra había sido, como en el pasado, antidoto de las crisis económicas e incluso del temor a su próxima llegada y se habría pretendido salir de ellas o prevenirlas con la ampliación de las esferas de influencia y de los mercados, con el saqueo de nuevas riquezas ajenas y la explotación máxima de otros pueblos.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial, en la cual los grandes vencedores fueron el socialismo y los pueblos que lo apoyaron, después del levantamiento en serie de los pueblos colonizados y dependientes en Asia, África y América Latina enarbolando los mismos ideales de libertad y justicia esgrimidos en contra del fascismo, después que la paz se hizo una necesidad para toda Europa, puesto que por segunda vez en dos generaciones había sido la fragua de conflictos mundiales que la devastaron, después que se creó una nueva correlación internacional de fuerzas, ya no era tarea fácil despachar soldados y guerrear sin mayores preocupaciones.

Al continuar...

Todo esto obligó a cancelar la guerra contra la URSS y ha impedido incluso las guerras interimperialistas, por el pánico a las consecuencias de debilitamiento general que sufrirían todos los países capitalistas (tanto vencedores como vencidos) frente al socialismo, a pesar de que constantemente se exageran las contradicciones entre dichas potencias.

La Segunda Guerra Mundial desmembró, desde luego, el imperio colonial de los perdedores: Alemania, Italia y Japón, aunque luego, paradójicamente, Estados Unidos favoreciera el resurgimiento de sus competidores para emprender la guerra fría contra el socialismo. Portugal tuvo que mudar de padrino desvergonzadamente y colocarse (a cambio de bases y recursos) bajo la protección de la OTAN y aceptar un colonialismo compartido.

El gran conflicto dejó que subsistieran, sin embargo, los imperios coloniales de Inglaterra, Francia y Bélgica los cuales procuraron retenerlos mediante guerras locales como en Malasia y Kenia por parte de Londres; en Viet Nam y Argelia, por parte de París, y finalmente en el Congo (Kinshasa), por parte de Bruselas, así como por medio de maniobras neocolonialistas cada vez más sutiles. Estados Unidos procuró minar el terreno a sus rivales y socios mediante las compañías transnacionales, los bancos mundiales, el sistema monetario amarrado al dólar y, desde luego, colocando, mediante sucesivas intervenciones, a sus propios títeres a la cabeza de los jóvenes países emergentes. Pero cuando Washington cometió el error de atacarse en Viet Nam, sus competidores europeos se afianzaron en África.

El zigzaguo condujo a cambios en las tácticas militares.

Para poder analizar mejor lo acontecido, debe tomarse en cuenta que ante el imperialismo se alzaron —y se alzan— complejissimos problemas: temor a la profundización de su crisis general, ya no sólo económica sino política, crisis de materias primas, energéticas, ideológica y moral, temor al fortalecimiento del socialismo y de los movimientos de liberación nacional, no obs-

vante el viaje de Pekín y el temor a sus propias contradicciones internas.

En tales condiciones, para enfrentarse al socialismo y dominar en el campo del capitalismo, Estados Unidos debió crear organizaciones tales como la OTAN, capaces de amenazar a la URSS y respaldar la «dolarización» de Europa Occidental, mientras que en otras zonas empleó la táctica de sostener gendarmes regionales en Israel, África del Sur,¹ Indonesia y Brasil.

El imperialismo también tuvo que abstenerse del empleo indiscriminado de sus propias fuerzas armadas en el exterior y empezó a preferir mercenarios, nativos de ser posible, blancos cuando no quedaba otro remedio, que pudieran resolver una situación difícil en un momento dado, sin necesidad de un ataque frontal.

Los estrategas del Pentágono-CIA y las altas finanzas tomaron el nombre de Nixon para darle categoría de «doctrina» a la tendencia a alquilar carne de cañón local.

De esa manera Washington trató de salir del atolladero de haber enviado tropas a Indochina sin resultados, como no fuera para esparcir huesos norteamericanos

¹ Jon S. Marais, presidente del *The Trust Bank of Africa Group* y de la *The South Africa Foundation*, declaró: «Prácticamente todos los siguientes norteamericanos, como la *General Motors*, *General Electric*, *Mobil Oil*, *Good Year Tire and Rubber Company*, *Colgate-Palmolive*, etcétera, están establecidas en África del Sur desde hace mucho tiempo y en su mayoría se han extendido rápidamente. De hecho, cincuenta de diez campañas más importantes de Estados Unidos operan en África del Sur. En general, los norteamericanos probablemente se sienten más a su gusto en África del Sur que en cualquier otro lugar fuera de Norteamérica» (*New York Times*, 29 de febrero de 1976). Para hablar al embudo de la OMT: muchos de sus miembros han adoptado otros nombres.

en la tierra donde sólo creía conveniente que murieran vietnamitas».

El embajador Hunker resumió, cínicamente, medio bromeando, lo que era la «vietnamización», en una frase que ya puede escucharse estando en las selvas no lejos de Saigón y que alguien del FNL, infiltrado en las esferas saigonesas, averiguó. Fue un venturoso aullido que el periodista Wilfred Burchett reveló al mundo: «Se trata simplemente de cambiar el color de la piel de los cadáveres».

También se pretendió aplicar una «doctrina» similar en Cuba (1961), cuando Kennedy autorizó la salida de la expedición (que había recibido como herencia del propio Nixon) de mercenarios nacidos en suelo cubano y expulsados de él por la revolución libertadora.

Es necesario señalar que constituían otra variante del género, pero que al fin y al cabo eran mercenarios. No peleaban por un elevado salario —aunque la promesa de ello era también un señuelo— sino por recuperar lo que sus padres habían alentado (parasitariamente) y perdido: hacienda, grandes casas de comercio, latifundios, palacetes, negocios de todo tipo, clubes sin negros y, en lo político, la reintegración de Cuba al redil, para que dejara de dar el mal ejemplo a la veintena de naciones hermanas oprimidas, explotadas, hambreadas y humilladas por el imperialismo yanqui.

En el Medio Oriente, para aliar a Israel e incitarlo a que cometiera nuevas agresiones, Washington soborna a gobernantes árabes traidores y alienta luchas fratricidas.

África, tan codiciada por un imperialismo, que se ha visto forzada al neocolonialismo y a sus tácticas, dio un tipo de servicio del viejo amo realmente novedoso, ha-

cado en la más hábil técnica publicitaria de las sociedades de consumo inherentes al sistema.

Podrían citarse varios nombres, pero el de Savimbi basta.

El 13 de marzo de 1966 nació su UNITA, con el único objetivo de hacer todo lo contrario de lo que proclamaba.

Posiblemente en ningún otro país del mundo se ha pintado tal cantidad de letreros en las calles, casa por casa, muro por muro, como los que vinculaban a Savimbi y a su UNITA con la independencia, la libertad, la justicia, la alianza obrero-campesina, la prosperidad, la revolución y el socialismo. En Luanda, el 30 de abril, apenas cinco días después de caer Caetano, aparecieron miles de letreros en una sola noche, pintados por jóvenes fascistas portugueses.

Los Estatutos de la UNITA eran prácticamente los de un partido marxista-leninista.

Su programa, aun cuando hablaba de «relaciones privilegiadas con Portugal», delatando las verdaderas intenciones de Savimbi, como señaló el presidente Sekou Touré, era en general democrático, nacional-liberador, progresista, antimperialista.

Savimbi razonaba que había creado esta tercera organización, no como un rival del MPLA ni tampoco del FNLA, sino a partir de concepciones como las siguientes:

1. La necesidad de luchar desde el interior del territorio angolano contra el ejército colonial.
2. La necesidad de que esta lucha fuera armada.

3. El repudio al capitalismo (es decir, al programa final del FNLA) y al comunismo (objetivo estratégico atribuido al MPLA), y adhesión al socialismo, en una forma vaga y nebulosa, desde luego.

4. La unión de todas las fuerzas antiportuguesas, incluidos el MPLA y el FNLA, después de lograda la independencia y mediante unas idílicas elecciones democráticas, que el pueblo decidiera «¿si prefería a Neto, a Holden o a Savimbi (sic).»

5. La necesidad de luchar contra el racismo y el tribalismo.

Pero la copia de un informe fechado en diciembre de 1974, dirigido por el jefe de la policía secreta portuguesa en Angola a la Jefatura Central en Lisboa y que fue en mis manos poco después de ser liberada Huambo (Nueva Lisboa) por las FAPLA, tras enunciar los postulados que he reproducido —esos cinco puntos que en sí no revelan al verdadero Savimbi ni a la verdadera UNITA—, afirma que ambos representan para el Sur lo mismo que el FNLA para el Norte: una fuerza que es útil a Portugal para oponerse a su enemigo principal, el MPLA.

El jefe de la PIDE en Huambo, quien enuncia a Savimbi desde joven, cuando era uno de sus agentes locales, respaldaba su afirmación con estadísticas. Mes tras meses disminuían las acciones de la UNITA contra los portugueses y crecían en cambio las dirigidas contra el MPLA.

Cuando Savimbi se reconcilió con Holden¹ para que los dos actuaran de común acuerdo, en contra de la na-

¹ En su edición del 20 de diciembre de 1975, el New York Times publicó lo siguiente sobre la baza de confidencias de altos funcionarios del Departamento de Estado y la

ciente República Popular de Angola, y cuando Kinsinger admitió que la UNITA y el FNLA eran «aliados de Occidente», su extraordinaria demagogia quedó en evidencia.

Los miles de cadáveres de patriotas angolanos asesinados conjuntamente por los esbirros de Savimbi y los invasores sudafricanos, descubiertos en las ciudades y aldeas que ellos dominaron, no por ser testigos mudos dejan de gritar la terrible verdad.

La utilización de mercenarios nativos en Angola se estableció durante mucho tiempo.

En Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Portugal, República Federal de Alemania y Zaire, los círculos influyentes más agresivos (y círculos) confían que un Holden Roberto y un Jonas Savimbi podrían suministrar los mercenarios angolanos necesarios para que el neocolonialismo sureño se aligera al yugo colonial portugués.

No perdieron un solo día, después del 25 de abril, cuando cayó el régimen fascista de Lisboa, corrido por la interminable resistencia de tres pueblos africanos y abatido por el levantamiento de militares progresistas y del pueblo lusitano.

De inmediato los cadecillas neocolonialistas se propusieron aplastar la única fuerza que realmente había lu-

chado contra Portugal y que se oponía a toda compenetración neocolonial: el MPLA de Agostinho Neto. El famoso viaje de Spínola a la isla Sal para ver a Mbozinho fue uno de los pasos que dieron con este propósito. Por cierto, Spínola concibió la retirada masiva de los portugueses en octubre de 1975, para contar con apoyo en Portugal y con la idea de devolverlos en noviembre, una vez arrebatada Luanda de las patrióticas manos del MPLA. La segunda parte del plan fracasó.

Para tratar de reforzar el punto débil de los ejércitos nativos —el ideológico— se buscaron nombres atraentes tales como Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) y Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), y se elaboraron los programas más demagógicos. No podían fallar los certificados de «revolucionarismo» que los maoístas de Pekín extienden a todo el que esté dispuesto a oponerse en la práctica a la revolución, a la Unión Soviética y al socialismo, utilizando una fraseología de izquierda.

Pero, ¿y si aquí tampoco, como en Cuba, los mercenarios nativos daban resultado?

Quedaría el recurso que ya otras muchas veces se había utilizado en África: el mercenario occidental, el blanco, el «James Bonds» de carne y hueso.

CIA: «Desde 1961, Holden Roberto, jefe del FNLA, es agente de la CIA, a cambio de un salario anual de 10 000 dólares que se le pagan por que recibe y transmite informaciones». En enero de 1975 el «Comité de los 40» de la CIA, presidido por Kissinger, entregó 200 000 dólares a Holden para que pudiera contactar al MPLA. Meses después, importantes sumas le fueron proporcionadas a Savimbi, jefe de la UNITA, por mediación de Zambia y Zaire.»

7. ¿CÓMO PUEDE GUSTARLES?

El caso de Daniel Francis Gearhart, conocido como Danny, tenía la peculiaridad de que se trataba de un miembro de la Reserva de la Guardia Nacional de Estados Unidos. Además era el único entre los trece mercenarios —tal y como me habían indicado los oficiales de las FAPLA que lo interrogaron y como yo mismo pude comprobar— que no se proclamó «político».

—He venido como los demás a ganar un poco de plata. Y de paso —no quiero ofender— a combatir al comunismo.

Le pedí que me dijera sin temor lo que él pensaba que era el comunismo. Durante largo rato (después que pidió un cigarrillo y se sentó viendo como ascendía el humo por entre las ramas del almendro que nos daba sombra en el patio de la antigua cárcel de la PIDE), Gearhart pareció sopesar su respuesta, o más probablemente, sus consecuencias. Sólo contestó cuando le aclaré que no era necesario que lo hiciera, pues se trataba de una simple curiosidad de mi parte.

—A mí también me resulta curioso. Yo pienso como mis compatriotas. No sé expresarme bien, con claridad, sobre estos temas. Pero si quiere que sea sincero, voy en el comunista, y no hablo de nadie en particular, una especie de mercenario. Danny Gearhart, por su puesto, tenía haber hablado de más.

—No, no es un problema contra los asiáticos. Estuve en Viet Nam y créame que no odio a los vietnamitas. Los chinos ya están tranquilos, después de que Nixon fue y vino. No es mi intención ofender, le repito. Los norteamericanos, ¿cómo explicarme?, no me gustan. ¡Y el comunismo tampoco!

Danny Gearhart nació en Washington, tiene 34 años: es paracaidista deportivo y «E-4», que quiere decir «Especialista de cuarta clase».

A diferencia de Grillo, Gearhart habla en voz baja, casi susurrante, y su pelo rubio como el maíz contrasta con el negro y lustroso del argentino. Pero los dos tienen algo en común: Viet Nam.

—Aquella guerra me resultó mucho menos dura que esta. No es lo mismo estar aquí de guardaespaldas de los «VIPs». Atendi al general Westmoreland, Jefe del Ejército, y al secretario de Defensa McNamara... a todos los grandes que visitaron Ben Cat, donde serví en 1965 y buena parte de 1966. Había riesgos porque las vietnamitas también son feroces, pero en realidad muy limitados.

Gearhart aclara que, sin embargo, las cosas no le salieron del todo bien. Había creído que las relaciones que estaba haciendo, los apretones de mano que los «grandes» le daban el día de la despedida y su expe-

1 «Personas muy importantes»: término empleado por las compañías de selección.

diente alimpiar como el alma de un niño, le iban a proporcionar un cómodo y bien remunerado trabajo al regresar a casa y a la vida civil. Pero no hubo nada de eso. En la Guardia Nacional quedó en la reserva, y lo único que pudo conseguir fue un puesto de mecánico de refrigeración para una agencia del Gobierno Federal (posiblemente —esto no lo dijo Gearhart— una organización pantalla de la CIA) que daba servicio de mantenimiento a las cafeterías de varios centros de enseñanza media y alguna que otra universidad. El National Help Institute es un establecimiento tranquilo pero la única que paga «decentemente» es el trabajo administrativo y Danny Gearhart jamás podría haber llegado tan alto por falta de preparación.

—Yo tenía un problema, que consideré grave. Descontados los impuestos ganaba 492 dólares al mes en la compañía. Esto suma 5 904 dólares anuales. ¡De ahí no pasa uno! Yo no sé si usted habrá vivido en mi país pero la gente de clase media, a partir de la cual se comienza a ser alguien, debe tener al menos un ingreso neto de 20 000.

No es difícil imaginarse a Danny Gearhart con su grave problema a cuestas: sólo 5 904 dólares, ni siquiera 5 905.

Pensaría en él al vez al verino con una casa mucho mayor que la suya, al saber que éste cambiaba su automóvil todos los años. Le dolería en lo más hondo (hasta el grado de no poder dormir) cuando su mujer dejaba a un lado las revistas de modas inútilmente bajeadas.

El día que supo por otro ex combatiente de Viet Nam que se estaba reclutando gente para Angola a buen precio, no vaciló. Y su mujer tampoco tuvo duda al-

guna. Ya vería ella qué cuenta le inventaba a los muchachos.

Para no perder tiempo, decidió no esperar a que le enviasen el pasaje que le habían prometido por teléfono (el cual después pudo convertir en efectivo la mujer por mediación de un hermano suyo empleado en una agencia de viajes), y vendió varios artículos para poder comprar el boleto hasta Nueva York, pues el ruñado era bueno pero no fiable.

Danny Gearhart volvió el mismo día 7 de enero, cuando se registró en el motel «Skys», de Nueva York, según le indicaron, la suma de 1 000 dólares. Y más feliz fue aún al firmar el gran contrato de su vida, por 2 000 mensuales. ¡2 000 dólares libres de impuestos!

—Ya son 24 000 estás en fila en medio. No es la mejor pero el que está delante no puede taparte la pantalla...

¿Cuándo se vinieron abajo sus ilusiones?

Según Gearhart, tan pronto como llegó a Kinshasa (via París).

—Me aseguraron que iba a enrolarme en un verdadero ejército y allí no pude ver nada de eso... Yo tengo experiencia militar...

Sin embargo, la desilusión se convirtió en indignación apenas pisó el suelo de Angola:

—En primer lugar nos aseguraron mil veces que el MPLA no tenía armas modernas ni contaba con un ejército. En segundo lugar que había hospitales, helicópteros para aviones heridos, todo lo necesario en una guerra... ¡Y la primera inyección me la pusieron estos señores! Gearhart señaló a los dos oficiales de las FAPLA y por primera vez en toda la entrevista,

los negros rostros de estos se iluminaron con una sonrisa contenida que dejaba entrever dientes muy blancos.

Al final, alisándose el pelo y al apagar el cerrojo del garro contra el árbol, junto a punto de quemarse los dedos, el prisionero pidió permiso para hacer un par de preguntas: si lo iban a fusilar y, si en caso de que lo condenaran a prisión, podría comunicarse con su mujer.

Uno de los oficiales de las PAPLA respondió que un tribunal lo juzgaría con todas las garantías legales y que Angola había tratado humanamente a los secuestrados, como él mismo había comprobado.

El testimonio de Gearhart es muy significativo. Sin embargo, para mostrar a un mercenario por dentro, basta la carta de uno que intentó serlo por segunda y última vez. En su uniforme de camuflaje se encontró una carta escrita a la que era su esposa. La misiva de Peter Stuart McPherson dice así:

Querida Liz:

Como puedes ver por mi dirección, estoy combatiendo de nuevo con los mercenarios; probablemente te has enterado de esto por la televisión. Tal vez no vayas a responder aunque espero que lo hagas. Si salgo bien volveré con mucho dinero y espero me dejes ver a los niños.

Capturamos unas cuantas ciudades pero los combates son terribles; hemos luchado contra los rusos (sic.) y contra los cubanos. En este momento somos muy pocos; por lo tanto, ninguno de nosotros tiene grandes esperanzas.

Estoy cumpliendo con un contrato de seis meses que podría ser por más o menos tiempo. Pienso

que será mejor porque estos africanos no tienen la menor idea de lo que es ser soldado; cuando van un tanque sueltan las armas y huyen (sic).

Todavía no están preparados para ir al combate. Trabajo cerca de 14 horas diarias tratando de preparar a los hombres, pero es un trabajo endiablado porque ninguno de ellos habla inglés y realmente es muy difícil comunicarse con ellos. ¿Cómo estás tú y como están Don y Angela? ¿Apuesto a que estarías notando grandes cambios en ellos. No puedo mandarte dinero porque como te dije la última vez, recibí el dinero por mediación de un banco suizo.

Si me lo permites, haré cualquier cosa por ti cuando regrese a Inglaterra. ¿Todavía no sabes nada del divorcio? Aunque no lo creas, todavía pienso mucho en ti; tal vez solo sea que me recuerda la conciencia, no lo sé.

Aquí hace un calor bestial, es verano en África. Normalmente logro escribir pero ahora estoy fatigado y por lo tanto pongo fin a esta carta. Cuídate y besa a Don y a Angela de mi parte.

Te quiere.

PETER

Cuando el cadáver de este mercenario fue encontrado entre la maleza, muchos habitantes del lugar se congregaron en torno suyo y no pocos de ellos detallaron crímenes y abusos que Peter Stuart McPherson cometió tranquilamente, sin sentir las preocupaciones que demostraba por su familia o por el clima.

8. OTRO SÚBITO ENMUDECIMIENTO

Las declaraciones de Colin Clifford Evans representaron un giro de ciento ochenta grados, mirando de frente y hablando en voz alta y con gestos desahuciosos, su actitud era la de un verdadero predicador de los «Testigos de Jehová» a algo por el estilo.

Primero la emprendió contra su propio padre.

Evans afirmó que tenía toda la culpa, que había sido él quien leyó el anuncio en el *Sun*, quien lo acusó para convencerlo de que era un trabajo «fácil», pues los negros no peleaban ni tenían armas modernas y quien finalmente le dijo que sólo de esa manera podría pagar sus deudas.

—¿A quién le debía? A mi padre...

Según Evans, su padre también llamó personalmente desde Dewsbury, su pueblo natal, al número de Norwick indicando en el anuncio y prácticamente lo obligó a tomar el sueldo, dándole palmaditas afectuosas en la espalda tan pronto como vio que concertaba una cita con su interlocutor.

El padre lo abrazó cuando terminó de hablar y le dijo:
—... es un gran día para nuestra familia.

La cita concertada podía tener lugar cualquier día de la semana, excepto el domingo, entre las doce y cinco de la tarde. ¿El lugar? La estación ferroviaria de Paddington, justo debajo del reloj del andén número uno.

Evans —compañado por su padre, según repitió muchas veces— estaba al día siguiente en Londres, debajo del reloj, cuando éste marcaba las diez.

—Mi padre me pidió que llegara dos horas antes por si acaso.

El desconocido con quien debía encontrarse llevaría traje, corbata y zapatos color café y un maletín redondo de médico...

Toda esta le parecía muy sencillo y seguro al padre y diabólicamente complicada y peligrosa al hijo, temeroso de violar las leyes.

—Pero el «viejo» tenía razón: no hubo ningún problema. A las doce en punto no sólo divisó al hombre, sino que descubrió que otros treinta tipos estaban esperando también. Toda la gente que yo había visto dando vueltas estaba ahí por la misma.

La temeridad absoluta del hombre vestido de café llegó al colmo, ante los ojos asombrados de Evans, cuando sacó de su abultada cartera unas formas de solicitud con el siguiente membrete: MFG —Mercenary Forces Group— y se las daba, sin fijarse siquiera a quién, como si fueran volantes que anunciaran una realización a bajo precio en las tiendas del centro de Dewsbury.

En las formas de solicitud se pedía que se usara letra de molde y se especificara el nombre, la edad, si se

tenía o no experiencia militar, referencias, domicilios y medidas corporales.

Dando apenas el tiempo necesario a todos para que llenaran las solicitudes, en medio de un gran alboroto y a la vista de los transeúntes, el hombre vestido de café les indicó que fueran tomando toda una flutilla de taxi que se acercó al andén de improvisto. El destino de aquel regojado grupo era el hotel «Glovers», situado en una hartiada londinense con mucho tráfico.

Evans comentó que aquel subirre había terminado por contagiarlo. ¿Que infecto había sido! ¿Y cómo valía el conocimiento de la vida que tenía su padre!

Evidentemente no había ningún peligro, nada contra la ley, ninguna luz molesta ni conversaciones aibilinas a media voz.

Al contrario.

Todo se hacía a plena luz... como si no se estuviera preparando una expedición lúlica, sino una excursión turística.

Esto no lo dijo Evans, pero bien pudo haberlo pensado: lo único que faltaban eran las cámaras colgadas al cuello, los sombreros tejados, los «bermudas» de vivos colores, los niños shejeando en derredor de las madres y derrubándolas sin hacer caso de los regaños de la mamá, interrumpida en el chismorrear con su acompañante.

Ya en la habitación, para confirmar su nueva visión de las cosas, Evans se encontró con un escocés que había servido en Kenia contra los Mau-Mau, y quien le aseguró que sería una guerra fácil, mas bien alegre, como una especie de safari.

—El escocés me dijo que era más peligroso cazar leones que negros. ¿Como lo oyen!

Desde luego, Evans juró que no había ido a Angola a hacer nada malo. Decía lo que había por desagradable y horrible que fuera, para que se entendiera cómo se habían preparado las cosas.

En el hotel, después del desayuno del día siguiente, este hombre recibió un par de uniformes, de acuerdo con los datos suministrados en la solicitud, para que se los probara y viera si eran los apropiados.

Evans aseguró que esto le había producido cierto abatimiento. El había permanecido diez años en el ejército británico y ahora estaba de nuevo en sus pos segunda vez... ¿hasta cuándo?

—Yo me fui del ejército porque me cansé.

Pero el escocés representó el papel de su padre. Todo iba a terminar como en el Congo, tan pronto vieran al primer blanco...

Evans supo, al pedir al hombre del traje café que le diera un uniforme con un cuello más grande, que éste se llamaba Frank.

También supo —por él— que no habría el más mínimo problema con los pasaportes: que todo estaba okay. Lo único que había que hacer en relación con los pasaportes era ir temprano a la estación de Paddington y tomarse unas fotografías en un aparato automático donde uno mismo se retrata. Pero la cosa estuvo todavía mejor: Frank ya tenía en sus manos pasaportes vacíos, los cuales habían de llenar los empleados del hotel con las solicitudes entrantes y a medida que un hombre terminaba de retratarse (en un minuto y la máquina proporciona ocho fotos) se preparaba el documento personal oficial más importante del Reino Unido.

Evans dijo que no estaba ocultando nada.

—Sólo la verdad puede ayudar en estos casos.

Como no estaba muy seguro de que bastara con subrayar la re-ponerabilidad de su padre en aquel feo asunto para de relieve la del gobierno de su país.

—Para mí que el uniforme que me probé era el mismo sólo que de un modelo diferente, al que usé durante diez años: todo se hacía con igual libertad.

Del gobierno de su nación, Evans pasó al propio país en una ofensiva frontal.

—Allí hay no menos de un millón de desempleados. ¿Qué podía yo hacer?

En el «Glover», la estancia duró sólo un día o un poco menos. De la estación no regresaron al hotel, sino que marcharon directamente al aeropuerto, en ómnibus con cristales ahumados y aire acondicionado. Los asientos habían sido distribuidos previamente, cada uno con el nombre de alguien. Y arriba, en el espacio del equipaje, la maleta de cada quien... Una organización, además, de pública, perfecta.

Una nueva y agradable sorpresa se produjo apenas arrancó el ómnibus con unos cuarenta mercenarios: cada uno de ellos recibió 150 libras en billetes nuevos, que parecían recién sacados del banco, y un sobre. Este último creó cierta inquietud que Frank, usando un magnífico de guiso de turistas, disipó sin pérdida de tiempo.

—En el sobre teníamos que escribir el nombre de la persona que debía recibir la paga de cada mes, y su dirección. En cuanto a las 150 libras recibidas, debían contarse bien y colocarse dentro del sobre para el primer envío.

A pesar de que aquello no le gustó mucho, tampoco le habrían quitado demasiado. Frank explicó en forma convincente que la organización contaba con doce millones y medio de dólares depositados en cuatro bancos.

Aparte, el ambiente apremiante, la rapidez con la que todo se desarrollaba y la seriedad demostrada hasta en el más mínimo detalle, no dejaban margen para las dudas, y menos aún para intentar otra cosa: Colin Clifford Evans, como todos, seguramente asintió y hasta se ofreció que le recogieran el sobre dirigido a Joan Meredith que lo recogieran el sobre dirigido a Joan Peace Collins (su hermana), con dirección en 11 South West, Chikely, Dewberry, tal como la había aconsejado su padre, comportándose igual que cuando la azuzaba para el retiro del servicio... a pesar de que Frank carecía de la sonrisa, el rostro juvenil y la sobria coquetería de aquella y de que tenía, más bien, unos enormes bigotes de marinero.

Ya en Kinshasa, después de un paso muy breve por el aeropuerto (a todos se les trató como diplomáticos y ninguna maleta fue abierta), el grupo de cerca de cuarenta hombres se registró en el hotel. Pero no habían tenido ni siquiera el tiempo para subir a sus habitaciones, cuando recibieron la orden de volver al ómnibus. Un campamento militar en las afueras — a una hora de viaje — era su verdadero destino.

Evans vio todo aquello como una preparación psicológica confirmada con la inmediata entrega del uniforme (del cual nadie se desprendería hasta la victoria, la muerte o la captura) a rayas esprichosas, en tonalidades que iban del verde intenso al verde naranja, atravesadas por líneas negras. Y muy pronto también, como culminación de su transformación en soldado, cada hombre tuvo un pesado FAL belga en las manos.

—La guerra se aproximaba pero continuaba la alegría, la paz, la camaradería.

A pesar de que un día antes no se conocían entre sí, de la barrera lingüística (hablaban inglés, portugués, alemán, francés), aquellos hombres sentían — ¿quién podría sentir— el espíritu de equipo. «Todos para uno y uno para todos.» Mucho más tratándose, ¿qué duda podía haber?, de una guerra que sería breve, fácil, hasta divertida. Después, la gran suma acumulada de felicidad del «viejo», los cuentos que contaban en casa sin que nadie advirtiera las exageraciones.

—La cosa empezó en Angola, apenas llegamos a San Salvador.

Y Evans repitió esa palabra «cosa», una y otra vez, con el mismo acento trágico, la mayor parte de ellas, diciéndosela a sí mismo... o a su padre.

Sucedió así, según las notas que tomé de sus declaraciones. Al formar a la entrada del nuevo campamento —el antiguo hospital— los soldados fueron divididos en dos filas para que les pasara revista un hombre alto y pelirrojo, quien se presentó a sí mismo como Sargento Mayor y exigió que se le llamara Sir. Al poco tiempo apareció otro individuo y el Sargento Mayor lo saludó marcialmente, siendo imitado automáticamente por todos. El sargento Mayor anunció del modo más solemne que se encontraban en presencia del coronel Callan, jefe de las tropas.

—La cosa llegó a ser terrible en Maquela do Sombo. Callan mató a catorce de nuestros hombres delante de la tropa, sin juicio alguno.

Evans dio la siguiente versión sobre el asesinato colectivo, que la prensa mundial difundió en forma sensa-

cionalista. En Maquela do Sombo, el coronel Callan dijo que sus hombres se formarían de inmediato, tan pronto como descendieron de los camiones. Y empezó a preguntar en tono muy sereno quién no estaba dispuesto a pelear. Catorce contestaron con palabras o con acciones que no lo harían y uno de ellos, islandés a juzgar por su acento, se adelantó y se presentó como vocero. Callan le pidió que le entregara el arma, diciéndole que estaba bien, que lo mandaría a entrenar negros. Pero tan pronto como el hombre se desahogó de buen grado de su arma, Callan extrajo su pistola y le disparó en pleno frente, gritando:

—Aquí la ley es un balazo!

A reglón seguido, cuando la sorpresa y el temor se generalizaron, ordenó que fueran desarmados los otros trece hombres, los cuales no opusieron ninguna resistencia y que se les metiera en un camión, colocados rápidamente después del disparo y uno que mediera al parecer una orden previa, a los propios pies del muerto. Callan ordenó que el cadáver fuera introducido en el mismo camión.

—Ya les dije a ustedes que no vine en realidad a pelear, que me había inscrito como entrenador. Pero al leer mi solicitud —continuó diciendo Evans—, Callan se me quedó mirando a los ojos... y tuve miedo. Por fortuna que no hice ningún gesto, ni siquiera instintivamente. La forma inocente en que ese hombre del demonio y bendigo a Dios por su muerte, preguntaba, cogió a muchos. A mí, por poco... Metieron a aquellos infelices en el camión y pocos minutos después oímos los disparos. Todos fueron cobardemente asesinados. ¡Gracias por tener a Callan en el infierno. Dios mío!

Durante todo el tiempo que duró su narración, Evans mantuvo el mismo tono, entre energético y cándido, como un muchacho que hablara con su papa de las peripecias de un día en la playa con sus amigos.

Solo se le vio vacilar (tanto la voz como el cuerpo, como si fuera a caerse del asiento) cuando uno de los oficiales de las FAPLA comentó que todo se comprueba, pues había testigos de la masacre y a la postre se averiguaria hasta el menor detalle, quiénes dispararon, quiénes les robaron a los muertos la ropa, las botas, los relojes, las cartijas, quiénes celebraron jantines con Callan sus hurras sobre los cadáveres.

Cuando el oficial le preguntó a Evans si quería decir algo acerca de los cadáveres negros colocados en fila a un lado del camino, mientras que en el otro fueron tirados los cadáveres mercenarios blancos asesinados, el prisionero no contestó una sola palabra.

9. EL RELATO DE CALLAN

Vamos ahora la versión del mismo Callan sobre el asunto. La escribió por su propia iniciativa y pidió que formara parte de su expediente. He aquí su explicación, sin quitarle ni añadirle una sola coma:

En ese momento me dijeron que me trasladara a Maquela, porque Dampa (mc.) había caído en manos enemigas. En ese tiempo ya sólo tenía diez soldados ingleses dirigiendo el frente. Habíamos estado por allí casi dos semanas, patrullando constantemente para saber dónde estaba el enemigo, y siempre alertas. Si el enemigo hubiera sabido lo débiles que éramos, habría vencido en una noche. Los hombres estaban nerviosos y cansados (squillas que no eran profesionales). Holden Roberto nos había dicho que iban a llegar más hombres y que a cualquier costa debíamos sostenernos, así que cada hombre en el frente estaba ansioso de que llegaran esos hombres, para dejar la frontera y pasar a la ofensiva.

Ellos llegaron dos días más tarde. Después de una comida, una taza de té y un poco de descanso, se formaron afuera de nuestro recién construido cuartel en Maquila. Después de un rápido cenar localicé a dos hombres maduros, como de cincuenta y tantos años. Les pregunté sus años de servicio, los cuales eran alrededor de veinte a veintidos, así como sus batallones y otros pocos detalles; simple procedimiento de rutina para tener alguna idea de sus capacidades. Les dije que estaba satisfecho de tenerlos y de su pasada experiencia y los puse a cargo de los otros; ambos eran sargentos mayores, hombres muy capaces. Les dije a los demás que estaba contento de tenerlos en mi compañía y comencé a establecer reglas y una férrea disciplina y recalqué que desde ese momento no quería oír que eran marcenarios; que ellos eran parte de una unidad disciplinada y que la disciplina era más importante aquí, porque las tentaciones eran mayores. Hice hincapié también en que cualquier hombre que resultara culpable de romper ese código de disciplina, con las mismas reglas del ejército británico, cualquier hombre que rompiera esas reglas (y recalqué eso vigorosamente) sería fusilado. Dije que si alguno no aceptaba esa forma de disciplina, debía irse en ese momento. Nadie se movió.

Enseguida toqué el punto de dónde estaba situado el enemigo, cuál era nuestra estrategia, qué tipo de equipo tenía el enemigo y lo débiles que éramos y expliqué mi intención de luchar contra los tanques y el tipo de antitanque que intentaba usar; por ejemplo, un pequeño Grupo Killer¹

Do ataquen.

con profunda penetración detrás de las líneas enemigas. Tan pronto como terminé de exponer mi plan de acción, surgió un súbito rumor entre ellos.

Después comencé a interrogar a cada hombre, para saber cuáles eran sus capacidades, en qué batallón habían estado y cuál había sido su trabajo. En ese momento todos empezaron a decirme que no esperaban luchar contra el enemigo tan pronto, si mucho menos contra tanques y que no querían tener nada que ver con eso. Les pregunté qué estaban haciendo ahí entonces y ellos me miraron enojados y dijeron que habían pensado que sería diferente. Yo coloqué a todos los que no querían ir al frente a un lado y a los que sí querían al otro.

En este punto un soldado me entregó un mensaje del presidente Holden Roberto, diciendo que el enemigo estaba rompiendo el frente en Tomboco por un flanco y que si yo podía ir directamente a detenerlo.

Informé a los hombres lo que decía el mensaje y pedí veinte hombres y un cañón antitanque de 106 milímetros que estuviera listo para ser transportado en ese mismo momento. Los hombres que no quisieran pelear tendrían que esperar ahí y evitar de sí mismos hasta que yo volviera de Tomboco y entonces podrían marcharse a donde quisieran. Antes de partir le ordené a mi RSM¹ que fuera detrás de los tanques con los hombres restantes, que eran alrededor de veinte, porque si las tropas enemigas llegaban más cerca de Maquila y no encontraban resistencia, podrían abrir

¹ Sargento Mayor del Regimiento.

una brecha hacia nuestra posición, que era la que estaban haciendo.

Me demoré cinco horas en llegar a San Salvador, porque había llovido la noche anterior y era muy difícil avanzar. Al llegar a San Salvador me encontré con que la situación no era tan mala como yo esperaba: algunos en Tombozo tenían un poco de pintura y había pintado la situación para de lo que era. De San Salvador regresé con mi pequeña fuerza de veinte hombres para marchar hacia Maquila. A unos veinte kilómetros de Maquila estaban unas unidades inglesas, quienes me dijeron brevemente que Maquila había sido tomada y que se encontraba allí una fuerza de veinte tanques, una compañía de infantería. Asomé un poco más y descubrí que todos estaban en una pequeña aldea. Eran las dos en punto de la mañana y el enemigo se decía a moverse, lo cual era improbable, podíamos ir a la llegada. Por eso desplegué mis fuerzas en posición defensiva y no perdí hasta que se hizo de día.

Al día siguiente envié una pequeña patrulla para que penetrara en Maquila y se encontraron con que el enemigo estaba formado. Quizá había descubierto lo que sucediera con el resto de mi compañía.

Yo mismo decidí crear una buena posición defensiva haciendo trincheras, dinamitando un pequeño tramo y esperando al enemigo. Aproximadamente a las dos de la tarde vino un jeep que se dirigía hacia nosotros. Miré a través de los binoculares y reconocí al RSM con algunos de mis hombres.

El me explicó que no había ningún enemigo en Maquila y que los hombres que estaban siendo asesinados eran los de RSM. Reuní a todos los hombres y fuimos a Maquila; al llegar, el resto de mi compañía también estaba allí. De inmediato comencé una investigación para saber con exactitud lo que había ocurrido en mi ausencia.

Al parecer, una sección de los hombres del grupo RSM había regresado para obtener víveres y se había ido abiertamente. Eran los hombres que se habían querido ir al frente con granadas anti-tanques y cinco FM. Al realizar después mi investigación, los dos sergentes mayores me dijeron que el grupo se había reunido y que estaba planeando un motín para seguir su propio camino y que aquellos a quienes les gustaba y se daban cuenta del significado de la palabra «reconstrucción», eran los que conspiraban. Todo esto me lo planteó el Sargento Mayor.

En este punto ya esperaba que ellos hubieran comprendido la seriedad de la situación en la cual se encontraban, así como sus graves consecuencias. Y por lo tanto, pregunté una vez más si habían venido a pelear; cinco de ellos dieron un paso al frente y el resto permaneció inmóvil. Yo les expliqué que en el ejército británico la desobediencia por deserción y motín era la muerte y que aquí ellos serían fusilados. Pero ellos, según pude ver por sus rostros, lo tomaron como si toda fuera una gran broma.

1 Uno de estos veinte hombres fue Kevin John Marshall. Se volvió contrabando al de Calais.

Yo misté al instigador del grupo y los demás fueron detenidos con el mismo propósito por hombres de mi compañía.

Hasta aquí el escrito de Callan, fechado el 14 de marzo de 1976, redactado y firmado de su propio puño y letra.

10. LOS PRECURSORES DE CALLAN

El empleo sistemático de mercenarios blancos como fuerza de choque del imperialismo internacional y que equivale a utilizar en África en pleno siglo xx a los *lansquenetes* que asolaron Europa en el medievo, es la expresión actual del imperialismo, con su doble actitud de ferocidad y debilidad.

En 1960, coincidiendo —y no por casualidad— con la proclamación de la independencia política de muchos países africanos y cuando se trataba de uncirlos férreamente al neocolonialismo, el mercenario blanco apareció en tierras africanas, del mismo modo en que un buen día surgió Tarzán en la literatura racista norteamericana para preparar la marcha del imperio yanqui hacia África, después de dominar América Latina.

Recayó sobre el Congo (hoy Zaire: rico en diamantes, uranio y cobre) el designio imperial, en los momentos en que Bélgica se vio obligada a retirarse. Patricio Lumumba surgió entonces como guía, y poco después como trágico símbolo de las fuerzas nacional-liberadas.

ras, que aún entonces eran más débiles que sus enemigos y carecían de organización.

El traidor Tshombe pudo desencadenar la guerra contra el gobierno central legítimo de Lumumba, gracias a que contaba con los «ganjos salvajes» de Michael Hoare, quien dirigió cinco comandos que inclinaron la balanza en favor de la reacción.

Michael Hoare, ex coronel británico apodado Mike, el Furioso, quiso dar una imborrable lección a los negros mediante el asesinato en masa, al campar Stanleyville, la Lidicia africana.

El aparato propagandístico imperialista, preparado de antemano, desató un diluvio de mentiras para hacer creer que los mercenarios de Mike, el Furioso, habían actuado como personas aisladas y por iniciativa propia, dentro del marco de la denominada «empresa privada» y que los había empujado el afán de salvar a un centenar de blancos, de quienes falsamente se había dicho que estaban en peligro... Más o menos la misma técnica de un Ian Smith, en Rhodesia.

Mike, el Furioso, asesinó a miles de hombres, mujeres y niños negros, sin que esto alarmara mucho a esa misma prensa que se había escandalizado ante una posible «Noche de San Bartolomé» contra varias decenas de antiguos colonizadores.

¿Dónde se compraron las armas? ¿Con qué dinero? ¿Cómo fueron transportados hombres y equipos? ¿Cómo, dónde y cuándo se les dio preparación bélica a los «ganjos salvajes»? ¿Y quién lo hizo? El silencio ha sido la única respuesta.

En 1971, el nombre de otro jefe mercenario se hizo tan famoso como lo había sido diez años atrás el de Mike, el Furioso... Se trataba de Rolf Steiner, cuyo juicio en

Baden fue sensacional por las cínicas declaraciones que hizo este otro Callan, incluso cuando supo callarse los nombres de sus jefes supremos.

Steiner hizo al retrato más cabal de esa institución a la que el «mundo libre» alimenta, en una defensa propia plena de angustias.

Alemán, antiguo miembro de las Juventudes Hitlerianas y soldado de la «Legión Extranjera» en Indochina y Argelia, Rolf Steiner fue enviado (¿por quién?) desde Nigeria, donde había comandado un fracasado grupo de mercenarios, al sur de Sudán, junto a la tribu facinorosa Anyanya.

Entrelento, los mercenarios volvieron a actuar por segunda ocasión en el Congo y, con la anuencia de Mobutu, se lanzaron en 1968, desde territorio zairita, contra Ruanda, lo cual motivó la creación de un «Comité Especial sobre los Mercenarios» en el seno de la OUA. Un acuerdo inicial del Comité fue instar a los países africanos a que no permitieran mercenarios y a que entregaran al gobierno contra el cual hubiera peleado, a cualquiera de ellos que capturaran.

La OUA proclamó que era urgente y necesario «poner fin a las actividades criminales de los mercenarios extranjeros» a escala continental.

Incluso podrían citarse otros nombres de mazarifas famosas, como el del coronel Jacques Schramme, de triste memoria en el Congo.

Durante la intencional para provocar la secesión de Biafra y destruir a la República de Nigeria, rebosante de petróleo, los conspiradores que azuzaron a la CIA y al *Deuxième Bureau* francés, utilizaron ampliamente mercenarios extranjeros, que Ojukwu, jefe separatista, llamaba «gigantes blancos». También fueron empleados

nios de nacionalidad portuguesa en el suceso a Co-
nkey en 1970, con la intencion de asesinar al pre-
sidente Siskou Toure.

Por Michael Hare, aparte de su historial de crimen,
supera a los demás en antigüedad y perversidad.

Actualmente Mike, el Furioso, ha regresado a tra-
bajar con hombres a Rhodesia, al convertirse en asesino
en el régimen racista de Smith. De Transvaal en
el lado de Pretoria, informó a finales de febrero de
1976 que «unos mil asesinos mercenarios nortea-
mericanos están en tránsito hacia Angola y Rhodesia». En este último
país, además del gobierno son aliadas por particu-
lares en entidades que luchan entre ellas y ellas. Se
mueven el enriquecimiento de los mejores hijos de la
numerosa mayoría negra que lucha por hacer el por-
venir, sin caer en nuevos trapeos neocoloniales. En
su haza de servicios, el Ministerio de Stanleyville cuenta
también con todos estos años durante los cuales ha
estado actuando a sus anchas en Namibia, en pro del
brutal colonialismo «hukloxkaxi-in» sudafricano.

¿Por qué entonces existieron a Callan en Angola y
no a Mike, el Furioso?

La pregunta no es ociosa.

Numerosas periodistas (Gudwig Mstislav entre otras)
afirman que a finales de noviembre, en Pretoria, Mike,
el Furioso, convino con un asesino de Holden Roberts
en suministrar apoyo logístico al FNLA y que tras
varias reuniones «gamos salvajes» pronto convencer
líderes para ir a Angola.

Sin embargo, se presentaron dos obstáculos, ambos de
nómina financiera. Mike, el Furioso, exigió a la CIA
que pagara mil rands por cada hombre, así como una
póliza de seguro de 25 000. Esta la póliza «excesiva»

de la CIA. Hare también reclamó a Mobutu que cubriera
la suma de 10 000 000 de dólares que se le adelantó
desde Stanleyville. Mobutu consideró que esta era
demasiado.

Se sabe de que la intencion de Mike era combatir en
Angola, fue revelada por la propia prensa sudafricana
al exponer las siguientes palabras del coronel Hare
en un acto público:

Ya sé que hablé a nombre de todos ustedes cuando
informé al general Mobutu, al aproximarme la
hora del peligro, que en caso de que necesitara
de nosotros, estabamos listos una vez más para
tomar las armas y salvar a Zaire de las maquin-
naciones imperialistas de Huta. (sic)

En «nuestros» se refiere a él y a sus apóstoles, quienes
esperaban a su jefe en un campamento militar.
Pero en la pintoresca y agradable zona de Pretoria
que sirve de sede a un club social y recreativo.
Su nombre?

El Ganso Salvaje.

A la luz de semejante historia, la semestral derrota
de los mercenarios extranjeros blancos en Angola ad-
quirió un carácter estratégico: un mito quedó des-
tuido y una verdadera guerra se quedó.

Se entiende, no necesito otras alertas. Los Callan
luchan en la sociedad, decadente pero empalmeada en
sobrevivir, donde el dinero lo es todo.

Aunque se desconozcan muchos datos, las noticias di-
fundidas por los medios informativos producen alarma.

En el estado de Colorado, Estados Unidos, se edita he-
xalmente una revista que anuncia con gran inquie-
titud la más criminal de las operaciones mercantiles

Soldier of Fortune aspira a crear ejércitos completos de mercenarios, tanto para la exportación al extranjero como para el consumo doméstico.

El teniente coronel Robert K. Brown, graduado en una escuela de gerencia que Washington World en Vietnam y director de la mencionada revista, autorizó a un grupo de los eventuales profesionales, manejar la campaña iniciada desde hace un año para atraer y enviar mercenarios a Rhodesia.

Según el diario norteamericano San Diego Tribune, son numerosas las «empresas» dedicadas al reclutamiento de mercenarios, al punto de que ha nacido una «verdadera especialización» y se ha creado una competencia similar a la existente entre las diferentes marcas de cigarrillos y de automóviles. Así —dice el periódico— Anubis Ltd., que se especializa en la guerra como una compañía de créditos y rentas, se especializa en buscar hombres destinados a Rhodesia y a la organización antiterrorista «Alfa 66». La Alvinah concentra su esfuerzo en localizar y preparar a antiguos combatientes de Estados Unidos dispuestos a actuar por cuenta del ejército de Israel. El San Diego Tribune afirma que el agregado militar de Tel Aviv en Washington es visitado a menudo por las oficinas centrales de esta «empresa».

No todo queda en la etapa de la preparación personal: en Cusumagh, Armenia, existen dos complementos que dan vida al negocio de la muerte: un intenso y prácticamente legal tráfico de armas y un bien equipado campo de entrenamiento.

Detrás de Brown están dos sociedades anónimas: Phoenix Associates y Omega Group Limited; y, detrás de

1 Su última promoción data del 14 de diciembre de 1975.

ellos, primero así, la CIA. Detrás de la CIA ya en un nivel superior.

Por ello Brown, en un reciente artículo publicado en una revista, recordaba que en Estados Unidos se fustigaba a los que querían que haya orden, a los McGovern, Kennedy, a todos los chicanos, negros, liberales y comunistas.

Cuando el hecho de espías mercenarios abiertamente, también muchos vociferantes, la CIA no hace sino ser como «exportos» a «víctimas» que son el nilever y una Allied Chemical Personal (también sociedades anónimas) puedan cumplir a precios razonables, casi a niveles de carrea.

Lee Aspin, uno de los dirigentes de esta sociedad particular, la Special Advisory Service, de Londres, sumamente comprometido en Angola, como hemos visto, admitió que en Inglaterra también actúan la Gougeon y la Gougeon en forma igualmente silenciosa y hasta se unió a James F. Leonard y a Larry Katz, del personal diplomático de Estados Unidos en la capital británica, como patrocinadores del negocio. Lee Aspin tuvo de doloarse alegando una responsabilidad compartida.

El Sunday Telegraph londinense se preguntó alarmado: «¿dichas organizaciones, ahora al servicio de regímenes como los de Salisbury y Pretoria, no dispondrán de las listas secretas de los espionajes militares británicos que actualmente pertenecen a las reservas, dado la eficacia de su sistema de reclutamiento?»

John Hawk afirmó que se orientaba hacia este país, después de haber cumplido religiosamente con su contrato de Security Advisory Service con el FNLA, al respecto a los cinco veinte mercenarios contratados desde el secuestro de Heathrow, en Londres; destacó

la seriedad de su empresa, así como la calidad del servicio que ofrece. No puede negarse que Banks sabe emplear palabras del uso poco... mercantil: «No somos en Angola matemáticamente más gente que todos los sudaneses juntos».

¿Y no ha hecho saber el régimen de «sangre y circo» de Minchete que está pronto a enviar tropas para defender a su gemelo, la satrapía racista de Varamba?

Mientras exista el imperialismo, habrá mercenarios

II. UN BUEN PLAN, PERO...

«Por qué reclutaron a Callan?

«Por qué emplearon en Angola mercenarios blancos?

La respuesta tiene que basarse en varias «yes», en una situación creada.

Ya no había otros caminos disponibles. El patriotismo del pueblo angolano y el internacionalismo de los pueblos revolucionarios los habían cerrado de aspección.

Las fuerzas contrarrevolucionarias internas —de Holden y Savimbi— ya no podían vencer por sí solas, ni siquiera contener al MPLA, que de verdad se había convertido en ciclón.

Ya se veía asomarse el itacono de las fuerzas racistas de África del Sur. Si éstas hubieran tomado Luanda en la aguijón relámpago emprendida con casi ciento cincuenta tanques que avanzaron desde las fronteras sureñas a razón de 60 kilómetros por día, hasta que se les detuvo, podrían haber hecho de la capital de Au-

gula la tumba de la República Popular y un nuevo Jerusalén bajo la supervisión del enemigo más brutal. Pero puesto a tener que descartar ese plan: ante el contrastante de las FAPLA, era imposible asignar a las tropas regulares sudafrikanas la misión de pelear en los diversos frentes del vasto territorio de un millón de kilómetros cuadrados. Se impuso la retirada progresiva hacia el sur (Cunene) y después, ante el costo de las FAPLA y el acoso de la opinión mundial, el paso a la Namibia sujeta.

Ya se veía, en síntesis, de un verdadero saqueo militar y político.

Era evidente de saber lo que se podría, sin perder un instante.

La idea de usar soldados blancos para combatir, los mercenarios blancos, se basaba también en el mito que los rodeaba: eran muchos veces ellos habidos dicho la última palabra en África.

Además, como el desprecio a la comunidad internacional ya no se limitaba, siempre quedaría el recurso de alegar que el empleo de mercenarios no obedecía a la política de ninguna potencia imperialista.

Así como Callan, el individuo, es quien es; los Callan, o sea, los mercenarios en su conjunto, representan el racismo, la esclavitud, el intervencionismo y la agresión desmedidos.

Nelson Mandela declaró los mercenarios a la prensa (como parte del juego que tenía que darle mucha publicidad al asunto), que esperaba reunir a los menos de veintientos soldados de fortuna.

En el terreno militar, a la luz de los documentos, testimonios y hechos, está comprobado que se recibía,

como último recurso, intentar una guerra de guerrillas en el tumbalante Frente Norte, con la cual se distrajeran a las fuerzas enemigas y se ganara tiempo, para estar en mejores condiciones de consolidar el Frente Sur.

El plan operacional de tal guerra de guerrillas fue desarrollado más o menos por escrito como un plan de invasión de territorios colindantes con los países vecinos: Zaire y Zambia.

Algunos armados se haría —llégalo el momento— en el Frente Sur. Allí se contaba ya con cientos de mercenarios: pastuganos que no aceptaban que fuera abolida la colonización.

En ambos casos se planeaba crear asentamientos en suelo extranjero cerca de los límites de Angola y, desde esos bases exteriores, suministrar hombres para las guerrillas contrarrevolucionarias. También serían sembrados (las FAPLA las están sacando por cientos de toneladas) armas y municiones en escondites apropiados dentro de Angola.

Desde el punto de vista topográfico era bastante lógica la idea de combinar los asentamientos con las acciones guerrilleras de «pies y brujas». Lo mismo al sur de México que la extenuante Cusco Culangu, colindante con Zambia y Namibia, poseen ríos muy rápidos, crean caminos y redes hidrográficas formadas por ríos muy anchos y de rapidísima corriente. La vista de tales ríos hace pensar en el mar. En épocas de lluvia se desbordan, suagando masas de enorme extensión. Con tal terreno a su favor, todo haría suponer que, de no llegar a establecerse masas de combate dentro de Angola, sus enemigos podrían al menos crear múltiples atropellos de masas.

Se ordenaron planes para realizar eventuales agresiones a fondo en el futuro y, de inmediato, para obstaculizar la construcción pacífica de una nueva sociedad, afianzada en la justicia y la libertad verdaderas.

Un objetivo estratégico a mediano plazo consistía en apoderarse por completo de la preciosa parte de la provincia de Luanda y de la zona sur de la de Namibia, zonas muy ricas en diamantes.

Para toda la anterior, había que conservar a toda costa la provincia de Santo Antonio de Zaïre, ahí seisin determinantes los metropolitanos blancos.

Pero no sólo ellos. Según declaraciones de prisioneros pertenecientes al FNLA y el testimonio de la hija de uno de sus comandantes, con residencia en Amsterdam, la voluntad de los dos puentes del río M'Bridge, primer paso en la defensa de la provincia, fue aconsejada por asesores militares chinos. Si se tiene en cuenta que el movimiento alió abiertamente hacer tiempo con el imperialismo, el racismo y el fascismo, en contra de la Revolución Argelina, dentro de su línea global contrarrevolucionaria, ello es tan natural como la presencia de un Callan inglés o de un Coatsworth yanqui entre los metropolitanos blancos. ¿Acaso Pekín no llegó a justificar la agresión sudafricana en el Consejo de Seguridad de la ONU, lo cual Washington no se atrevió a hacer?

El 4 de enero, los FAPLA y sus fieles aliados cubanos demostraron que también valían el tiempo, al amparar un golpe terrible a la nueva estrategia de los intervencionistas extranjeros y sus lacayos: Ntagaga y Carmona, ástos claves en la provincia de Uige, fueron liberados.

La liberación de Carmona en particular representó un rotundo viraje, no verdadera desploma desde un cáncro

muy agrietado. Venía a ser la última paletada de tierra sobre el estado que encerraba los delirantes sueños iniciales: «guerra relámpago», asfari humano y guerra militar rumbo a Luanda, llevando Holden consigo hasta las invitaciones para la recepción de la victoria y los engrídeos jefes sudafricanos a sus mujeres para el baile de gala. Ahora habría que batirse sin remedio en retirada.

Holden Roberto había fallado definitivamente: tenía más imaginación para festejar la victoria que para conquistarla. A la CIA sólo le quedaba el recurso de otra de sus criaturas.

«Para qué específicamente?»

Después de consultar con especialistas de varias estados mayores, Callan, según parece, había elaborado un plan para defender el norte de Angola, que tenía como centro de gravedad el eje Namiba-Maquela de Sombro y que requería imperiosamente conservar la ciudad de Santo Antonio do Zaïre, la cual controlaba la desembocadura del río Zaïre y era una vía ideal para el aprovisionamiento aéreo y marítimo. Para los aviones contaba con una pista de 2 264 metros, y para los barcos con su magnífico puerto de aguas profundas, situado en el Atlántico.

Desde esa lengua se podía dominar desde una posición decisiva, además del río Zaïre, todo el flanco sur de la estrecha lengüeta de tierra azarita que callaba geográficamente con el enclave angolano de Cabinda. Para proteger ese flanco precisamente fue que se decidió volar los dos puentes del río M'Bridge, 60 kilómetros al sur del río Zaïre.

Callan comprendió que debía dilatar un tiempo en la zona entre los dos ríos y destinó a dicho punto el

nueva batallón de «nativos» de Holden Roberts, así como las reservas, también «nativas», que un «comandante de Savimbi» había prometido durante una reciente reunión secreta en Kinshasa.

El eje principal (Dumbo-Maquela do Samba) sería cubierto personalmente por el propio «señor» Callan con sus mercenarios blancos.

Se había previsto también que la mejor selección táctica sería combinar las acciones irregulares con la defensa de las posiciones ventajosas (bloqueo), apoyándose en la incomunicación que entrañarían la veladura de montañas y el minuto en gran escala de campos y puestos de acción.

En lo referente a las cuestiones logísticas, sus bases estarían ubicadas en San Salvador, donde se habían concentrado «almacenes» con abundante armamento de origen cubano y norteamericano.

De Pekín se habían recibido (las últimas envías se efectuaron poco antes del descalabro) las principales armas de combate: tanques tipo T-54, lanzacohetes múltiples y obusea de 122 milímetros, cañones de 75 milímetros, morteros, ametralladoras antiaéreas de 12,7 milímetros y fusiles.

Desde Estados Unidos habían llegado fusiles M-1 y M-2, lanzacohetes antitanques LAW M-72, cañones antiaéreos de 106 milímetros y lanzagranadas M-79, así como morteros de 60, 81 y 160,7 milímetros.

En Francia habían sido adquiridos misiles antipersonales y antitanques. A lo anterior es necesario añadir vehículos de combate Panhard que son verdaderos camiones de autopropulsión capaces de alcanzar 100 kilómetros por hora; el AML-60, con motor de 60 milí-

metros y el AML-90, con cañón de 90 milímetros. La carrocería de este vehículo lo asemeja a un tanque ligero.

Al parecer con más fantasía que verdad las batallas en Malasia, Callan recomendaba como método de lucha la defensa activa: el ataque al enemigo para conquistar el territorio. Y como operación auxiliar —según se deduce del testimonio de varios prisioneros y de diversos documentos confiscados— pensaba infiltrar fuerzas (desde Zaire) por Maman y hacer presión sobre Saman Pocolo, ya en la retaguardia de las FAPLA.

La base plan... para ella en teoría.

Ahora bien, ¿se llegó realmente a llevarlo a cabo?

Muchos detalles —incluidas expresiones verbales del propio Callan, escucha escuchada por mí— confirman esas presunciones.

Sin embargo, el plan puede clasificarse de hipotético, en lo que respecta a las acciones enemigas, una vez producida la completa liberación de Angola por el MPLA.

A continuación transcribimos el escrito que se lo pidió a Callan al respecto. El hecho de que contenga otras afirmaciones suyas, no debe causar extrañeza y por ello tampoco deja de ser interesante.

Con letra insegura, de escolar que no llegó al quinto grado, Callan escribió textualmente:

Yo nunca estuve en una reunión, ni discutí en realidad con nadie, a ningún nivel, los futuros planes de acción, en caso de que Angola cayera en las manos del MPLA. Personalmente creo que tales planes no existieron y si existen deben ser totalmente irrealizables.

El único plan que yo recuerdo, para el caso de que Angela cayera, fue una discusión entre dos ministros, después de la pérdida de Camero. Esta conversación se basó en que si ellos perdían más terreno tendrían que ir a la jungla y seguir tácticas de guerrilla, porque era lo que todas sus tropas podían hacer; sus soldados no tenían en absoluto ninguna idea de la guerra convencional.

Si ellos se decidieran a luchar en guerrillas a lo largo de la frontera con Zaire, perderían por una causa perdida. Primero, tendrían que tener una retaguardia que les suministrara el material necesario para realizar la guerra y verían que es muy difícil. Segundo, para triunfar en la guerra de guerrillas deben tener de su lado al pueblo del país donde se va a llevar a cabo tal operación. Y por lo poco que sé sobre el movimiento MPLA, ellos tienen un sentido de pertenencia (sic) y de unidad que los hace fieles a su causa, lo cual nunca vi del lado del FNLA, porque sus líderes sólo se preocupan de sí mismos, de sus batallas y no del pueblo.

Si tales planes existieran, ya nunca tuve conocimiento de ellos. Por las razones que he mencionado arriba, cualquier acción por parte del FNLA sería una equivocación.

¿Qué sucedió, aparte de los planes que se hicieron?

¿Cómo se vinieron abajo la fuerza auxiliar «nativa» y la fuerza mercenaria blanca?

La nueva fuerza «nativa» levantada apresuradamente cayó, más que vencida en combate, como resultado de la progresiva descomposición del FNLA, instrumento construido por la CIA durante más de un decenio y

los crímenes horrendos incluyen desde la guerra de aldeas enteras y el asesinato a mansalva de mujeres y niños, hasta el canibalismo.

John Barker, uno de los mercenarios blancos que debía dar un vertiginoso entrenamiento a los nuevos «voluntarios nativos», declaró que Halden le había entregado doscientos hombres para que formara tres compañías y que, al cabo de tres semanas, a causa de las deserciones, sólo había podido integrar media pelotón.

Este sería abatido por la FAPLA durante el primer encuentro.

Las fuerzas mercenarias extranjeras también comenzaron a desmoralizarse tan pronto como supieron que los patriotas angoleños contaban con armas soviéticas modernas y con el apoyo de sus aliados cubanos, llamados por el presidente Neta para defender, junto con la libertad de Angola, la de África y la de todos los pueblos enfrentados al imperialismo.

Los últimos mercenarios que se negaron a combatir y pudieron continuar con la tarea de instruir a los «nativos», revelan el grado de desmoralización de una escaradrada de la muerte.

El asesinato a sangre fría de los catorce hombres y la conversión del balance en ley, tal y como chilló Callan al disparar contra la frente de uno de sus hombres «a la cara de jarras», fue el catalizador del proceso de descomposición total de aquella gente podrida, producto legítimo de un sistema putrefacto.

He aquí, pues, el retrato de un mercenario blanco: la mano tendida, el corazón lleno de violones de negros corriendo sobre su propia sangre y el corazón temblando ante el jefe y frente al enemigo.

El objetivo a lo natural, puede hacer que un movimiento costoso dispare, pero no que este dispuesto a morir. En tres semanas se habían el mito de treinta años de que los mercenarios blancos, llegados en legiones a los ejércitos invisibles que se alzaban de golpe, eran invisibles. El neocolonialismo perdió así uno de sus aliados colmillos. Ahora es una liebre que retrocede ante el látigo de un domador experto. Podrá alquilar a otros mercenarios pero ya se sabe cómo vencerlos.

Lo que ocurrió concretamente con Callan fue que pronto se supo en el exterior la historia de la masacre de sus propios hombres, por hora de desertaron que la utilizamos como pretexto para romper el contrato, promuevamos que el borde del abismo no se encontraba lejos. Como el escándalo ponía en peligro el arribo de nuevos contingentes cuya contratación estaba en trámite, la CIA ordenó a Holden Roberto que anunciara por Radio Kinshasa, el 1º de febrero, la destitución del «Coronela» (lo mismo que su lugarteniente, Sumner Capeland), al cual sería sometido a consejo de guerra.

En una segunda transmisión efectuada el mismo día, se anunció que el Estado Mayor del EPLA, fuerza militar del FNLA, había designado al mayor Mayo McRoblin, con y a Peter McAlister (no se mencionó su grado) como nuevos jefes de los mercenarios blancos.

El día 9 de febrero, con la evidente intención de ocultar la ciudadanía británica del «comandante del crimen» y para que la eflorescencia de mercenarios continuara, la BBC de Londres, en su emisión de las 7:30 a.m., transmitió textualmente esta información: «Hay noticias de que el dirigente del FNLA, Holden Roberto, ordenó la prisión y el juicio ante un tribunal de guerra del comandante (un griego), pero consta que éste se escapó hacia la selva.»

Algunos mercenarios prisioneros señalan que Callan, aunque él no lo ha confirmado aún, se esconde por Radio Kinshasa de su destitución y futuro enjuiciamiento y que esa le hizo concebir una acción de tipo comando en la retaguardia de las FAPLA, que le permitiera recuperar su prestigio ante los ojos de sus amigos y conservar el mando.

El 1º de febrero a las 18 horas, al sur de Quiboco, cabiendo algo mayor que una cruzada, la típica aldea angolana de zela u ocho chozas de barro, la hora Callan llegó a su fin.

La acción desesperada se produjo, pero sus resultados finales no fueron los esperados.

Callan dispuso la participación de veinte mercenarios, transportados en cuatro Range Rover ingleses y un vehículo blindado de infantería M-3 francesa, los cuales fueron retirados tan pronto como los desocuparon los hombres para que éstos pudieran esconderse más fácilmente. Los mercenarios se dividieron en dos grupos, a los que Callan bautizó de acuerdo con la terminología militar clásica del ejército norteamericano: el Grupo Killer y el Grupo de Reconocimiento y Apeyo.

El Killer atacaría sorpresivamente a la columna enemiga que el segundo grupo localizaría. Esa columna avanzaba justamente hacia el Norte, procedente de Dumba, con el objetivo de consolidar la gran victoria que las FAPLA habían obtenido un día antes en Quiboco y su zona alrededor, al aniquilar en un furioso contraataque a las fuerzas mercenarias, ocasionándoles diecinueve muertos, dieciséis heridos y la destrucción de sus principales medios de combate.

Una vez que Callan se enteró, a media mañana, de la posición de la columna FAPLA, emboscó a sus homi-

bres en espera de la caída de la tarde. Pensó que si día lluvioso, el cielo encapotado y las ventajitas ofrecidas por el terreno, permitirían a sus fuerzas atacar con éxito y escapar ileas.

El blanco elegido era una parte de la columna, compuesta de dos jeeps y un camión, que iban un tanto retrasados. Disparando con fuego cruzado, los mercenarios lograron matar a dos de los ocupantes del primer vehículo y herir a otros dos. Es necesario señalar que al presentarse ante Callan uno de esos dos heridos, ya restablecido, el mercenario dijo que era imposible que alguien hubiera quedado con vida y que, si así había sido, la culpa era de la cobardía de su hombre.

Embriagado por la victoria inicial, Callan no resistió la tentación de emplear sus lanzacohetes contra el camión, que había apresurado la marcha al oír sus tripulantes el tableteo de las ametralladoras, o hizo fuego. La explosión que se produjo, puesto que la carga del transporte consistía en proyectiles diversos y explosivos, se asemejó —según narraron, todavía espantados, los prisioneros— a una erupción volcánica seguida de formidables detonaciones en ráfaga, dentro de un fantasmagórico chisporroteo de fuegos artificiales que se prolongó durante más de veinte minutos.

La onda expansiva mató a tres mercenarios y las esquirlas de las granadas hirieron a Callan —en la espalda y una pierna— mientras casi todos los atacantes quedaban atontados por el terrible impacto del aire. Inmediatamente llegaron al lugar combatientes de la FAPLA que aniquilaron a casi todos los integrantes del Grupo *Killer*, así como a muchos miembros del otro grupo, los cuales, en vez de alejarse, retrocedieron en desorden presos de pánico.

En la confusión, sin embargo, Callan pudo recuperarse y huir, transportado por cuatro de sus secuaces. Estos lo llevaron a una choza y, al descubrir la proximidad de las fuerzas patrióticas, huyeron sin él hacia la selva.

El 5 de febrero Callan fue arrestado y los fugitivos corrieron la misma suerte dos semanas después. ¡Los campesinos los buscaron hasta encontrarlos! Sin armas de fuego, armados sólo con su odio contra los criminales cometidos por los mercenarios, rastrearon el terreno palma a palma hasta dar con ellos. Estos, alimentándose únicamente de mangos durante catorce días, habían tratado en vano de llegar hasta el río Zaire. Uno de ellos, Colin Clifford Evans, incluso intentaba cruzarlo, desnudo y a nado, al ser detenido.

—De noche temíamos que las fieras nos devoraran, aunque gracias a Dios no nos tropezamos con ninguna y, de día, que nos encontraran los africanos, pues pensábamos que no saldríamos vivos.

A palos y puñetazos —con el respeto por la vida del venido que caracteriza a los miembros del MPLA y que tanto los dignifica— varios campesinos, harapientos como siempre pero con el corazón bien puesto, aprisionaron a los mercenarios.

12. YA LO CONOCÍA

Comprendí perfectamente quién era Callan antes de tenerlo delante de mí y de hablar con él en el pasillo —debajo de un alpendro— de la ex prisión de la PIDE, lumbrera en vida de varias generaciones de revolucionarios y candelero de un número incalculable de ellos. Afortunadamente, en la actualidad es un sitio donde los prisioneros son contrarrevolucionarios y mercenarios extranjeros blancos.

Los dos oficiales de las FAPLA: Ufelo y Kinsuira,¹ que ahora interrogaban a los asesinos a sueldo, fueron golpeados, torturados con sadico refinamiento y humillados por los colonialistas portugueses en esta misma cárcel.

Esta prisión tiene, además, un título que la convierte en un lugar de obligado peregrinaje para los amigos de Angola: allí nació la Revolución. ¡Es el Cuartel Moncada angolano!

¹ Nombres de guerra que significan «libertad» y «vengadora» en lengua kimbundo.

El 4 de febrero de 1961, al alba, la prisión fue asaltada por hombres que habían capturado unas cuantas armas en un ataque efectuado minutos antes contra un jeep de la policía y que fundamentalmente blandían machetes. La noventa y siete rebelión de los presos que contaban con el apoyo en la cárcel de más de un policía portugués anticolonialista, así como el rumor de que serían deportados, precipitó la acción. En aquella fecha también influyó el hecho de que se buscara aprovechar, para que el mundo conociera el drama, la presencia de una veintena de periodistas extranjeros que se habían dado cita en Luanda. Los había atraído el rumor, no confirmado posteriormente, de que Henrique Galvão —ex funcionario colonial que acababa de escapar de la cárcel en Portugal y que se había hecho célebre al denunciar, ya en 1947, la existencia de trabajo esclavo en Angola— se dirigía hacia el puerto de Luanda con la nave portuguesa que secuestrara en pleno océano Atlántico, la famosa «Santa Maria».

Sin embargo, la nave no llegó y la prisión de la PIDE (al igual que las otras asaltadas simultáneamente) no pudo ser tomada.

De ahora vale decir que las represalias alcanzaron realmente el vigor nazi: unos treinta mil angolanos asesinados en las calles de Luanda, en las aldeas de Catete y en todo el país... Ametrallados, quemados con napalm, aplastados con bulldozers, lanzados sobre grandes grupos de personas amarradas y amontonadas en las carreteras...

Repito que conocí a Callan antes de verlo. Me ayudaron a ello sus guardianas que conseguían su antiséptico y cuyas voces resonaban como amplificadas por el silencio de los muros que evocan la influencia árabe en la arquitectura lusitana por el aletear y pitar de los pájaros que revoloteaban en las ramas de varios

simuladras, proyectadas al cielo como indios eternos. Pero quien conoce el espíritu excepcionalmente generoso del anglosajón puede entender que no había odio en las dos voces que hablaban el portugués con el mismo —a la antiaguera— de los negros. Ellos me hicieron el siguiente relato:

—El verdadero nombre de Callan es, según dicen, Constantinos Georgiou, de origen grieco-chipriota. Es ciudadano inglés y fija su residencia en el número 9 de la calle Brunswick, en Londres, desde 1962.

—Si se le quiere definir en una palabra, la indicada es: simulador. En todo y para todo. No escatima medios para aparentar una personalidad que no tiene. No pasó de sargento de paracaidistas pero lo primero que hizo al asumir el mando de los mercenarios blancos fue sustituirse «Coronels». Al ser apresado se quiso hacer pasar por médico, usurpando el nombre de quien posiblemente es uno de los verdaderos «cerebros» de toda la operación del envío de mercenarios: el doctor Bedford. Dijo que él era el doctor Bedford, director de un hospital en San Salvador (esa era la cobertura de éste: ahí estableció un cuartel) y había venido a visitar a un viejo amigo de su padre. Por cierto, mencionó a quien es indudablemente un gran amigo de Bedford: el banquero portugués Carlos Ferreira, uno de los hombres más reaccionarios del colonialismo.

Al parecer, Callan aspiraba a que Ferreira fuera interesado y empezara a mover palancas en todo el mundo en favor suyo. Y cuando no tuvo otra alternativa que reconocer que era Callan, siguió mintiendo, pero siempre con miras a cubrirse con una piel de urva. En el interrogatorio —aprovechándonos de que acunco, como usted ha comprendido, revolucionarios civilizados de verdad, que no empleamos, ya no los golpes, sino ni

ni siquiera los monitos—. Callan sólo admite aquello que no puede seguir negando ante pruebas irrefutables.

Cuando al fin aceptó ser mercenario, negó ser el jefe; al prohibirle su condición de jefe, negó haber sido el prófugo de la orden de asesinar a católicos de sus propios hombres y cuando tuvo que admitirlo, negó haber ultimado personalmente, con un disparo en la frente, luego de ser en la espalda, al vocero del grupo disidente. Pero al reconocer eso, mediante una confesión honesta, ¿pero al reconocer eso, mediante una confesión de su pánico y leña, después que mencionamos las amenazas de muchos testigos que también se encuentran detenidos, adaptó la pose de «magnánimo», pues había fusilado y no ahorcado, como se hace en Inglaterra, con los soldados que se niegan a combatir!

—La hipocresía de Callan no tiene límites. Dijo que había pedido a sus hombres que lo dejaran y se salvaran, a raíz de la explosión del camión contra el cual disparó y que le produjera varias heridas, cuando en verdad lo que había hecho era obligarlos —a punta de pistola y dado el terror que inspiraba a sus subordinados aún estando herido— a que lo cargaran día y medio hasta la cava donde lo detuvimos. Ahora mismo sigue negando el hecho de haber cumplido una condena de tres años y medio por el asalto a una estación de trenes en Inglaterra. Juró no haber pisado nunca una cárcel por delitos comunes.

El «coronel» Callan pronto confirmaría la imagen que sus captores tenían de él, pues al simular reveló toda su falsedad. He aquí parte del diálogo que sostuvimos:

—¿Qué lo llevó a hacerse mercenario?

—Estaba sin trabajo. Actualmente hay un millón de desempleados en Inglaterra... Un millón cuatrocientos mil. La libra esterlina ha bajado tanto que no vale nada.

—¿Cuanto le pagaban?

—Ciento cincuenta libras semanales.

—Si el MPLA le hubiera pagado el doble, ¿qué había hecho?

—Pasarme al MPLA.

—Entonces no tiene usted ideas políticas.

—Ni la más mínima. Soy ciento por ciento apolítico.

—Sólo le importaba el dinero.

—Bueno... no... Borre lo que dije antes, no lo ruego. ¡Bórralo o no seguiremos hablando...! Esa parte final acerca de la paga. Me presenta como un animal.

—Es decir, tiene ideas políticas. Puesto que el dinero no le importa, lo impulsan sus convicciones. ¿Así es?

—Tempora. Le dije que soy apolítico.

—¿Entonces?

—No peleo por dinero ni por ideas. Peleo porque soy soldado. No tengo otro oficio. A uno tiene que gustarle su trabajo. ¿No lo cree usted?

—El trabajo de matar a gente trabajadora en su propio país.

—El soldado tiene que usar armas.

En otro momento del diálogo, al enterarme por boca de uno de los oficiales de las FAPLA que desde hacía varias semanas no se producían grandes combates, Callan se frotó las manos y exclamó:

—¡La guerra va a terminar! Cuando salga contareé mis aventuras. Será un best-seller.

—Pero, ¿las cuentas que tiene usted que saldan en Inglaterra?

—Las naturece también vinieron a matar. No eran ángeles. No fue mi intención pero libré a Angola de ellos. Eso es un hecho. Ellos querían matar en las aldeas. Eso es un hecho. Y no también un hecho que me peleara en el frente... Y no también un hecho que al todo lo que pensaba hacer Holden Roberto. El Frente Norte está en mi cabeza. Y la cabeza de un hombre libre puede recordar dónde fueron escondidos los grandes cargamentos de armas para los guerrilleros de Holden...

(Callan me hablaba de los «que querían matar en las aldeas». Pero no tuve que esperar mucho tiempo para obtener versiones más explícitas y fidedignas.)

Los servicios internacionales, desde Londres, se encargó de ofrecer nuevas revelaciones sobre las fechorías, robos y crímenes cometidos por los soldados de fortuna contratados por la CIA y la responsabilidad del denominado coronel Callan.

El comunicado de prensa dice así:

Petar McAleese, uno de los mercenarios británicos que participó en la fracasada aventura contra Angola, al regresar la semana pasada a Inglaterra, procedente de Zaire, declaró que Constantinos Georgiou [Callan] había dirigido la masacre de ciento sesenta angolanos, habitantes de una aldea cercana al poblado norteño de Maquela de Sembo. McAleese afirmó que «...Callan llegó a la aldea. Ordenó que todos los hombres del lugar se alinearan y luego ordenó a las tropas mercenarias que abrieran fuego».

Advertida por Ifeolu de que Callan, usando todos los estratagemas, evitaba proporcionar datos «específicos sobre su servicio en las fuerzas británicas estacionadas en Chipre, su tierra natal y en Borneo, Malasia e India del Norte (luego de negar que había prestado servicios allí, por supuesto), lo interrogué al respecto en varias oportunidades pero tampoco me dijo nada concreto. Nada, excepto esto:

—En Chipre nunca le hice el menor daño a nadie. Tiene usted que escribirlo así. El que hace cosas malas en el lugar donde nació es un animal salvaje.

Sin embargo, Callan había olvidado las fechas, excepto los nombres de las bases y de los poblados visitados con su estancia en su isla natal.

¿Cómo llegó a ser Callan lo que es?

Prescindiendo del pasado —que según él se conocerá y que no es difícil de imaginar— su trayectoria anglo-irlandesa comenzó en el «Zambese Club», uno de los innumerables y malolientes harems prostibulos (siempre envueltos en un humo casi insoportable que parece imitar la densa neblina de las calles en ciertas épocas del año), que existen en Londres, donde los pobres constituyen la mayoría.

Al «Zambese Club» había llegado atraído por un ímán irresistible: el anuncio clasificado que no sólo apareció durante dos días consecutivos en el *Daily Telegraph*, sino también en el muy respetable *Financial Times*, escrito de las personas pertenecientes al nivel más elevado, en el Londres donde los ricos son minoría.

Un camarero, después de mirarlo descaradamente de arriba a abajo, como si hubiera sido un oficial pasando revista, lo envió junto a un hombre situado en una mesa algo alejada del centro del salón y de las lám-

paras, sin perfecta de observación. Callan pronto surgió con John Banks el precio, aunque el contrato definitivo tardaría un par de días «en firmarse. John Banks» requería ese tiempo, obviamente, para verificar la historia de Callan.

Y nosotros, no obstante ignorarla aún (se trata justamente de la etapa anterior a Angela), podemos decir que Callan ya era quien era cuando arribó a tierra anglosajona por esa expresión de John Banks al enterarse del asesinato de los catorce mercenarios: «Callan es un jefe militar capaz pero cruel y sádico.»

Lo indudable es que la verificación asustó a John Banks, quien sabía muy bien la que quería. Estampó en «O.K.» todopoderoso el pie del nombre de este hombre alto, delgado, con ojos de asno, ligeramente «conturbados», que se abren por entero para dar a sus palabras, alternativamente lasimeras «enfáticas», un tono sádico y hasta compasivo.

Ese mismo día, John Banks dio el visto bueno a otros veteranos con un historial semejante: Peter McAlister, Samson Copeland y Nick Hall. Un poco más tarde, Charles Cristadellon, pariente de Callan y primo hermano de Bonna, su amante.

No puede ser casual que uno de los prisioneros, quien jamás conoció a Callan desde mucho antes de Angela, describiera a su jefe —crayéndolo muerto— en forma muy similar a la del superior de él, John Banks. «El coronel valía como cualquier —afirmó McIntyre—, aunque es innegable que era un maniático del crimen.»

13. LAS «PEQUEÑAS COSAS»

Del «Zambesi Club» y de la respuesta afirmativa de Banks, festejada con champaña y riñados en una mesa con alegre compañía femenina, Callan voló directamente a Kinshasa. Para ahorrar tiempo, allí mismo, en el bar, lo habían revisado y le habían confeccionado un pasaporte oficial. En cuanto a ropa, en Zaire podría adquirir la que deseara. El problema básico consistía en no perder un solo instante, pues esto ocurría ya a fines de diciembre.

Según documentos confidenciales y confesiones de los mercenarios presos, la campaña militar que sería dirigida por el coronel Callan, contaría con los siguientes efectivos:

1. Setecientos analistas que aportarían Savimbi, reconocido plenamente con Holden y unido a él en lo que un periódico francés calificó de «matrimonio del vicio con el crimen».
2. No menos de cien norteamericanos que serían des-

3. Varios cientos de mercenarios de otras nacionalidades.

(Primero se pensó en los «ganacos salvajes» de Michael Hoare para la contratación de éstas fracasó por estimarse excesivas sus exigencias.)

Este tercer contingente se comprendería fundamentalmente de británicos y curules adicionales de americanas belgas, holandesas, portuguesas, germano-alemanas, francesas, etcétera. Se trató de localizar tanto a los veteranos de Robert Denard, Jacques Schramme, Charles Roux, Carlo Shannon y otros (que, si igual que los «ganacos salvajes» de Hoare, habían influido decisivamente en el curso de las guerras de Biafra, Burundi, Sudán, Congo, etcétera), así como a los veteranos de Viet Nam, conocedores de técnicas de exterminio más sofisticadas.

No obstante, nadie que estuviera dispuesto a matar por dinero sería rechazado pues la situación era verdaderamente apremiante.

El cuarto elemento del plan elaborado en varios estados mayores por los servicios imperialistas de espionaje y subversión, era la cuenta de Holden Roberto, beneficiario directo del apoyo extranjero, dado que el Frente Norte era el más amenazado por las fuerzas del MPLA después de que éstas habían rido las tenazas enemigas a sólo 25 kilómetros de Luanda, e iniciado la contraofensiva.

Holden, con la anuencia y complacencia de Mobutu, su cuñado y protector, recibió la orden de aportar de inmediato un batallón por lo menos y de preparar varios más.

En lo tocante al calendario del traslado de fuerzas, éste fue catalogado de «trágico» ante la gravedad que iba adquiriendo la situación: cada día, cada hora, las

FAPLA lograban mayor experiencia en combates y sus
palmas por las más ventajosas.

El calendario de reformas se desglosó en tres partes:

1. 28 de enero: remisión de ochenta mercenarios in-
gleses, a quienes Callan recibiría en Namibia y en-
viaría de inmediato a reforzar las bases mercenarias en
Angola. Se cumplió con este envío.
2. 30 de enero: remisión de otros treinta ingleses. Di-
cho envío también se efectuó.
3. Camienano de febrero: remisión de treinta nortea-
mericanos, que viajarían en dos grupos. El envío se
encontraba en vías de cumplirse.
4. A la mayor brevedad se harían envíos suplementa-
rios, subrayándose la preferencia por mercenarios con
experiencia militar (en Viet Nam o África), que po-
dieran incorporarse rápidamente al primer batallón y a
otros formados por «nativos» que Holden Roberts val-
caba en la guerra y que fueran capaces de retener la
provincia de Santo Antonio de Zaire, fronteriza con
Zaire, última bastión del sudafricanismo en el Frente
Norte.

Pero volvamos a Callan.

Había pedido otro cigarrillo y un vaso de agua, sonreía
más y más y rogaba que se le hicieran directamente
todas las preguntas, hasta las más difíciles. Siempre
dijo la verdad: por eso, pedía perdón por ello, temía
que rectificara a veces, con poquitos, en aras de la
precisión.

Callan se adelantó, sin embargo. Empezó a explicar que
las heridas ya no le daban gracia a los cuidados de
los médicos y que cuando se levantó un pie en Kimbana,
al día siguiente de Negos, por ponerse a jugar fútbol

«con unos negritos» enfrente del hotel, no había sido
tan bien atendido. ¡A pesar de que pagó bien! A él,
un buen jugador inglés, le gustaba mucho el fútbol. Último
que sólo ahora comprendiera cuánto...

—Soy sencillo. Y aunque no me lo creen, recto. Me
gusta mucho pasear por el parque, en mi deporte favo-
rito. El segundo es el fútbol. Lo que son las cosas
de la vida, el sufrimiento eraña. Estando preso se
cuenta uno comprende el valor de pasar libremente
y de jugar fútbol en cualquier terreno o hasta en una
celda. También se aprecia lo que significa poder ha-
blar por teléfono a una chica, aunque sólo sea para
hablar. No le temo a la prisión pero sí deseo salir
pronto de aquí, en parte para cumplir con mi palabra de
honrar de casarme...

Cuando se le dijo a Callan, en una pausa que hizo para
someter agua, que también a los desconocidos que él
había enviado a matar y a esclavizar les gustaban esas
«pequeñas cosas», no se limitó en lo más mínimo.

—Ahora pienso también en ese aspecto del problema
y me da pena. Puede ser que esté aprendiendo las
ideas políticas de ustedes. No tengo más que 28 años.

14. LA RAÍZ DE LA RAÍZ

Según la propia prensa británica y norteamericana, tan solo en el Frente Norte de Angola perecieron más de cien mercenarios blancos cifra que supera el número de muertos en todas las guerras en las cuales han participado en África durante los últimos quince años.

Lo esencial es que fracasaron en su intento perverso de obstarulizar la victoria del pueblo angolano.

En la sucesivo, cada vez que un mister Bedford o un mister Banks, un mister Buskin o un mister Mitchell salga al mercado de esclavos a alquilar un mercenario para que luche contra un pueblo libre, alguien, o su propio instinto de conservación —el más fuerte en quien mate por dinero— le dirá al oído: *Remember Angola.*

Que tengan presente ese recuerdo los «guerreros salvajes» apostados en Rhodesia y listos para tomar parte en las nuevas carnicerías de Smith, empeñado desesperadamente en la tarea imposible de mantener, después de Angola, la dominación racista y fascista en un país

donde hay un blanco por cada veinte negros. Los guerrilleros de Zimbabwe tarde o temprano también obtendrán la victoria. La firmeza y la solidaridad de toda África hacia una parte de sí misma, la acelerarán.

Que también queden advertidos los miles de mercenarios que África del Sur, esa Alemania nazi artificial y artificialmente, suera tener a su lado en el martirio de Namibia, en las nuevas agresiones contra Angola y en el mantenimiento del apartheid, la maldita segregación racial, dentro de sus propias fronteras.

Para enterrar por siempre en suelo africano el mito desdichado de los mercenarios blancos y permitir que crezca la libertad con tanto verdor primaveral como el de sus selvas, habrá que implantar a lo largo y ancho del planeta la conciencia universal que condena el alquiler de asesinos para que su vigilancia y acción haga cada vez más difícil que se repita tal crimen contra la dignidad humana.

Así como el capitalista y el obrero son —según descubrió Carlos Marx y la historia ha confirmado— los personajes centrales opuestos de nuestro tiempo, el mercenario y el combatiente internacionalista encarnan la misma oposición irreconciliable. Cuando el uno dispara contra el otro en el campo de batalla, el fuego que entrecruza representa la lucha de dos ideologías antagónicas.

El mercenario es el producto aberrante de una sociedad donde manda el capitalista.

El combatiente internacionalista siempre ha nacido en el seno de la clase obrera, desde la Comuna de París hasta Angola, pasando por la guerra antifascista en España. Ha brotado también de los sectores populares

inspriguados de la ideología y de la fraternidad revolucionaria del proletariado.

¿Es de extrañar que allí donde el trabajador claudica al capitalista, surja el combatiente internacionalista, de igual modo que donde manda el capital aparece el mercenario?

Que en Cuba o la Unión Soviética pueda haber desempleados (desempleo no lo hay) que estén dispuestos a matar por dinero y que cuenten con la complicidad del gobierno, el Estado y la sociedad para ejercer ese vil oficio, más tan absurdo como si la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos alentara la formación de los combatientes internacionalistas que acuden a apoyar a quienes esta pretende precisamente esclavizar, linchar y exterminar, al servicio de su gobierno imperialista, su Estado burgués y su sociedad completamente mercantilizada.

Toda comparación entre uno y otro pone de relieve ese contraste.

El mercenario cobra por matar. Su negocio es la guerra de agresión y pillaje. Estaría dispuesto a cambiar de bando con tal de que le pagaran más, así como le es indiferente que las monedas sean dólares o libras esterlinas. Para esos amos sólo pueden ser quienes son: capitalistas, explotadores, opresores, racistas, integrantes de la tribu de adoradores del dinero, de los ritos más bárbaros en toda la historia.

El combatiente internacionalista ofrece su vida para que triunfe la libertad, la justicia y la paz.

A través de trece sídidas existencias hemos visto la ideología maldiva del sistema capitalista, que abraza con el imperialismo el punto culminante de la perversidad.

El ser ha convertido en una sola cosa a tres hombres diferentes que, en realidad son lo mismo: mercenarios...
Foder por dinero

Los conciencias débiles y corrompidas no llegan — no pueden llegar — la voz de nadie que no fuera su yo. Son cráneos munusculosos de la sociedad individualista, donde el verdadero grito es: «¡Yo tengo tanto, pero necesito una porción de la riqueza que crean los que a mí sirven. Por eso ¡tantos, los mercenarios han aceptado matar a campesinos anglosajones, como habrían aceptado a dar muerte a huelguistas norteamericanos o a mineros ingleses, a tener en la mirilla a patriotas de Zimbabwe».

Entre ellos (ueron empujados por la crisis económica, por el desempleo o por el empleo sin perspectivas de aumento), ¡los únicos seguros en el capitalismo es la inseguridad!

Todos se sienten acorralados, como si salieran de una verberada para caer en otra, tendida siempre por la sociedad en nombre de la cual cobran por matar.

En esa época ya no tenía trabajo — escribió Gary Martin Arker — y había estado desempleado por bastante tiempo. No hay muchos trabajos para los ex antirracistas.

En el avión que lo llevaba a donde pensaba ejercer el mismo oficio que lo había enseñado Estados Unidos, Gary Martin Arker se hizo amigo de Vince, quien tenía un problema similar: «Me contó que después de salir del ejército había sido oficial de una prisión, que en ese momento estaba sin trabajo.» Es decir, sin gente a quien despreciar y golpear.

Estados Unidos tampoco le enseñó a hacer otra cosa.

Yo también trabajé —declará Malcolm Melville— en la *Perth Royal Infirmary* y el *Queen Hospital*. En 1923, un amigo mío fue a verme y me dijo que era adicto a las drogas y que yo podía ayudarlo a librarse de ese vicio. Sin pensarlo le dije que sí y después de nueve meses ya estaba curado. Pero su novia temblada consumía drogas y cuando se enteró de que yo la había curado, comenzó a atormentarme. Ella, sin él, no podía conseguir nada, me dijo que si yo no le conseguía drogas informaría a las autoridades lo que yo había hecho. Mi trabajo significaba mucho para mí y es un delito ayudar a cualquiera en cuestiones de droga u obtenerlas para otros, de manera que tuve que ayudarla porque yo había ayudado a mi amigo y por eso mi mujer me dejó, llevándose a los niños.

Pero el propio Bufkin, ¿qué hizo sino anunciar que tenía el monopolio de la contratación de mercenarios, sabiendo que ese era un buen negocio en el país de los negocios? Los mercenarios engañados por ese mercenario mayor, la escusa de ser un forastero: de los que ganan más y se arriesgan menos en el oficio de matar en serie, salvando a otros para que hagan la guerra contra demagogos. (Los máximos mercenarios son los que pretenden ganar el máximo: todos los reyes de Angola, sin riesgo personal alguno. Desde luego, ellos no dan su número de teléfono.) Bufkin mintió, pues, porque no era un verdadero Bufkin.

Eso son los mercenarios. El símbolo de su mito desmenuzado es el muñón de uno de ellos, junto a un cuerpo reventado por un obús. En el sangriento pedazo de brazo aparecen escritos, del modo en que los marinos se hacen tatuar a veces, nombres de mujeres a las

puestas, los lugares donde aquel hombre había sido mercenario: la lista empezaba con Adén y concluía, luego de cuatro nombres, en Angola.

Eso es la sociedad a la que pertenecemos.

La hermosa historia, tan límpida como el alba en el calor del verano y como los que voluntariamente, sin pensar en el ayer sino en «nuestros», en los demás primero, en el ayer mismo de la patria, es decir, la historia de los combatientes internacionales, debiera ser contada por ellos mismos para desde ahora puede decirse que ninguno de ellos fue atraído por un desemplazamiento, ni por querellas de emulatores, ni por mezquindades mezcladas con negocios (que ni siquiera se esconden tampoco) de droga u de alquiler de matones. Todo eso terminó en Cuba cuando con la voz de Fidel, el pueblo cubano pudo decir los versos de Guillén:

*He aquí al asesino
ya sin lágrimas.*

(Constructores, chuferos, tractoristas, campesinos, médicos, periodistas, trabajadores con ropa verde olivo, estudiantes, enfermeras, los anti-Gallán, los anti-Gearhart, los anti-Guilla, los anti-Bufkin, los anti-mercenarios: profundos, románticos de la revolución, abnegados, sencillos, solidarios... ¡Eso son los combatientes internacionales!)

Un mercenario de la pluma por no decir del crimen en masa al que coherentemente llama, en tal Robert D. Heilbrunn, correspondiente de guerra del *Detroit News*. Llegó en su cineama al punto de escribir que «el ejército cubano debe ser reconocido ahora como la Legión Española». Y había acusa a Cuba de intervenir en «el mundo», según la ruta trazada por Moscu.

argumentos de Remmin-Ribau y el Sinjua de Prékia son muy diferentes.

La Legión Extranjera estaba formada por presidiarios de diferentes campos utilizados como carne de cañón para conquistar colonias, no para ayudar a liberarlas. El propio Heint mencionaba que Cuba ha apoyado las luchas de Guinea-Bissau, Yemen del Sur, Viet Nam, Laos, Siria y ahora Angola.

¿Por qué Heint no se ofreció a incluir en su estúpida recompensa a los marines yanquis que decenas de veces han intervenido para retomar cadenas cruzadas y salvar tisanias, dentro de la tarea de estrujar pueblos, saquear países y destruirlos, que se ha fijado en Washington?

Cuba y la Unión Soviética no buscan en África ni un quilate de diamante, ni un litro de petróleo, ni esclavos hermanos de esos otros negros que precisamente en Detroit, hace menos de una década, incendiaron el centro de la ciudad. Quizá Heint sintió con pánico la luz y el calor de las llamas.

Pero, ¿cómo pedirle a un Heint que entienda? ¿Cómo puede juzgar al hombre humanizado una fiera que recordaba al diablo como la suprema creación humana?

En cuanto al turbio fondo de amenazas del imperio frustrado en Angola, corrido por la rabia y el odio, que está detrás de los Heint, Cuba sabe cómo defenderse y cuenta con la amistad internacionalista necesaria para continuar siendo el país al que aman los pueblos y que simboliza el porvenir.

Sólo se vio temblar y correr en Angola (justamente durante la batalla de Maquela do Sumbe, la que puso fin al mito de los mercenarios) a un combatiente in-

ternacionalista, cuando este descubrió de súbito a un niño angolano que llevaba una granada en la mano.

— Dame eso, muchacho!

— Toma. Ya te lo doy.

— ¿Quién te entregó esta granada?

— Niinguém.

— Pues voy a pedirle cuentas a «Niinguém»!

Y el niño se echó a reír en medio de su llanto porque en portugués, *ninguém* significa «nadie».

Pero más vieron los dos negros musculosos y torcos, los dos miembros de las FAPLA que viajaban en el mismo jeep del combatiente camarada... Ellos habían visto a niños de la misma edad tirar granadas a las puertas de Luanda, contra las tropas mercenarias anárquicas, en el mes de noviembre.

Esos sentimientos de los hombres verdaderos, en quienes siempre vivió un niño y de los niños vuellos hombres para salvar a la patria en peligro mortal, son los que un mercenario encuentra tan sin sentido como matas o escombros sin que haya dinero de por medio.

Mercenarios pagados por el Portugal colonialista asesinaron a Amílcar Cabral, héroe de Guinea-Bissau, pero no pudieron impedir que la independencia llegara también, con su salud fraterna, de viejo amigo y compañero al fin encontrada, a ese otro ensangrentado rincón africano.

Con una voz que recordaba a la del gran muerto, el presidente de la República de Guinea-Bissau, Luís Cabral, dijo delante de sus hermanos Sekou Touré, Agostinho Neto y Fidel Castro, que los cubanos habían

trada la libertad a África y en cambio se llevaban más que con muertos.

En realidad, en Angola, continuados con la guerra de millones de sus hijos, han quedado los combatientes internacionales caídos en combate, seguidores de Che Guevara y héroes eternos de dos patrias. Ellos son una nueva ravia a la «raza latinoafriicana» enviada por Fidel, que dio ese árbol, pequeño... es cierto, como pevilado en el mar, cierto también, próximo al mercenarismo de los mercenarios hecho imperio. Este, importante, leviano, hecho en mano, amovible, igualmente cierto, pero el árbol florido sigue dando frutos y siendo libre y por lo mismo está llamado a continuar creciendo cuando ya no existan sus enemigos, que son los del género humano.

A la continuación, a victoria ó certeza?

Luanda, abril de 1976.

1. Como que el presidente rumuliano Neta dio al MPLA y que actuaron en la conciencia de todo el pueblo de Angola: «La lucha continúa, la victoria es segura».

EPÍLOGO Y EPITAFIO

El 28 de junio de 1976 se escuchó por última vez la expresión: «El Tribunal!» con que anunciaba en tono grave y «temido» la entrada de los representantes de la justicia angolana al local donde estaban siendo juzgados los trece mercenarios.

El relampagueo de las cámaras de cámaras fotográficas, de cine y de televisión llegadas desde muy distantes lugares del planeta se unió a la respiración entrecortada de los acusados, al miedo que traducía sus rostros y a la «maraña» de los abogados, del fiscal, de los guardias, del público y de los testigos excepcionales integrantes de la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios, para darla a la escena el aje de una tragedia enmarcada en nuestro tiempo, en que cada acontecimiento se quisiera encerrar en una urna de cristal porque todos, de un lado y otro en la gran contienda de la formidable lucha que ahora todos los tiempos, comprenden que nada les es ni puede ser ajeno.

El juicio contra los africanos juzgados postumamente porque no todos los días se juzga en tal y tanta que era la primera vez, en los cinco siglos de existencia de la institución que gobierna en el continente y florece bajo el imperialismo, que la misma iba a ser objeto de una sentencia. Al día del juicio, Neta, no se trataba del destino de tener muerte aunque fuera muy grande su culpa, sino de algo mucho más profundo.

Por primera vez en la historia, África se enfrentaba de repente tan desafiante como «monarca» al colonialismo. Los africanos se reconvertían en jueces de los antiguos amos y en pueblos negros hasta compartir la justicia en la zona hasta en su tierra, con sus manos, que fue de modo digno en propia edred.

Un edificio típicamente colonial construido por los portugueses, con ventanitas, el estacionamiento en coches, las lavabos, las grutas, puentes y el jardín verdeante en verdes finidos del siglo XIX cuando parecía que Libia jamás perdería en el caso de África en forma de diosa y con el pueblo más apropiado a la zona de Camerun de Libia, fue el local del Tribunal. Un tribunal internacional la última que se ha valorado en la vida de quienes «convencieron» en su época con reglas y manipulaciones el destino y los recursos naturales.

Todavía otra supuesta convencional: el juicio era el epílogo de una batalla que para no dejar de sorprender a una guerra que finalizaba.

Cuando se prácticamente liberado al norte y en marcha las preparativas para liberar el sur de Angola, aparecieron los africanos en la zona norte para impedir a cualquier la victoria final, el mundo colonialista dio una orden clara y precisa: «hacerlos palcos».

La orden fue cumplida.

Al Tribunal Popular Revolucionario, socialista, al Tribunal Popular Revolucionario, socialista, en su presidente, Ernesto Teixeira de Silva, ha sido por su completo con palcos de muerte y opresión del mundo por completo en la Comisión Internacional ha estado a desear los días para limpiar la Tierra y la Historia.

En el banquillo —y luego ante el juicio de finalización— fueron presentados como Callan, Gough, McKenna, Derek, pero en realidad se llamaban imperialismo, neofascismo, neofascismo, racismo, en fin, capitalismo. Un fundamentalismo político y moral de un mundo, promesa de un mundo sin escape.

Otro: «secreto» en un tribunal condenado a largo plazo de prisión porque Angola comienza la Angola de la justicia aunque hubiera sido legítima su venganza. Al diferenciar los países y los países antiguos a los más culpables, al mostrarlos guerreros, como dice la sentencia, con los de manos osas y más «débiles de palcos», la Revolución Angolana ha evidenciado el vergüenza que se tiene a sí mismo para aceptar aún más al respecto universal que aparece por la historia que en y la esperanza que allanara.

El Tribunal Popular Revolucionario y la Comisión Internacional, no obstante ser entidades muy diferentes, se han complementado en forma admirable.

El Tribunal es la Ley de un pueblo cabreros, independiente, libre y libre con fuerza jurídica y razón para analizar los delitos cometidos en el territorio de los hombres, su hombre y su Estado e impedir la justicia «creada» tanto como «creada» que muestra el mundo. Dignos Barro.

La Comisión Internacional —integrada por prominentes juristas de treinta y ocho países— fue a Lunda a conocer cómo iba a ser juzgado el grupo de mercenarios y pudo dar fe de que si en algo se encendió el Tribunal fue en las garantías de que gozaron los acusados.

Ejemplo y trueno del trabajo del Tribunal en la sentencia ejemplar que concluyese, con suprema dignidad, este proceso extraordinario al que el presidente Nto dira como objetiva «plantear a los ojos de toda África y del mundo entero el problema de la acción mercenaria».

La labor de la Comisión Internacional se sintetiza en su Declaración General que llama a poner fin al mal de la acción mercenaria, y en el Proyecto de Convención que la dibuja a escala mundial como un crimen. Ambos documentos se inspiran en el natural repudio de todos los pueblos al oficio de alquilarse para matar, en su legítimo derecho deber de erradicarla y en los principios rectorios adoptados por la ONU, la OEA y otras instancias internacionales.

La Declaración advierte que no puede perderse tiempo porque nuevas Callan empujan ya las armas en Namibia y Zimbabue. La «Convención de Lunda» que viende homenaje al país donde se puso fin al mito de los monstruos tarifados) «se remite no sólo a la necesaria legislación universal que somete lo mismo a los promotores que a los instrumentos del negocio de guerra, sino también habrá de alentar legislaciones nacionales antimercenarias en todos aquellos estados que aspiran a la civilización, la paz, el predominio del derecho y la justicia en las relaciones internacionales».

El fiscal popular Rui Monteiro indicó que, al juzgar de su valor para combatir la acción mercenaria, el juicio de Angola, comparable por su carácter al de Nuremberg contra los cabecillas del fascismo, revela que en algún momento en esta hora en que la humanidad se aproxima a un nuevo siglo y entra en una nueva etapa de su desarrollo social.

«De haber triunfado, mi hermano habría sido un héroe», dijo la hermana de Callan a la prensa inglesa. Por cierto, ella pudo visitarlo en la prisión después de la sentencia y —como también declaró— recomendarle a vigilarlo a que afrontara con valentía su castigo. Alegando que «una hermana es una hermana», ella no se resistió ni en su justa ni en su defensa pero se reveló con acuciosa a los que dieron armas y posibilidades a Callan de llegar a ser la máquina de matar que estaba obligada a destruir cualquier sociedad y murdo por una que recién nace a la vida con la libertad por divina y debe enfrentarse aún contra fuerzas malignas poderosas.

Esta vez los héroes han sido los que corresponden a esta época: los campesinos que ni siquiera aprendieron a hablar portugués, los maestros que durante años enseñaban decenas de niños polvorientos incrustados en las paredes, las mujeres que no sólo atado a la espalda y otro en el vientre que vieron cómo sus hermanos y mandos eran arrastrados al trabajo forzado y a la guerra. Héroes contemporáneos sirviendo de bastión de la educación, ante jueces que salieron del seno de ese mismo pueblo y que pasaron con grandes sacrificios las universidades del colonialismo y a veces las más duras y aleccionadoras de la cárcel y la guerrilla, ante abogados que se pusieron la toga para defender con toda lealtad a quienes eran sus enemigos en tanto que esclavos.

El heroe colectivo, testigo, fiscal y juez en el juicio de Luanda, fue el pueblo de Angola.

Con tranquilidad latina que no niega sino anda bien que confirma el axioma que Estados Unidos le dio desde los 3 años de edad hasta los 35 en que le enfrentaron milo «mafia» y «Viet Namu». Grillo admitió que tenía a ese pueblo ellos (los mercenarios) se sentían así de pequeños. Y al decirlo, el encontrar difícilmente las palabras, levantó el mismo dedo con el cual disparaba la ametralladora en Harim, en Danang y en Maquela do Sembo, contrariándolo con el pulgar.

En realidad sucede que cada ideología, cada régimen social, cada bando tiene sus propios héroes.

Callan fue a Angola como un héroe de los que querían seguir identificando ese nombre con una cantera de mano de obra barata de hecho esclava, un inmense país inmensamente rico con un pueblo desampliamente pobre, una cueva bancaria esparcida entre unas pocas firmas de grandes monopolios con oficinas aotral - en Nueva York, Londres, Lisboa, Bonn, Prernia, en fin, una Angola en la cual se sintieron como extranjeros los angolanos y como dueños los extranjeros.

El juicio de Luanda pulverizó la idea misma de los «héroes» al probar que su fingido heroísmo era crimen a mansalva de prisioneros, de mujeres y niños que se negaban a seguir hacia Zaire a las fuerzas tiranas en drabandada, incluso de mercenarios negados a morir para simplemente retardar la destrucción inevitable.

McKenzie fue, como estableció la sentencia, «... uno de los principales ejecutores de la voluntad de Callan, participó activamente en la masacre de los norrnas británicos, a los cuales asesinó fríamente y sin

preocuparse en darles una muerte rápida. También se le culpa de amenazar y apalear a los civiles».

Los héroes condenados a muerte, Derek Barker, como jefe de la guarnición militar mercenaria, en Santo Antonio de Zaire asumió la responsabilidad por los asesinatos y todos allí cometidos por esa fuerza de barbarie.

Peró el juicio de Luanda ha sido particularmente importante en relación con el norteamericano que como parió con los tres ingleses el mismo parió en un ardor de julio: Gearhart.

¿Quién fue Gearhart?

Ante todo el hombre de la CIA en Angola.

La diferencia entre él y Callan consistió en que este última pertenecía a los instrumentos para matar, Gearhart, colocado algo más arriba, formaba parte de las manos que manejaban esos instrumentos, que los localizaban entre la morria que va acumulando esa gigantesca fábrica de degradación humana que es el capitalismo.

Gracias a la inteligencia del Presidente del Tribunal, el principal testigo contra Gearhart fue el propio Gearhart.

En resumen, su enjuiciamiento individual fue el siguiente: el abogado norteamericano que supuestamente le envió su familia, mediante preguntas que consistían en una espumosa mecánica de «¿es o no es...?», para que el sea su familiar a responder esas preguntas, citó a Gearhart como un hombre pobre y que trabajaba en varios sitios, aunque no mencionó uno solo. Y en esta misma libro que el abogado tenía en sus manos, en su primera edición en español, se mencionaba concretamente una organización pantalla de la

CIA, la National Students Help, como sitio de trabajo de Gearhart.) Pero documentalmente no prueba, que es una tarjeta de crédito de un poderoso banco norteamericano ocupada al prisionero y olvidada por éste, que en lugar de 30 000 dólares de deuda tenía buenos ingresos. De lo contrario, imposible que él mismo autorizara que sus recuperados le facilitaran dinero en cualquier sitio del mundo donde se encontrara.

El abogado hizo a Gearhart decir «es correcto cuando le pregunté si él se consideraba un hombre que jamás menta, para encontrarse con que era mentiroso (y lo había negado) de la llamada «Asociación Internacional de Ganas Salvajes», la reclutadora de mercenarios para toda África que dirige Mike Hoare, el Callan del Congo, activo actualmente en Rhodesia y Namibia.

La sentencia estableció: «A diferencia de lo que expone el rol, las "Ganas Salvajes", no son una agencia de información y como se prueba en las folias 450 de los autos, los 10 dólares que él remitió sirvieron para ser admitidos como miembros de esa siniestra organización».

La copia de una tarjeta de control aduanal azarista, que documentalmente Gearhart tenía consigo cuando desembarcaba toda eventualidad de captura, mostró que no había pasado por Kinshasa dentro de un grupo anónimamente, sino que en su aeropuerto se había identificado como «hombre de negocios». Aquí también había mentido.

El abogado rehuyó también preguntarle a Gearhart lo que dice nuestro libro acerca de su estancia en Viet Nam, qué había hecho durante la guerra contra ese pueblo, porque servir de guardacostas nada menos que del general Westmoreland y del secretario de Defensa McNamara, esos dos Mike Hoare gigantescos, le había quitado el aura de inocencia con que se presen-

taba ante el Tribunal y habría revelado que se trataba efectivamente de un oficial muy aversado de la CIA.

¿Por qué Gearhart fue el único entre los cientos de mercenarios enviados por el imperialismo a Angola que no había anunciado a sí mismo como mercenario en la revista *Soldier of Fortune*? ¿Qué universal tenía de guerra a los grupos en momentos en que precisamente se anunciaban numerosas organizaciones reclutando mercenarios en esa propia revista que dirige un teniente coronel del Ejército de Estados Unidos, en los grandes noticieros norteamericanos e ingleses, en el canal 7 de la televisión yanqui, etcétera?

Una hipótesis es que Gearhart había recibido la encomienda de la CIA de investigar las numerosas organizaciones reclutadoras que habían surgido «por la libre», en control directo de la CIA y las cuales en no pocos casos, como el de la organización de Buikis, la misma que llevó a Gearhart y Grillo a Angola, enviaba una cantidad mucho menor de mercenarios de la que controlaba.

El anuncio de Gearhart era quizá un atisapamocoso y no retunda expresión espontánea de que Buikis no podía ser un hombre de la CIA, sino un simple estafador al que él estaba dispuesto a poner pleito por no haber entregado a su familia la suma prometida, dejó traslucir la indignación de un hombre de la CIA contra una caricatura de agencia de espionaje dedicada a causar incertidumbre. Esta expresión escapó de los labios del acusado en momentos en que se creía muy lejos de la posibilidad de ser descubierta en su verdadera condición. El anuncio podía ser también una broma cobertera destinada al gran público.

¿A qué fue Gearhart a Angola?

Aunque el abogado hizo esfuerzos por persuadir al presidente que el Presidente del Tribunal le hizo prometer usando la más simple lógica aritmética, Gearhart contestó que estaba consagrada al «estado de guerra en la milicia y en la política».

¿Qué quedaba entonces de la imagen de un pobre hombre abrumado por una mujer enferma y varios hijos también enfermos, obligados a someterse a crueles operaciones, escuchando en el techo de la cocina derrumbándose y que había llegado a ofrecerse como mercenario en un desesperación?

Su propio abogado norteamericano devino fatal cuando a un Gearhart incoherente y temblando le hizo esta pregunta: «¿Usted no pertenecía a ninguna organización subversiva, ni siquiera de su gobierno, ¿no es cierto?».

Fue la única vez que estallaron ruidos entre el público que tenía que apretar los labios en aras de la disciplina y el silencio exigidos y mantenidos por el Tribunal incluso cuando en la sala aparecían los recuerdos de las víctimas de los crímenes de los mercenarios.

Sin embargo, ni la más ligera mención, ni aun creyéndolos herdoas electorales, pueden hacer aflorar los sentimientos «humanitarios» del presidente Gerald Ford y del secretario de Estado Henry Kissinger al renovar la noticia de la ejecución de Gearhart.

El cable de AFP desde Washington, el 10 de julio, dice lo siguiente:

La ejecución en Angola del mercenario norteamericano Daniel Gearhart fue recibida hoy aquí como la última más ávara emanada de un gobierno que recientemente se dio el lujo de bombardear a Estados Unidos.

El gobierno norteamericano parecería dispuesto a olvidar el pasado y pasar la esponja sobre la violenta intervención cubana en la ex colonia portuguesa, que durante todo el invierno último constituyó una pesadilla para la Administración.

Sin embargo, la ejecución de Gearhart equivale a frotar el sobre las heridas aún frescas, como lo muestran las reacciones escandalizadas tanto del presidente Gerald Ford como del secretario de Estado Henry Kissinger. El desprecio del Gobierno es aún más profunda por haberse condenado al máximo para obtener la conmutación impuesta al mercenario.

A pesar de la ausencia de relaciones diplomáticas con Angola, los norteamericanos habían intervenido ante el Gobierno de Luanda por intermedio de diez países y diversas organizaciones internacionales, incluida la Cruz Roja.

Algunos horas antes de conocerse la muerte de Gearhart, Henry Kissinger había llamado al presidente angolano Agostinho Neto en un nuevo llamado a la clemencia.

En una conferencia de prensa, Kissinger pidió la gracia del condenado por razones «estrictamente humanitarias», señalando al mismo tiempo que la conducta diplomática norteamericana no es durada por la muerte de ciudadanos norteamericanos prisioneros en el extranjero.

Según los observadores, Kissinger excluyó así la posibilidad de negociaciones, como por ejemplo el otorgamiento de ayuda económica a Luanda a cambio de la vida del mercenario.

Es posible que Angola haya burocratizado en vano sus
negocios sobre tales bases. Lo que explicaría el tra-
gico epíteto del asesino.

Los portavoces del Gobierno afirmaron que la
ejecución de Gearhart tendrá consecuencias ne-
gativas para el proceso de normalización de las re-
laciones entre ambos países. Los mismos obser-
vadores estimaron hoy que la muerte del merca-
nario podría reducir más la posibilidad de Estados
Unidos, que ya dispone de cierto campo de ac-
ción al oponer su veto a la admisión de Angola
en la Organización de Naciones Unidas (ONU).

De todas maneras, las reservas norteamericanas
serán necesariamente limitadas por los hechos.

Washington no puede eludir el hecho de que An-
gola está destinada a jugar un papel crucial en
la evolución de África Austral, lo cual prueba
que actualmente constituye el centro de las pre-
ocupaciones de la diplomacia norteamericana.

Tales remembranzas de dos de los grandes culpables en
la agresión extranjera contra la República Popular de
Angola y por ello mismo dos de los grandes derrotados
durante la guerra que ha ganado el heroísmo de un
pueblo y la solidaridad internacional, no merecen real-
mente remembranzas. La salutación de que Angola quie-
siera «vender» la repugnante mercancía enviada por
Washington es tan ridícula como el humanitarismo
fordista y kisingeriano.

Las declaraciones de quienes ante la historia no pa-
sarán de ser, más allá de la importancia de sus cargos
oficiales, sino simples mercenarios políticos del impo-
ralismo, bien pueden servir como epíteto al mito des-
truido en Angola de una vez y para siempre.

COMISION INTERNACIONAL
DE INVESTIGACION SOBRE
LOS MERCENARIOS

DOCUMENTOS

Ministerio de Justicia
República Popular de Angola
Luanda

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL CAMARADA
MINISTRO DE JUSTICIA DE LA REPÚBLICA
POPULAR DE ANGOLA, EN EL ACTO DE CON-
STITUCION DE LA COMISION INTERNACIONAL
DE INVESTIGACION SOBRE LOS MERCENARIOS

En nombre del Presidente de la República y del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), camarada Agostinho Neto, del Consejo de la Revolución y del Gobierno de la República Popular de Angola, deseamos dar un saludo de bienvenida a nuestros ilustres invitados. También queremos expresarles nuestra gratitud por haber aceptado sin vacilar nuestra invitación, la que demuestra los sentimientos de amistad y de solidaridad de que gozan nuestro país y nuestro pueblo en el mundo entero. Efectivamente, nos sentimos muy satisfechos de contar entre nosotros con la presencia de personalidades de tan alto prestigio y de una representación internacional tan amplia. A todos, pues, nuestro agradecimiento.

Como todos ustedes conocen, la República Popular de Angola, mediante la instancia judicial competente, procederá a juzgar a un grupo de mercenarios que fueron capturados y hechos prisioneros en nuestro territorio por las heroicas FAPLA, brazo armado del pueblo angolano. Lo hace en el ejercicio del derecho

que le confiere su condición de país libre y soberano y con toda la legitimidad cimentada por una larga y dura lucha contra el colonialismo y el imperialismo. Es una prerrogativa que reivindicamos con firmeza y que creemos nadie puede impugnar.

La Comisión Internacional que se constituyó formalmente en este año, tendrá la oportunidad de salir al juicio y también contará con la posibilidad de pronunciarse, si lo cree necesario, sobre su legalidad y su ejecución, así como sobre el proceso, puesto que le serán suministrados todos los elementos necesarios para su apreciación.

Sin embargo, pensamos que la misión más importante que esta Comisión está llamada a desempeñar será la de analizar y pronunciarse sobre el fenómeno de la acción mercenaria con una perspectiva global e internacional, como práctica profundamente nefasta para los intereses de la paz, la libertad y la independencia de los pueblos.

La significación política de la acción mercenaria como arma de reserva de los designios agresivos del imperialismo, sus causas y efectos, las formas de reclutamiento y actuación de los mercenarios, las redes tenebrosas de las agencias de la reacción internacional que alimentan este fenómeno, forman un conjunto de aspectos importantes sobre los cuales estoy seguro que el estudio y las conclusiones de esta Comisión no dejarán de aclarar ciertamente.

No obstante, quisiéramos avanzar algo más en las proposiciones sobre medidas concretas para un combate efectivo por la total eliminación de la acción mercenaria en el mundo entero. En lo que respecta a situaciones concretas vividas en algunos países, la historia contemporánea recoge varias iniciativas en el marco de

las organizaciones internacionales y de Derecho Internacional para condenar la acción mercenaria. Aunque el caso más criminal de esta práctica haya sido expresamente condenado con el consenso universal en innumerables resoluciones de las organizaciones internacionales y también en la conciencia jurídica de los pueblos, realmente se impone la necesidad de crear un instrumento legal internacional que obligue a los estados que se adhieran al mismo, al establecimiento en forma clara e inequívoca de la condena a la acción mercenaria, tanto a su práctica directa, como a las actividades de los estados u organizaciones que promuevan, financien u apoyen o incluso sean cómplices en la formación y expedición de fuerzas mercenarias. Creemos que no es suficiente establecer la acción de los mercenarios como criminales individuales. Es necesario luchar efectivamente para determinar la responsabilidad efectiva de quien los arma, los emplea y facilita su acción.

Ahora bien, pensamos que sería altamente positivo que de los trabajos de esta Comisión se obtenga como resultado una proposición para una reunión internacional que contemple los aspectos importantes mencionados con anterioridad. Creemos que tal iniciativa tendría un importante alcance y constituiría una preciosa contribución al desarrollo progresista del Derecho Internacional y, en última instancia, a la causa de la paz, la libertad y la independencia de los pueblos de todo el mundo. Angola y su pueblo se sentirían muy dichosos si la historia recogiera sus nombres, asociados al nacimiento de esa Convención Internacional.

Permitámonos declarar constituida esta Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios. La Comisión podrá comenzar inmediatamente sus trabajos y es completamente libre para escoger y adoptar la forma de su estructura orgánica para orientar y desen-

volver sus tareas.

Deseo asegurarles que crearemos todas las condiciones y facilidades que estén a nuestro alcance para que puedan llevar a buen término su importante misión.

Reiteramos nuestro agradecimiento por la presencia de ustedes, les auguramos un buen trabajo y terminemos con la consigna de nuestro movimiento:

¡LA LUCHA CONTINÚA!

¡LA VICTORIA ES SEGURA!

Luanda, 7 de junio de 1976.

DECLARACION DE LA COMISION INTERNACIONAL DE INVESTIGACION SOBRE LOS MERCENARIOS

I

Desde hace unos veinte años se han producido intervenciones armadas de mercenarios contra la soberanía de los estados jóvenes o contra los movimientos de liberación. Los medios masivos de difusión han señalado en su momento las masacres de Stanleyville, las intervenciones armadas en Cuba, Sudán meridional, Nigeria, durante la guerra civil, en Guinea, en Palestina, etcétera... Varios dirigentes africanos fueron asesinados.

II

En periodo más reciente, la independencia de Angola y la proclamación de la República Popular han sido seguidas rápidamente por intervenciones militares de

la República de Sudáfrica y la República de Zaire. Junto a estas intervenciones de ejércitos regulares grupos de mercenarios han invadido también el territorio angolano y se han entregado a diversas acciones armadas (ataques a destacamentos del ejército nacional angolano, emboscadas, robarías de minas, destrucción de puentes y edificios), a ejecuciones sumarias de prisioneros y a masacres de la población civil.

III

Los mercenarios que invadieron Angola fueron reclutados en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Portugal. Algunos de ellos fueron contratados mediante anuncios en la prensa escrita y televisada. No solo existen diversos documentos confirmando la existencia de empresas privadas de reclutamiento en Estados Unidos y en Gran Bretaña, sino que en publicaciones periódicas, como *Soldier of Fortune*, de Colorado, se realizan campañas para el reclutamiento de mercenarios. Está claro que el reclutamiento, el entrenamiento y el equipamiento militar de los mercenarios no pueden realizarse sin el acuerdo tácito de los gobiernos en cuyo territorio son reclutados y equipados. Más aún, en la medida en que la intervención de los mercenarios está dirigida contra la liberación de los pueblos de la dominación colonial y neocolonial, no hay que dudar que su actividad está al servicio de aquellos que quieren reprimir e impedir esta liberación. Esto es obvio, ya que varios de los países implicados, en particular Estados Unidos de Norteamérica, poseen una legislación contra la acción mercenaria, la cual no se aplica.

IV

Ahora bien, esas actuaciones han sido condenadas en diversos ocasiones por las organizaciones internacionales (resoluciones números 2395-XXIII, 2465-XXIII, 2518-XXIV y 3103-XXVII de la Asamblea General de Naciones Unidas; Declaraciones de los Jefes de Estado y Gobierno de la OUA, Kinshasa, 1961 y Addis Abeba, 1971), pero esas denuncias de la acción mercenaria, que nosotros aplaudimos, no han tenido un efecto práctico y la opinión pública hasta el presente no ha sido tomada en consideración por los estados implicados. Desafortunadamente, la glorificación demasiado frecuente de la acción de los mercenarios por los medios masivos de difusión no ha facilitado la movilización de la gran fuerza que representa la opinión internacional. Además, a pesar de la victoria lograda por la República Popular de Angola en su justa lucha contra la intervención extranjera, hay indicios de que en la actualidad se preparan nuevas acciones del mismo género en África Austral y en otras partes del mundo. Se ha descubierto la concentración de mercenarios en Namibia y en Zimbabue, bajo la égida de los regímenes minoritarios racistas que hoy están en el poder en esos países. Puerto Rico también se utiliza como base de agitación mercenaria en América Latina.

En fin, constantemente se crean nuevas formas de acción mercenaria para reprimir las luchas obreras o los movimientos de liberación nacional en el mundo. Las corporaciones transnacionales y los servicios de espionaje utilizan la acción mercenaria cada vez más.

En todos estos aspectos, la acción mercenaria se manifiesta como el instrumento de aquellos que pretenden

mantener, establecer o restaurar el fascismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el racismo y en general la contraofensiva del imperialismo contra el progreso, la libertad y la paz en el mundo.

V

Los miembros de la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios, convocada por iniciativa del Gobierno de la República Popular de Angola, provenientes de todas las continentes y en representación de treinta y ocho países, reunidos en sesión plenaria efectuada en Luanda el 10 de junio de 1976, decidieron señalar a la opinión pública internacional la gravedad de las amenazas para la paz que provocan la intervención de los mercenarios en África y en el mundo. Es urgente actuar para impedir el reclutamiento y el traslado de mercenarios a Namibia y Zimbabue.

Las potencias imperialistas son totalmente responsables de la destrucción y de los crímenes perpetrados y que pueden aún repetirse en territorio africano. La opinión pública puede y debe poner fin a esas intervenciones militares por medio de intermediarios. Se debe exigir encarecidamente a todos los países la elaboración de una Convención Internacional que prohíba el reclutamiento, el traslado, el equipamiento bélico de los mercenarios y cualquier otra forma de apoyo a sus actividades.

Hacemos un llamado a todos los gobiernos para que asienten los principios internacionales expresados en las

resoluciones de la ONU y las declaraciones de la OUA, con vista a que firmen una Convención Internacional y para que su propia legislación nacional esté de acuerdo con aquella, con vista a que apliquen efectivamente sus disposiciones.

Los miembros de la Comisión expresan la publicación de un Libro Blanco sobre las actividades de los mercenarios en África y el mundo. Piden a todos aquellos que puedan proporcionar informaciones sobre este tema, que hagan llegar al Ministerio de Justicia de la República Popular de Angola.

Hacen un llamado a todas las personas y a todas las fuerzas progresistas del mundo para que desplieguen sus esfuerzos con el objetivo de que desaparezca ese azote de la humanidad que es la acción mercenaria.

Luanda, 10 de junio de 1976.

DECLARACION SOBRE LA CONFORMIDAD DE
LA LEY DE PROCEDIMIENTO ANGOLANA
CON LOS PRINCIPIOS UNIVERSALES QUE
GARANTIZAN LOS DERECHOS DE LA
DEFENSA Y SOBRE EL FUNDAMENTO
LEGAL DEL PRESENTE PROCESO

1. La consagración efectiva del respeto a los derechos de la defensa exige, de acuerdo con los principios comunes a los diferentes sistemas judiciales, el acatamiento a las reglas siguientes:

- a) El acusado tiene derecho a conocer los cargos que le han formulado en su contra.
- b) El acusado tiene derecho a estudiar el expediente del proceso.
- c) El acusado tiene derecho a interrogar a los testigos utilizados por la Fiscalía.
- d) El acusado tiene el derecho a ser escuchado.
- e) El acusado tiene el derecho de presentar a sus propios testigos.
- f) El acusado tiene derecho a ser defendido por un abogado.
- g) El proceso debe ser público.

154

II. El análisis de la ley número 7/76 de 1º de mayo, que crea el Tribunal Popular Revolucionario y establece las normas procesales que lo rigen, muestra que los principios anteriormente mencionados relativos a los derechos de la defensa han sido íntegramente respetados.

En efecto:

a) Al relacionar el inciso a) del artículo 12 con el artículo 18 de la Ley Angolana, se comprueba que al acusado se le notifica obligatoriamente el acta de imputación, la que necesariamente menciona el alcance de la acusación, es decir, en especial, la exposición sumaria de los hechos punibles, la indicación de las leyes y reglamentos violados y la demanda de aplicación de las sanciones correspondientes.

b) El inciso b) del artículo 12 consagra el derecho del acusado, por intermedio de su defensor, de tener acceso al expediente y consultarlo libremente durante un término de ocho días.

c) El número 2 del artículo 23 de la Ley Angolana establece la facultad del acusado de interrogar a los testigos presentados por la Fiscalía.

d) El derecho del acusado a ser escuchado está garantizado por las disposiciones de los artículos 20; 22, párrafos 1 y 2; 24; 25 número 1, todos de la ley 7/76.

e) El inciso d) del artículo 12 y el número 1 del artículo 23 establecen que el acusado puede presentar testigos y que los mismos sean escuchados.

f) La asistencia de un defensor está efectivamente garantizada, como se desprende del artículo 12 inciso b) y del artículo 13, no sólo por la facultad que tiene el acusado de nombrar, hasta el día del proceso, un

155

defensa de su elección, sino también por la obligación del Tribunal de nombrar un letrado de oficio en el acta de inculpación.

g) En fin, el artículo 15, número 1, prescribe el carácter público del juicio.

111. El principio *nullum crimen sine lege*, según el cual ningún hecho se considera crimen y por tanto sancionable, sin que haya una ley pre-existente, que lo defina como tal, es un principio reconocido por los diferentes sistemas judiciales, consagrado por el artículo 23 de la Ley Constitucional de la República Popular de Angola, reafirmado por el artículo 10 de la ley número 7/76, de 10 de mayo, que ha creado el Tribunal Popular Revolucionario, es respetado por la acusación hecha en el proceso presente, teniendo en cuenta que ésta se basa en la ley de Procedimiento Interior y sobre las normas y principios de Derecho Internacional que la República Popular de Angola, como Estado soberano, considera hacer suyos.

Luanda, 12 de junio de 1976.

DECLARACION FINAL Y VERIFICACION
DE LA REGULARIDAD DEL PROCESO DE
CONFORMIDAD CON LOS PRINCIPIOS
DEFINIDOS PREVIAMENTE

Al haber asistido y observado todas las sesiones del Tribunal Popular Revolucionario encargado de juzgar a los mercenarios, la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios comprueba que el proceso se ha desarrollado de manera regular, con dignidad y seriedad.

Además, la Comisión constata que todas las reglas de enjuiciamiento han sido observadas e interpretadas de manera extensiva con respecto a los derechos humanos de la defensa.

Luanda, 19 de junio de 1976.

PROYECTO DE CONVENCIÓN SOBRE LA
PREVENCIÓN Y LA SUPRESIÓN
DE LA ACCIÓN MERCENARIA

PREÁMBULO

Las Partes contratantes, «unamente preocupadas por el empleo de mercenarios en los conflictos armados con el objetivo de oponer la violencia armada al proceso de liberación de los pueblos de la dominación colonial y neocolonial racista.

Considerando que el delito de la acción mercenaria es parte de un proceso que tiende a perpetuar por la fuerza de las armas la dominación colonial y neocolonial racista sobre un pueblo o Estados.

Considerando las resoluciones de Naciones Unidas (Res. 2393-XXIII, 2465-XXIII, 2548-XXIV y 3103-XXV) de la Asamblea General de Naciones Unidas y de la OUA. ECM/Res. 5, 1964. AHG/Res. 40, 1967. ECM/Res. 17-VII, 1970. Declaración de los Jefes de Estado sobre las Actividades de los Mercenarios en África, 1971), que han denunciado el empleo en estos conflictos armados de mercenarios como un acto criminal y a los mercenarios como criminales y que han exhortado a los Estados a tomar las medidas pertinentes

para impedir en sus territorios la organización, el reclutamiento y el movimiento de mercenarios y a presentar ante la Justicia a los autores de este delito y a sus cómplices.

Considerando que las resoluciones de Naciones Unidas y de la OUA y la práctica de un creciente número de Estados, constituyen la expresión de nuevas normas del Derecho Internacional que hacen de la acción mercenaria un delito internacional.

Conscientes de la necesidad de codificar en un texto único y de desarrollar progresivamente las normas del Derecho Internacional que se han establecido con el objetivo de prevenir y de reprimir el delito de acción mercenaria, las Partes contratantes han convenido las disposiciones siguientes:

Artículo I

DEFINICIÓN

Comete el delito de acción mercenaria el individuo, grupo o asociación, los representantes del Estado o el Estado mismo que, con el objetivo de oponer la violencia armada a un proceso de autodeterminación, practique uno de los actos siguientes:

a) Organizar, financiar, abastecer, equipar, entrenar, promover, apoyar o emplear de cualquier modo, fuerzas militares que incluyen personas que no sean ciudadanos del país donde van a operar por ganancias per-

anal, mediante pago de un sueldo, salario u otro tipo de retribución material.

b) Alistarse, enrolarse o tratar de enrolarse en las fuerzas mencionadas.

c) Permitir que en los territorios sometidos a su jurisdicción o en cualquier otro lugar bajo su control, se desarrollen las actividades mencionadas en el inciso a) o proporcionar facilidades de tránsito, transporte u otra operación de las fuerzas mencionadas.

Artículo II

El hecho de asumir la jefatura de los mercenarios o de dar órdenes será considerado como una circunstancia agravante.

Artículo III

1. Cuando el representante de un Estado es responsable de un acto o de una omisión considerados como criminales por las disposiciones precedentes, será sancionado por dicho acto o por tal omisión.

2. Cuando un Estado sea responsable de un acto o de una omisión considerados como criminales por las disposiciones precedentes, cualquier otro Estado puede invocar esta responsabilidad.

1) Es en relación con el Estado responsable.

2) Ante las organizaciones internacionales competentes.

Artículo IV

ESTATUTO DEL MERCENARIO EN LOS CONFLICTOS ARMADOS

Los mercenarios no son combatientes lícitos. Si son capturados no tienen derecho al estatuto de prisioneros de guerra.

Artículo V

Un mercenario es responsable tanto del delito de acción mercenaria como por todos los otros crímenes cometidos como tal.

Artículo VI

LEGISLACIÓN NACIONAL

Cada Estado contratante promulgará todas las medidas necesarias para la aplicación de la presente Convención.

Artículo VII

JURISDICCION

Cada Estado contratante está obligado a juzgar y a sancionar a todo individuo encontrado en su territorio y que haya cometido el delito definido en el artículo I de la presente Convención, a menos que se le ponga a disposición del Estado contra el cual se ha cometido o se habría cometido el delito.

Artículo VIII

EXTRADICION

1. Todo Estado en cuyo territorio se haya cometido el delito de acción mercenaria o que las personas acusadas

del Arto definido en el artículo I sean ciudadanos no pueden hacer una solicitud de extradición al Estado que detiene a esas personas.

2. El delito definido en el artículo I, considerado como un delito de derecho común, no puede ser excluido por la legislación nacional que excluya la extradición por delitos políticos.

3. Cuando una solicitud de extradición es presentada por uno de los Estados mencionados en el párrafo 1, el Estado requerido deberá, si se niega la extradición, iniciar el procedimiento por el delito cometido.

4. Si de conformidad con los párrafos 1 y 3 del presente artículo, se inicia el procesamiento, el Estado requerido notificará los resultados de esas demandas al Estado que había demandado u otorgado la extradición.

Artículo IX

GARANTÍAS JUDICIALES

Toda persona o grupo que comparezca ante la justicia por el delito definido en el artículo I tiene derecho a las garantías esenciales para un juicio justo y adecuado. Estas garantías incluyen el derecho del acusado a ser informado en su propia lengua materna de los particulares que aparecen en el expediente criminal formulado en su contra; del derecho a dar todas las explicaciones deseadas con respecto a las acusaciones formuladas contra él; del derecho a participar en la

investigación preliminar sobre los hechos y el acceso, durante el proceso, a los servicios de un abogado o, si lo prefiere, hacerse cargo de su propia defensa; a exigir que sus testigos sean convocados ante el Tribunal y que les sea permitido participar en su interrogatorio, así como en el de los testigos del proceso.

Artículo X

ASISTENCIA MUTUA PARA EL ENJUICIAMIENTO CRIMINAL

Las Partes contratantes se proporcionarán recíprocamente la mayor asistencia en lo referente al enjuiciamiento criminal del delito definido en el artículo I de esta Convención.

Artículo XI

DEBER DE LOS ESTADOS DE ASEGURAR UNA SANCIÓN EFECTIVA CONTRA EL DELITO

Cada Estado comprometido tomará todas las medidas administrativas y judiciales convenientes para aplicar una sanción efectiva a las personas o grupos culpables del delito definido en el artículo I de esta Convención.

En particular, el Estado donde se efectúe el juicio asegurará que una sanción efectiva y adecuada se le administre a los culpables.

Artículo XII

REGLAMENTO DE LAS DISCREPANCIAS

Toda discrepancia con respecto a la interpretación o aplicación de la presente Convención será resuelta, ya sea por negociación, o bien por medio de un Tribunal Internacional o de una Audiencia de arbitraje aceptada por las Partes contratantes.

ALOCUCIÓN PRONUNCIADA POR ANDRÉ
MOULE, DELEGADO DE LA REPÚBLICA
POPULAR DEL CONGO, PRESIDENTE DE
LA COMISIÓN INTERNACIONAL DE IN-
VESTIGACIÓN SOBRE LOS MERCENARIOS,
EN LA SESIÓN DE CLAUSURA

Camaradas:

La Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios, constituida solemnemente el 7 de junio de 1976 por el camarada Ministro de Justicia de la República Popular de Angola, comenzó sus trabajos el 8 de junio de 1976.

Se dividió en tres subcomisiones, cada una con tareas específicas.

La primera subcomisión estaba encargada de confeccionar un Proyecto de Convención Internacional sobre la Prevención y la Supresión de la Acción Mercenaria.

La segunda subcomisión estaba encargada de preparar una Declaración General sobre la Acción Mercenaria.

La tercera subcomisión estaba encargada de verificar la regularidad del proceso de los mercenarios.

Esta Comisión trabajó sin interrupción y después de intensos debates, a veces ardientes, con espíritu de camaradería, ha adoptado por unanimidad:

a) El Proyecto de Convención Internacional sobre los Mercenarios.

b) La Declaración General sobre la Acción Mercenaria.

En cuanto a los resultados finales de los trabajos de la tercera subcomisión, encargada de verificar la regularidad del proceso, no podrán conocerse hasta después de la terminación del mismo.

La adopción de estos textos por los miembros de la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios es una victoria de los hombres amantes de la paz y de la libertad sobre el imperialismo —que donde hay tiempo emplea mercenarios con el fin de oponer la violencia armada al proceso de liberación y de independencia de los pueblos.

Según nuestro Proyecto de Convención, comete el delito de acción mercenaria, no sólo el individuo, sino también el grupo, asociación, el representante del Estado o el Estado mismo, que con el objetivo de oponer la violencia armada a un proceso de autodeterminación, realiza uno de los actos siguientes:

a) Organizar, financiar, abastecer, equipar, entrenar, promover, apoyar o emplear de cualquier manera, fuerzas militares que comprendan o incluyan personas que no son ciudadanos del país donde van a operar por ganancias personales, mediante el pago de un sueldo, salario u otro tipo de retribución material.

b) Alistarse, enrolarse o intentar enrolarse en las fuerzas mencionadas.

c) Permitir que en los territorios sometidos a su control o en cualquier otro lugar bajo su control se desarrollen actividades mencionadas en el inciso a) u otorgar facilidades de tránsito, transporte u otras operaciones de las fuerzas mencionadas.

El Proyecto de Convención Internacional sobre la Prevención y la Supresión de la Acción Mercenaria que debe convertirse en Convención de Luanda después de su adopción, es un texto que reprime la acción mercenaria en todas sus manifestaciones.

La Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios cubre a los Estados y a los pueblos víctimas de la violencia armada de las potencias imperiales y sus lacayos, a desplegar todos sus esfuerzos con las organizaciones internacionales (ONU, OEA) para que contribuyan a la adopción de la Convención Internacional sobre la Prevención y la Supresión de la Acción Mercenaria, así como las convenciones internacionales existentes para la supresión de la piratería aérea y el tráfico de drogas.

La Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios (CIIM) encarga al Gobierno de la República Popular de Angola la presentación a las organizaciones internacionales (ONU, OEA) del Proyecto de Convención adoptado por unanimidad por los miembros de la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios, venidos de 38 países de todos los continentes.

La Comisión de Investigación sobre la Acción Mercenaria eligió además una Sección de Enlace compuesta como sigue:

Presidencia	República Popular del Congo
Vicepresidencia	República Popular de Angola
Miembros	Australia
	Chile
	Francia
	Iraq
	RDA
	Tanzania
	Viet Nam

Debido a la necesidad de informar a la opinión internacional sobre la gravedad del fenómeno de la acción mercenaria y de los peligros que representa para la paz, la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios recomienda la organización de una conferencia internacional de partidos, agrupaciones y asociaciones, sobre la acción mercenaria.

¡Que sea el especial de nuestra labor.

Para terminar debo agradecer, tanto en mi nombre como en el de todos los delegados de la Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios, procedentes de 38 países de todos los continentes, a la República Popular de Angola, a su pueblo, a sus dirigentes y a su presidente, el camarada Agostinho Neto, a la acogida tan cálida de la que hemos sido objeto durante nuestra estancia en Luanda.

Trasnochamos que dar las gracias más sinceras al camarada Ministro de Justicia, al personal de su Departamento y a todos los otros trabajadores de la RPA, a los camaradas choferes y a los camaradas trabajadores del hotel

«Pasaron», que han hecho nuestra emancipación
dado y han facilitado el logro de nuestros trabajos con
su solicitud, su dedicación y sacrificio.

Felicitemos a la HPA por haber ofrecido la ocasión
de presentar ante la conciencia mundial el problema
de la servidumbre mercenaria.

¡VIVA LA LUCHA ANTIMERCENARISTA!

¡VIVA LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS PUEBLOS!

¡VIVA EL PRESIDENTE AGOSTINHO NETO!

¡LA LUCHA CONTINÚA!

¡LA VICTORIA ES SEGURA!

DISCURSO DEL CAMARADA LOPO DO NASCIMENTO PRIMER MINISTRO DE LA REPÚBLICA POPULAR DE ANGOLA, EN LA SESIÓN DE CLAUSURA DE LA COMISIÓN INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN SOBRE LOS MERCENARIOS

Camarada André Moule, presidente de la Comisión
Internacional de Investigación sobre los Mercenarios,
Distinguidos miembros de la Comisión Internacional,
Camaradas:

Al hacer uso de la palabra en este acto de clausura de
los trabajos de la Comisión Internacional de Investi-
gación sobre los Mercenarios, quisiera, en primer lugar,
dar las gracias por las amables palabras plenas de sim-
patía y de solidaridad fraternal de su Presidente, el
camarada André Moule, de la República Popular del
Congo.

Acabo de recibir tres documentos que contienen dos
declaraciones y un Proyecto de Convención Internac-
ional que expresan y resumen los trabajos de la Co-
misión que durante algunos días hemos tenido el gran
placer y el alto honor de acoger en nuestra capital.

Se trata de documentos de gran significación política,
no sólo por su alcance, sino también por el elevado

nivel y la simple representación de la Comisión que los ha elaborado. Para satisfacer el deseo expresado por la Comisión, que comprendemos y respetamos, no haremos públicos los documentos sino hasta el final del proceso que se desarrolla en el Tribunal Popular Revolucionario.

De todos modos, nos sentimos satisfechos de saber que nuestros distinguidos huéspedes han tomado la decisión de seguir de cerca todo el desarrollo del juicio de los mercenarios y de ser testigos de su imparcialidad, en conciencia, dignidad e integridad.

Ahora creo que nadie podrá dudar de lo que el excmo. Ministro de Justicia prometió hace poco tiempo, cuando anunció públicamente el juicio de los mercenarios:

Que la República Popular de Angola a pesar de su juventud, aunque las terribles huellas de la guerra que se ha llevado a cabo contra ella estén aún frescas, impartirá una justicia tanto severa como serena.

Del mismo modo que en el campo de batalla hemos sabido responder a los mercenarios y a otros agresores, e infligirles una aplastante derrota que creemos que ha sido el golpe de gracia al mito de la invencibilidad de los mercenarios, y también una seria advertencia para las futuras aventuras criminales del imperialismo, así como en el campo de la justicia, pensamos haber demostrado al mundo, con este juicio que se desarrolla ante el Tribunal Popular Revolucionario, nuestra fuerza y nuestra madurez.

Que los candidatos a mercenarios estén bien conscientes de algo: que en Angola les espera una muerte sin gloria en el campo de batalla o un juicio ejemplar por parte de nuestra justicia popular.

Permitámonos destacar entre los trabajos llevados a cabo por esta Comisión, la importancia del Proyecto de Convención Internacional sobre la Prevención y la Supresión de la Acción Mercenaria. En este uno de los objetivos que la República Popular de Angola se había marcado cuando tomó la iniciativa de convocar esta Comisión Internacional.

Queremos contribuir a que se den los primeros pasos para la creación de un instrumento legal, de carácter internacional y que constituirá una forma enérgica para la prevención y la supresión de la acción mercenaria en el mundo entero.

No pensamos sólo en nosotros, sino en todos los pueblos del mundo que son víctimas, en el presente o que lo serán en el futuro, de esta arma de reserva del imperialismo que es la acción mercenaria.

Estamos satisfechos porque hemos alcanzado nuestro objetivo.

Agradecemos de todo corazón este Proyecto que a través de mi persona se deposita en las manos de la República Popular de Angola. Por nuestra parte, prometemos desplegar todos los esfuerzos para que este Proyecto de Convención al que generosamente ustedes han querido dar el nombre de nuestra capital —pero que nosotros nos permitimos considerar como un homenaje a todo el pueblo angolano— sea adoptado por la comunidad internacional.

Felicitemos a nuestros distinguidos huéspedes y amigos y a todos los estados y pueblos amantes de la paz y del progreso para que se unan a nosotros en la continuación del combate firme y resuelto en todos los niveles y a cada instante, con vista a que la acción mercenaria, enemigo abyecto de los pueblos, sea elimi-

nada de la luz de la tierra.

En nombre del camarada presidente Agostinho Neto, del Comité Central del MPLA, del Consejo de la Revolución y del Gobierno de la República Popular de Angola, permitámonos expresarles, ilustres miembros de la Comisión Internacional, nuestra sincera agradecimiento por haber aceptado nuestra invitación de una manera preocupada y solidaria, e igualmente por el éxito del trabajo realizado.

En nombre de nuestro pueblo y de todos los pueblos amantes de la paz del mundo, los quedamos muy agradecidos.

¡ABAJE LA ACCIÓN MERCENARIA!

¡VIVA LA LUCHA ANTIMPERIALISTA!

¡VIVA LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL!

¡LA LUCHA CONTINUA!

¡LA VICTORIA ES SEGURA!

TESTIMONIO GRÁFICO



Callan
mito
arrogante, con las tropas (Ileren Época del

WANTED NOW! MERCENARIES

**\$1,000
PER MONTH**

For captain... No income tax... Airfare
and travel expenses refunded on
arrival... free quarters and medical
treatment... 60 days leave yearly...
\$20,000 life insurance. Information
packet revealing duty, area, map,
service agreement, application form,
pay schedule, medical certificate
\$5.00

Phoenix Associates

Dept. S-1,

Box 837, Arvada, Colo 80007

Anuncio clasificado en inglés cuyo texto dice: ¡SE
SOLICITAN AHORA! MERCENARIOS. \$1,000 mensua-
les. Para el rango de Capitán... Libres de impues-
tos... Se reembolsa a su llegada el costo del pasaje
y los gastos de viaje... Alojamiento y atención mé-
dica gratis... 60 días de vacaciones al año... Seguro
de vida por \$20,000... Folleto con información sobre
deberes, zona, mapa, contrato de servicios, planilla
de solicitud de ingreso, forma de pago, certificado
médico... \$5.00



Por esto pelean los mercenarios, por esto matan.



Esta masacre fue una de las muchas cometidas por titeres y mercenarios.



Callan ajustó cuentas a catorce de sus propios hombres.

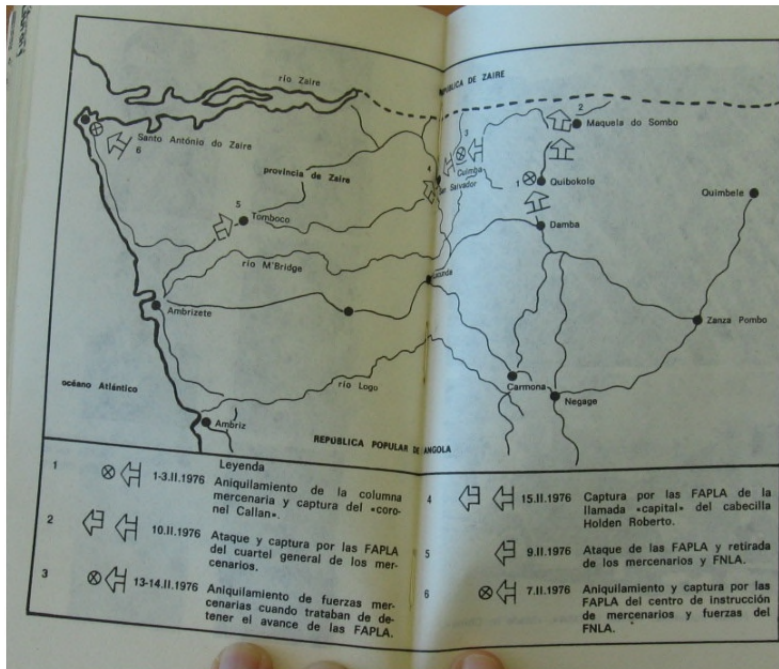


Ya perdida la arrogancia, dice Callan que ama las cosas sencillas de la vida y su trabajo. ¿Qué tiene ello de malo?



Ingleses, norteamericanos,
un argentino, iguales en el
oficio de matar por dinero.







Armas capturadas - Hechas en U.S.A. - Hechas en Corea



Pasaportes oficiales, cartas de crédito del Bank of America, en diez dólares.



En Luanda comenzaron los asesinatos por los mercenarios nativos y blancos.
Sus víctimas: adolescentes y niños, viejos y mujeres.



En Zaire pensaban que venían a un safari humano.
La foto fue tomada por ellos mismos y ocupada a
un cadáver.



El mercenario blanco enseña al nativo el manejo de un arma yanqui o china.



También un tanque maolista, que las FAPLA apresaron fácilmente.



Por doquier los mercenarios sembraban la muerte.



Pero «quien a hierro mata...»



En los brazos éste también se tatuaba los lugares donde peleó por dinero.



El arma en manos del pueblo heroico de Angola detiene a un mercenario y muere un mito.

INDICE

Palabras de Nicolás Guillén a modo de prólogo	3
Palabras iniciales	7
1. Una hora de ayer	9
2. La casa del soficio	13
3. Algunos ejemplares griegos	22
4. En negocio muy yanqui	30
5. Una máquina de molar	31
6. Versiones latinoamericanas y africanas del mercenario	54
7. ¿Cómo puede gustarles?	68
8. Otro subita ramudercimiento	74
9. El relato de Callan	83
10. Los precusores de Callan	89
11. Un buen plan, pero	97

12. Ya lo conocéis	110
13. Las «pequeñas cosas»	118
14. La raíz de la raíz	122
Epílogo y epítafio	131
Comisión Internacional de Investigación sobre los Mercenarios. Documentos	143
Testimonio gráfico	175

Impreso en el mes de diciembre de 1978
en la imprenta PROTESTA 88
«Mario Reguera Gómez», Benjamín 187,
Ciudad de La Habana.